10-9

COMBATE
ESPIRITUAL,

ESCRITO EN IDIOMA ITALIANO

POR EL V. P. DON LORENZO Escupoli, de el Orden de los Padres Clerigos Reglares de San Cayetano.

Traducido del Original Italiano en todas Lenguas, Flamenca, Alemana, Latina, Franceſa, y Portugueſa.

Y ahora nuevamente de la Lengua Portugueſa en la Caſtellana, por un humilde Monge profeſo de la Real Cartuja de Santa Maria del Paular.

Añadido en eſta Impreſion el modo de conſolar, y ayudar à bien morir á los enfermos.

PARTE PRIMERA.

MADRID: En la Imprenta, y Librería de JOSEPH DOBLADO. Año de 1771. donde ſe hallará.

TABLA DE LOS CAPITULOS contenidos en esta primera parte.

dar

Cap.

LAUS DEO.

AL SOBERANO CAPITAN, Y GLORIOSISIMO TRIUNFADOR JESU-CHRISTO, HIJO DE MARIA VIRGEN.

POrque ſiempre agradaron, y agradan mucho á vueſtra Divina Mageſtad los ſacrificios, y ofertas que le hacemos con pura intencion de vueſtra ſanta gloria, los que vivimos en eſta vida mortal, yo os ofrezco, y dedico eſte breve tratado de el *Combate Eſpiritual*, ſin que me deſanìme ſer él una cosa tan pequeña, porque bien ſe ſabe, que Vos ſolo ſois aquel muy alto, y muy poderoſo Señor, que os deleytais en las coſas limitadas, y humildes, y deſpreciais las vanidades, y grandezas del mundo. Y cómo pudiera yo con razon, y ſin perjuicio evidente dedicarlo á otro que no fueſeis

Vos Rey del Cielo, y de la Tierra? Los documentos de este libro salieron todos de vuestra escuela, y todos son doctrina vuestra, habiendonos enseñado, que

Desconfiando de nosotros,
Confiemos en Vos,
Combatamos, y Oremos.

Demás de esto, si toda pelea, y Combate necesita de un Cabo experimentado, que guie la batalla, y aníme los Soldados, que pelean mas valerosamente, si militan debaxo de un Capitan invencible, por ventura, no necesitarà de él este Combate Espiritual? A Vos, pues os escogemos por nuestro Capitan, *Poderosisimo Jesus*, todos los que estamos resueltos á combatir, pelear, y vencer qualquier enemigo, á Vos digo, que habeis vencido el Mundo, y Demonio, fortaleciendo con las llagas de vuestro Sacratisimo Cuerpo, y con vuestra muerte la fragilidad de todos aquellos que pelearon, y

han

han de pelear con valor. Quando disponia, Señor, eſte Combate, ſiempre traía en la memoria aquellas palabras: *Non quod ſufficientes ſumus cogitare aliquid à nobis, quaſi ex nobis*, que ſin Vos, y ſin vueſtra aſiſtencia no podemos tener ni un ſolo buen penſamiento; cómo podrémos pelear contra tantos, y tan poderoſiſimos enemigos, y evitar los lazos que nos arman escondidamente, para hacernos caer? Vueſtro es, Señor, eſte Combate por todas razones, como diximos, vueſtra es ſu Doctrina, y vueſtros ſon los Soldados espirituales, y entre estos ſomos noſotros los Clerigos Reglares Teatinos, *Hijos de San Cayetano*, por lo qual poſtrados à los pies de vueſtra altiſima Mageſtad, os pedimos que le acepteis, moviendonos ſiempre, y animandonos con vueſtra gracia actual á pelear mas generoſamente, porque no tenemos que dudar, que combatiendo

Vos en nosotros, y con nosotros, vencerèmos para gloria vuestra, y de vuestra Santisima Madre la gloriosisima siempre Virgen Maria.

Vuestro mas humilde esclavo, redimido con vuestra sangre.

D. Lorenzo Escupoli C. R.

APROBACION DEL R. P. Tomás Sanchez de la Compañia de Jesus, Predicador de su Magestad.

POr comision del Señor Don Francisco Forteza, Abad de S. Vicente, Dignidad en la Santa Iglesia de Toledo, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, he visto este libro, intitulado: *Combate Espiritual*, escrito por el V. P. D. Lorenzo Escupoli, de los Clerigos Reglares de San Cayetano. Y dado muchas gracias á Dios, de que este tesoro preciosisimo

del

del eſpiritu, tan celebrado en todas Lenguas, y Naciones, haya finalmente ſido participado á la nueſtra entero, y cabal, por la zeloſa diligencia de ſu Traductor. Serán teſtigos de lo que digo los que le leyeren, y ſabrán hacer grande aprecio de los que le hicieren del Cielo. Merecia tantas alabanzas como tiene letras. Pero baſta por Panegyrico ſer eſte aquel Combate Eſpiritual tan encarecido del glorioſo San Franciſco de Sales, tan celebrado en ſus eſcritos, tan encomendado á ſus hijos, é hijas eſpirituales; y tan curſado del Santo Prelado, que le traía ſiempre conſigo, y le comparaba, y en parte le aventajaba al *Contemptus Mundi*; y en fin, éſte es aquel libro, á que el miſmo Santo debió los principios, los progreſos, y los cinco de aquella Serafica Doctrina, que practicada en ſí, le ha graduado de Maeſtro del Eſpiritu mas dulce, y eficàz

de la Iglesia en estos siglos; con que queda dicho no tiene cosa que obste á la licencia que se pide para imprimirle, sino muchas, porque deba ser comunicado, leído, y estudiado para aprovechamiento de las almas, gloria de Dios, y de su Autor. Este es mi parecer, salvo, &c. En este Colegio Imperial de la Compañia de Jesus de Madrid, Diciembre 31. de 1672.

Tomas Sanchez.

CENSURA DEL ILUSTRISIMO, *y Reverendisimo Señor Don Fr. Juan Bautista Sorribas, Obispo electo de Ampurias, y Civita, del Consejo de su Magestad, y su Predicador, del Orden de nuestra Señora del Carmen.*

M. P. S.

MAndame V. A. vér, y censurar este libro, cuyo titulo es, *Combate Espiritual*, que compuso el Venerable Padre Don Loren-

renzo Eſcupoli, de los Clerigos Reglares de San Cayetano, y traducido aora en lengua Caſtellana por un Monge Cartujo de la Real Cartuja de Santa Maria del Paular; y habiendo viſto el libro, reconozco en él un precioſiſimo diamante, deſatado en luz de toda via eſpiritual, cuyos fondos no neceſitan de mi aprobacion; pues merecieron la del Apoſtol de Geneba San Franciſco de Sales.

Una de las razones con que el Maximo Doctor San Geronymo reconvenia á los que dudaban de la verdad de la Eſcritura Hebrea es, que ſiendo Texto de ella eſta propoſicion: *Ex Ægypto vocavi filium meum*, usó de ella San Matheo, cap. 2. Habiendo uſado para ſu aprovechamiento de eſte libro del *Combate Eſpiritual* San Franciſco de Sales, glorioſo Apoſtol de nueſtro ſiglo, ſobrale para ſu aprobacion, ſin que pueda yo atreverme á indecorarle con la

mia. Mande V. A. dàr la licencia que se pide, que serà de beneficio universal. Asi lo siento. En el Carmen de Madrid, á quatro de Febrero de mil seiscientos y setenta y tres años.

Fray Juan Bautista Sorribas, Obispo electo de Ampurias, y Civita.

ELOGIOS

QUE S. FRANCISCO DE SALES Obispo de Geneba, hace de este libro de oro, intitulado, Lucha, ó Combate Espiritual.

LA autoridad de San Francisco de Sales, en las materias espirituales, y su reputacion tan grande, y acierto en el gobierno de las almas, me persuaden, y pueden persuadir al mas docto, y mas experimentado, que el juicio que

que hace de este libro, es bastante para dár á conocer el aprecio que merece, y grangearle grande estimacion con las almas deseosas de servir à Dios nuestro Señor, las quales hallarán en él un preciosissimo tesoro; y que fue escrito, y pensado con particular providencia, y asistencia de su Divina Magestad, por esto juzgué no ser necesario mas aprobaciones, que las que el Santo con su abrasado espiritu le dá, además de las que otras personas de mucha cuenta le dán, hablando de él con mucha admiracion, que aqui se pondrán tambien.

En el libro, pues, de la Introducion á la Vida Devota, en la parte 2. cap. 17. encomienda el Santo la lecion del libro intitulado, *Combate Espiritual*, y lo propone con algunos libros de Santos Padres, y con algunos Autores que fueron mas ilustrados, y dotados de mas sabiduria en mate-

rias de Eſpiritu. Deſpues en el libr[o] de ſus Epiſtolas eſpirituales, recopiladas por ſu ſobrino Luis de Sales, Prepoſito de la Igleſia de Geneba, dice lo ſiguiente, en el libro 2. en la Epiſtola 26. moſtrando, y enſeñando á una Señor[a] viuda, como nos habemos de ſervir de la imaginacion para meditar, dice: *El libro de el meto[do] de ſervir á Dios es muy bueno; per[o] confuſo, y mas dificultoſo de lo que e[s] neceſario. El de el Combate Eſpiritual contiene todo lo que dice el otro, pero con mayor claridad, y mejor metodo.*

En la Epiſtola 34. exortando á una Señora á la lecion de los libro[s] eſpirituales, le dice: *El metod[o] de ſervir á Dios, compendio de la perfeccion Chriſtiana, y la palabra Evangelica, ſon libros muy obſcuros, y andan por las cumbres de los montes. No os conviene que os entregueis mucho á ellos. Leed, y tornar á leer el Combate Eſpiritual, eſte ha de ſer vueſtro li-*

libro querido, este es el claro, y todo practicable.

En la Epistola 39. encomendando á una Señora, que tubiese particular cuidado de adquirir las virtudes de que mas necesitaba, concluye en este proposito, sin hablar de otro libro, diciendole: *Bolved à leer el Combate Espiritual,* (dice bolved, porque sin duda ella lo tenia ya leído por su consejo) *y haced particular reflexion sobre los documentos que en él hay, porque os hallareis muy bien.*

En la Epistola 48. escribiendo à una Señora viuda, sobre la sed espiritual de comulgar, y el amor de la voluntad de Dios, despues de haberla exortado, le dice: *Por cierto hija, que el Combate Espiritual es un grande libro, ha quince años que le traygo en la saltriquera, y no le leo vez alguna, que no me aproveche.*

En el libro 3. en la Epistola 13. ordenando ciertos exercicios de-

votos á una Señora casada, le dice en el fin de ella: *Leed mucho en el libro del Combate Espiritual, que yo os lo encomiendo.*

En el libro 4. en la Epistola 80. escribiendo á una Señora viuda, y exortandola á la simplicidad del corazon, y á no desear tanto verse libre de las tentaciones, le dice: *Hija mia querida, leed el Capitulo veinte y ocho de el Combate Espiritual*, (ahora el cinquenta y nueve) *que es un libro amoroso, y yo le traygo en la faltriquera ha mas de diez y ocho años, y todas las veces que lo leo de nuevo, me aprovecho grandemente.*

En el libro 5. en la Epistola 70. consolando á una Señora viuda en la muerte de un hijo, añade à las cosas que le dice, las siguientes: *Es necesario que hagamos una vez en la semana un exercicio particular de querer, y amar la voluntad de Dios con mayor fuerza* (esto es) *mas tierna, y amorosamente, que qualquier otra*

otra cosa del mundo, y esto, no solo en las ocasiones que se pueden sufrir, sino aun en las insufribles. Vos hallareis documento de esto en el libro del Combate Espiritual, que os tengo encomendado tantas veces. Ay, hija mia, esta es una leccion muy alta, mas por otra parte es Dios, porque en el estudiamos á este Señor Altisimo.

El Doctor San Paresino, que traduxo en Francés el Combate Espiritual de sesenta Capitulos, y lo dedicó á San Francisco de Sales, Obispo de Geneba, en el año de 1608. le dice en la Dedicatoria: *Todavia me acuerdo muchas veces de la estimacion que V. S. hacia de el Combate Espiritual* (compuesto por los Padres Teatinos) *cuya leccion, y práctica me encomendó tantas veces. Un intimo amigo mio, excelente en virtud, y doctrina, ha poco que me lo truxo viniendo de Roma, pero no como el primero, aunque aquel fue tan admirado, y recibido con tanto aplauso, éste está enteramente revisto, varia-*

riado, y enriquecido de 27. capitulos mas. Considerando la estimacion que yo vi hacer siempre á V. S. de este libro, me ha dexado facilmente persuadir de este amigo, que me lo truxo á traducirlo en Francés. Y despues juzgué, que V. S. recibiria con agrado ese pequeño tratado, porque podrá ver en él, en suma todas las virtudes que la Theologia Mystica nos enseña, y en una palabra el fruto interior de su mocedad.

Fray Luis de Ribera, de la Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, en la vida de S. Francisco de Sales, escrita en Francés, en el año de 1624. en el lib. 1. cap. 1. dice: *En el mismo tiempo* (vivia entonces el Santo en Padua) *le vi en las manos un libro intitulado: Combate Espiritual, compuesto por los Reverendos Padres Teatinos. A la verdad, el libro es pequeño, pero no debe por eso ser estimado poco. Es una pequeña cazoleta, llena de suavisimos olores; es un Epilogo de toda la perfec-*

feccion Christiana; es una recopilacion de toda la Theologia Mystica; y para decirlo de una vez, es un resumen de admirables documentos. A la leccion de este libro se aplicó seriamente nuestro devoto Legista, y á practicar con cuidado las excelentes instrucciones que dá con bellisima orden. Muchos sin duda habran leído muchas veces esta excelente composicion, y puede ser haber sacado poco, ó ningun fruto, por su poca, ó ninguna disposicion. Mas este prudente mozo, teniendo una excesiva sed de la justicia Evangelica, templaba con unos golpes del agua celestial que contiene este vaso admirable; y se deleytaba tanto en su santa leccion, que quanto mas se sustentaba de manjar tan divino, tanto mas le crecia el apetito, y deseo de él. Nunca se satisfizo de este suave mantenimiento, nunca se fastidió de este Maná del Cielo, por mucho que de él comiese; y con efecto traxo este pequeño libro consigo, por espacio de diez y seis, ó diez y siete años, para tenerle à la mano

pa-

para todo proposito, y valerse de él en qualquier ocasion. Y es de reparar, que aconsejaba á otros lo que para sí habia hallado excelente; porque diferentes veces persuadió á muchas personas que se valiesen de él, para aprender el arte de vencer valerosameute á sí mismos, y para hallar medios con que llegar brevemente á la perseccion, siendo el tal librito un almacen espiritual, donde se pueden sacar armas para sujetar esforzadamente las propias pasiones, y los habitos viciosos.

El M. R. P. Fr. Juan de S. Francisco, General de los Fulienses, en vida del mismo Santo Obispo, que sacó á luz en lengua Francesa el año de 1624. en el libro primero dice: *En el mismo tiempo, habiendo llegado á sus manos un pequeño, aunque excelente tratado, intitulado, Combate Espiritual, del qual los Padres Teatinos son los Autores, de él solo se valió en lugar de otro qualquiera de semejante materia, para instruirse en las batallas de los vicios, y en*

en el vencimiento de las proprias pasiones. Este libro le fue tan acepto, y provechoso, que como de Alexandro Magno se escribe, que truxo siempre consigo las Iliadas de Homero, para acostumbrarse, y habituarse para las guerras, y combates de los hombres: Asi nuestro Francisco lo truxo en la faltriquera diez y siete años, poco mas, ó menos, porque de él, como de una armería, sacaba las armas con que valerosamente sujetó las propias pasiones.

Fray Filiberto de Beneville, Provincial de los Capuchinos de Saboya, en la vida de este Santo, que imprimió tambien en Francés el año de 1614. en el cap. 3. dice lo mismo. Y es de notar, que los dichos Padres conocieron á S. Francisco de Sales, y le trataron muy familiarmente.

Carlos Augusto de Sales, Obispo de Geneba, en la vida de su Santo Tio, que tambien escribió en lengua Latina, y la dedicó al Sumo

mo Pontifice Urbano VIII. el año 1634. en el libro primero, dice estas compendiosas palabras: *Accessit pro complemento piissimi Theatinorum libelli, cui spiritualis pugna titulus est, utilissima lectio; hunc tamquam demissam é Cœlo Divinam Epistolam tenebat manibus, & per annos septemdecim gestavit in perula.* Valióse por remate de una provechosissima leccion de un pequeño libro; intitulado: *Combate Espiritual*; tenialo siempre en las manos, como una carta Divina enviada de el Cielo, y traxole diez y siete años en la faltriquera.

El M. R. P. Nicolás Talon, de la Compañia de Jesus, en la vida de este Santo, impresa en Francés, el año de 1640. en el cap. 4. dice esto mismo.

El Ilustrisimo Christoval Giar de Barnabita, Obispo de Castro, en el Compendio que hizo de la vida del mismo Santo, publicado en Roma en lengua Italiana, año 1648.

Y

y dedicado al Sumo Pontifice Inocencio X. en el lib. 1. c. 5. refiere lo mismo con las mismas, ó equivalentes palabras.

El Ilustrisimo Don Pedro Camus, Obispo de Belley, en el libro intitulado, el Espiritu de S. Francisco de Sales, en la 3. parte en la seccion 12. que se intitula, del libro del Combate Espiritual, dice lo siguiente: *Este libro es todo de oro*, (habla del libro de la imitacion de Christo de Thomàs de Kempis) *excede á las mayores alabanzas que de él se pueden decir; mas no era este el de su mayor aprobacion, y de que mas usaba nuestro Santo, sino el intitulado Combate Espiritual. Este era su libro querido, y su valído. El mismo Santo me dixo muchas veces, que le habia traìdo en la faltriquera mas de diez y ocho años, leyendo cada dia un capitulo de él, ó por lo menos una plana. Y quien reparáre en él con atencion, conocerá facilmente, que todo el espiritu de la devocion de nuestro San-*

Santo Padre es ſacado de eſte miſmo librito. Quien lo quiſiere averiguar, confiera el capitulo primero de la Philotea con el primero del Combate Eſpiritual, y verá como no me engaño. Acuerdaſeme, que la leccion atenta, y reiterada de eſtos dos capitulos, me dió materia para eſcribir un breve tratado de la reformacion interior que publiqué. Nueſtro Santo aconſejaba á todos ſus devotos, que leyeſen frequentemente eſte librito del Combate Eſpiritual, llamandole todo amable, y todo practicable. Quanto mas lo leyò, tanto mejor lo conoció, y fue la fuente de la doctrina eſpiritual de eſte Santo. Y es cierto que todos los que ſe aplicaren con caridad, y por motivo de ella, á leer, y executar los documentos de eſte pequeño librito, llegarán á un alto grado de piedad, y perfeccion Chriſtiana, ſin embarazarſe en la leccion de los muchos libros que de eſtas materias hay eſcritos. Los que imaginan que es obſcuro, como yo conocí algunos que lo decian, ſe les re-

pre-

presenta noche la que es medio dia, y se parecen á los Israelitas, que se fastidiaron del Maná, porque les venia del Cielo con grande abundancia, y facilidad.

El mismo Autor en la parte 3. seccion 29. que se intitula: *De la desconfianza de sí mismo, y de la confianza en Dios*, dice: *El Combate Espiritual, que era el libro querido, y el Vademecum de nuestro Santo Padre, pone por fundamento de la milicia interior, y Christiana, la desconfianza de sí mismo, y la confianza en Dios.*

El mismo Autor en la part. 7. sec. 7. cuyo titulo es: *De los libros de devocion*, dice: *Tres pequeños libros de devocion tenia el Santo en grande estima. El primero era el Combate Espiritual, del qual, hermanas mias, os tengo hablado largo. Este es aquel que él mismo os encomendó mucho, y el que encomendaba muy de proposito á sus discipulos, encargandoles muy encarecidamente su leccion,*

co-

como quien le habia traído diez y siete años continuos en su faltriquera, leyendo casi todos los dias en él algun capitulo, sacando siempre nuevas luces del Cielo, &c.

El mismo Autor en la part 9. seccion 2. cuyo titulo es: *Camino abreviado de la perfeccion*, dice en el principio: *Acerca de los libros encomendaba principalmente el Combate Espiritual, que era su mueble precioso, como el libro de Homero lo fue de Alexandro, &c.* Omitense otras muchas cosas, que el mismo Autor dice en esta misma parte, seccion 21. de la grande estimacion que hizo el Santo de esta Obra.

El mismo, en la parte 14. seccion 15. cuyo titulo es: *Consejo acerca de un Director espiritual*, dice: *Yo le pregunté un dia: Quien era su Director, y Maestro de espiritu. Y él sacó de la faltriquera el librito del Combate Espiritual, y me dixo: Veisle aqui. Este es el que con la Divi-*

na

na asistencia me enseña desde mi mocedad. Este es mi Maestro en las cosas de espiritu, y en la vida interior. Despues que siendo Estudiante en Padua, un Padre Teatino me dió noticia de él, y me aconsejó lo leyese; he seguido su parecer, y me he hallado muy bien con él. Fue compuesto por una persona muy grave de aquella Ilustre Congregacion, que calló su nombre particular, y lo dexó correr debaxo del de su Religion, la qual se sirve de él, casi en la misma forma que los Venerables Padres de la Compañia de Jesus del libro de los Exercicios de su Santo Padre Ignacio de Loyola. Y despues de pasada una hoja, dice asi: Los que escribieron la vida de nuestro Santo Prelado notan, que traxo consigo este librito del Combate Espiritual por espacio de diez y siete años continuos; y es muy probable, que este tiempo fuese mucho mas prolongado, porque él comenzó muy temprano á ponerse en la escuela de este libro, con cuyo espiritu se conformó de tal mane-

ra, que no ſolo ſe ſujetó á él, ſino que lo transformó en sí proprio. Yo con la atencion que leí por muchos años eſte libro por él tan recomendado, y todos los eſcritos de nueſtro Santo Padre, puedo aſegurar, que todos ſon de una miſma calidad; y que nueſtro Santo Padre eſcribió pocas coſas que no tengan ſu raiz, y origen de algun lugar, ó capitulo de eſte librito del Combate Eſpiritual. El lo aconſejaba á todos, y muy en eſpecial lo hacia leer, y releer muchas veces á todas las perſonas que en materia de devocion, y eſpiritu corrieſen por ſu cuenta, y parecer, y eſte era el directorio que daba á los que en eſtas materias le conſultaban, ó le pedian ſu direccion. En lo qual moſtraba muy bien el amor que tenia á ſus proximos, y el zelo de ſu ſalvacion, y que verdaderamente los amaba como á sí mismo, pues les deſcubria la fuente, y manantial donde habia bebido la abundante devocion que poſeía, comunicandoles ſin embidia, y ſin avaricia, lo que habia aprendi-

dido sin fingimientos, como dice el Sabio, cap. 7. y despues este mismo Autor dice lo siguiente, que es bien digno de reparo: *Alabandole yo el libro de oro de la Imitacion de Christo de Tomás de Kempis, y anteponiendolo al del Combate Espiritual,* me respondió con galantería: *Que eran dos obras estas de dos personas verdaderamente animadas del Espiritu de Dios, que tenian diferentes caras, pero que de cada una de ellas se podia decir lo que se canta de los Santos:* Non est inventus similis illi. *No se halló quien le fuese semejante. Que las comparaciones en estas materias tienen un no sé qué de odiosas. Que el libro de la Imitacion de Christo en algun sentido hacia gran ventaja á el del Combate Espiritual; mas que el Combate le hacia algunas, sobre la imitacion, entre las quales estimaba en mucho el orden, y el ir mas adelante, y tocar el fondo de las materias.* Concluyó despues con estas santas palabras: *Que para aprove-*

charſe bien, convenia leer el uno, y no dexar el otro. Son ambos tan breves, que ſu leccion no nos gaſtará mucho tiempo. Eſtimaba mucho el libro de la Imitacion de Chriſto, para orar, y contemplar, como lleno de sentencias; mas tenia en gran cuenta, y eſtimacion el libro del Combate Eſpiritual, para los que ſiguen la vida activa, y práctica de las virtudes.

BREVE NOTICIA
DE LA VIDA DEL V. P.
DON LORENZO ESCUPOLI,
Clerigo Reglar.

Sacada de las Hiſtorias de los Clerigos Reglares, *lib.6. part.2.*

PAra perfeccion cumplida de la eſtimacion, y aprecio que ſe debe hacer de eſte libro, juzgué conveniente dàr aqui alguna noticia, aunque breve, de ſu Autor, para que conociendo quien la eſcribió, mejor ſe reciba ſu doctrina. Nació el V. P. D. Lorenzo Eſcupoli en Otronto, Ciudad que dá nombre á los Salentinos, Provincia del Reyno de Napoles: paſó ſu puericia, y mocedad ocupado en los eſtudios. Haſta edad, poco mas, ó menos, de 40. años, vivió honeſtamente en el ſiglo, y en ſu caſa. Mas queriendo el Divino Eſpiritu valerſe de él en el miniſ-

terio del gobierno, y direccion de las almas, le encaminó al B. P. S. Andrés Avellino, de nuestra Sagrada Religion, que entonces vivia, y florecia en Napoles con gran fama de santidad, y era gran Maestro de espiritu, y le pidió el Habito de su Orden, y le recibió cerca del año de 570. en el Convento de San Pablo.

Aqui mucho se aventajó en el exercicio de las virtudes, valiendose, no solamente de tan excelentes documentos, como lo eran los de su Santo Padre, y Maestro, sino tambien de la letura de los Santos Padres, y de los Autores mas escogidos, y mas ilustrados en materias espirituales; y aprovechó tanto en ellas, que en breve llegó à ser Maestro, donde la obediencia le encargó este ministerio, en que fue tan superior, que se dió luego á conocer por unico, y singular en lo de saber hacer amable á todos la vida espiritual, y facil

la

la reformacion del hombre interior. Era tan grande el fruto que hacia en las almas, y tantas las que se reducian à servir àDios con perfeccion, que viendo nuestro comun enemigo el demonio las grandes pérdidas que tenia, y teniendolas mayores por el talento, y aplicacion de este gran Siervo de Dios; levantó por medio de un hombre malvado, calumnias, y enredos contra el buen Sacerdote, tales, que lo desacreditasen para siempre. A este tan fiero golpe dado en lo vivo de la reputacion, si bien le sufrió con admirable paciencia, tubo por bien, dando lugar á la ira, como dice S. Pablo, retirarse del trato espiritual con las criaturas, no con desprecio, antes bien con mas ardiente zelo de doctrina á las almas, y contrastar al demonio de todas maneras. A este fin dexó de todo punto las confesiones de los seglares, y se dió á una vida solitaria, y tan abstrac-

ta de todo comercio humano, que ponia admiracion. Entregóse totalmente á la contemplacion Divina, y parecia vivia mas en el Cielo que en la tierra.

Despues de largas meditaciones y experiencias hechas en sí mismo, y en otros, de las batallas espirituales, pusose á escribir el Combate Espiritual; y por su mucha modestia, y humildad no quiso sacarle con su nombre, porque hacia muy poca estimacion de su persona, que deseaba ser tratado como un pobre Lego de la casa. Y asi, pareciendole que él no merecia traer bonete Clerical, por muchos años usó de la gorra, que traen los que no son del Coro. Con estos se ocupaba en los humildes exercicios de la Casa. Era pobrisimo en la celda, y en su persona: el Habito que traia era siempre viejo, roto, y remendado: vivia tan despegado de las cosas del mundo, que parece que no vivia

via

via en él. Naturalmente era su presencia grave, compuesta, y el juicio grande, y en el trato era afable, y benigno; y quando lo pedia la ocasion, mostraba el semblante alegre, y sereno. Hablando, y discurriendo de cosas indiferentes, expresaba con mucha facilidad su concepto; mas quando la platica era de cosas espirituales, hablaba con eloquencia, y con tal eficacia, que los que le oian quedaban admirados. De esta manera, y en esta forma de vida penitente, y austéra, continuó hasta la ultima vejéz; y siendo yà de 80. años, enriquecido de un gran tesoro de virtudes, trocó esta mortal vida por la eterna, y permanente, de adonde piadosamente creemos recibiria el colmado galardon de sus trabajos. Falleció en la misma Casa de S. Pablo en 28. de Noviembre, año de 1610. dexandonos en este su libro el vivo retrato de su interior.

PROLOGO

AL LECTOR.

PAra la mayor gloria, y honra de nueſtro Dios: para el mas intenſo amor de ſus perfecciones Divinas: para el mayor reconocimiento de ſus continuos favores; y para el mas breve, y mas facil camino del aprovechamiento de las almas Chriſtianas, que con perfeccion le deſean ſeguir, ſe ordena eſta traducion. No ſe ha tenido en ella otro fin humano. Gozaban el teſoro ineſtimable de eſte libro todas las Naciones en ſus nativas lenguas, por haberle conaturalizado en ellas: ſola nueſtra Caſtellana no le tenia. Corria eſta precioſiſima moneda, con que ſe compra no menos que el Cielo, en todos los Reynos, y en el de Caſtilla no corria, porque le faltaba el cuño Caſtellano. Yo deſcubri eſte

te-

teſoro, y la moneda de él, con el de Portugal, hele pueſto el de Caſtilla.

Doy razon del suceſo de eſta traducion, que aunque parezca impertinencia, es ineſcuſable, por quitar alguna equivocacion que puede originarſe, ſi no ſe anticipan las neceſarias noticias.

En manos de un Religioſo de la Cartuja de Santa Maria de las Cuevas, que á negocios de la obediencia, y de ſu caſa habia ido à Portugal, y de la Cartuja de Lisboa habia traido eſte Libro como precioſa prenda: le hallé yo, y le leí por curioſidad; y á muy breves renglones de ſu leccion, pasó à atencion lo que empezó en curioſidad; y admirado de tan celeſtial y bien diſpueſta doctrina, dixe: *Nunquam ſic locutus eſt homo. No es eſte lenguage de hombres, eſte es lenguage de Dios*. Hallé luego un gran padrino para eſte mi penſamiento, que fue S. Franciſco de Salés,

que fue el primero que lo dixo, como atrás en los Elogios que de él hace, lo encontrará el Lector.

Reconocí, que su leccion era una de aquellas que traen pegado consigo el fuego divino, y le encienden en las almas que las oyen, ó leen; porque como salen del pecho de Dios, que todo es fuego, salen encendidas, y abrasan, conforme aquello del Profeta: *Vuestras palabras están fuertemente encendidas*, Psalm. 118.

El piadoso, y caritativo zelo de D. Francisco de Melo de Torres, Marqués de Sande, hizo traducir este libro de su original Italiano, en lengua Portuguesa, estando en París de Francia, para enviarlo como preciosisima joya, y en señal de su amor á sus Portugueses. En la Dedicatoria les dice, como está traducido en todas las lenguas, señala la Flamenca, Alemana, Latina, y Castellana. Con esta luz me dí á inquirir esta tradu-

ducion, por tener eſte libro conmigo, y comunicarle á otros, hice las diligencias que fueron poſibles en la materia, y deſcubrí, y legitimé lo ſiguiente; y lo que con la prueba, y cotejo hallará el Lector que quiſiere tener en ello curioſidad, ſin que peque de fruſtranea.

Que eſte libro ſalió en años atrás, formado de treinta Capitulos, y los mas muy cortos, y ſalió ſin nombre de los Clerigos Reglares de S. Cayetano, que en Roma comunmente llaman Teatinos. Eſte le traduxo del original Italiano Luis de Vera, Secretario del Duque de Monte Leon, quando traduxo la doctrina Chriſtiana, que tan eruditamente eſcribió el Eminentiſimo Cardenal Roberto Belarmino, y aſi la arrimó alli por corolario. En aquel rinconcillo ſe ha eſtado, y pocos le han viſto, y menos ponderado: tambien corrió ſolo, pero ſiempre corto, y

diminuto, aunque manifestando siempre sus quilates.

Como reconoció su Autor el fruto que habia causado, y con quanto fervor le habian admitido todas las Naciones, volvió à trabajar mas en él, y le aumentó de treinta y tres Capitulos mas, y mudó con mayor acierto la colocacion de aquellos treinta y tres que habia escrito primero; y añadió algo en los mas sucintos, y mas breves. Habiendo hecho este trabajo nuevo, conmutó esta vida temporal por la eterna, y de orden de sus Prelados volvió á imprimir este libro yá acabado, con su propio nombre, que es el V. P. D. Lorenzo Escupoli, cuya santa vida leerá el Lector mas atràs, y reconocerá de ella, que al decir juntó el obrar.

Este segundo libro, ó primero, dispuesto en esta forma, volvieron á traducir todas las Naciones en sus nativas lenguas, y en la Francesa

ſa la traduxo un Doctor de la Univerſidad de París, que le dedicó à S. Franciſco de Sales; y dice, que eſtá añadido de treinta y ſiete Capitulos mas. Eſte es tambien el que traduxo en lengua Portugueſa el Rmo. P. D. Camilo S. Severino, Prepoſito de la Caſa de Santa Ana la Real de París, de la miſma Orden, à peticion del dicho Marqués de Sande; y eſte es el que nos tenemos traducido en nueſtra lengua Caſtellana: de ſuerte, que teniendo el primero traducido por Luis de Vera, que es el diminuto, y corto, y ſin nombre de ſu propio Autor, nos tenemos el ſegundo ennoblecido con los Elogios, que S. Franciſco de Sales le dá, y autorizado con el nombre, y ſanta vida de ſu Autor. Eſte es el que traduzco en la lengua Caſtellana, de eſte original (llamemoslo aſi, aunque no lo es) Portugués, por no haberme ſido poſible hallar el Italiano, habiendome ſervido para

ra poder ſalir con la empreſa, el uſo de haber confeſado por eſpacio de mas de doce años un Religioſo nueſtro, de Nacion Portugués: que la diligencia que puſe entonces para entenderle bien, me ha franqueado puerta para que yo conſiga eſte intento.

Quiera nueſtro Señor, que inſpiró el penſamiento, que ſea con acierto. A los errores que tubiere, puedo dár la diſculpa que dá en ſu Prologo el Rmo. P. D. Camilo S. Severino, y ſe me debe admitir, por ſucederme caſi lo miſmo, aunque al entrar en la empreſa, nadie me ha pueſto eſtimulos, ſino el deſeo de hacer à nueſtro Señor *eſte* pequeñuelo ſervicio, dando muchas gracias á ſu Divina Mageſtad, porque ha ſido ſervido de valerſe para eſto de tan viliſimo inſtrumento, y dando fuerza, y aliento para ello.

Reſta por decir lo que ſiento de la doctrina Celeſtial de eſte Libro; y

y aunque mi autoridad es de tan poca monta, que no puedo darle ninguna: con todo eso, porque este Prologo ha de ser el invitatorio de él, quiero decir mi sentir en esta forma.

Las verdades Católicas, las doctrinas espirituales que se han escrito, fundadas en ellas, por muchos Santos, y Autores, todas son unas, todas conspiran á un fin, que es la consecucion de lo eternamente feliz, en compañia de Dios, hanlas sazonado en sus doctisimos escritos, por varios caminos: la claridad que tiene este pequeño libro, dá manifiestos indicios de que la bebió su Autor en el Divino manantial. Descubre en él una verdad, la mas clara, y mas practicable que yo he leído en Autor alguno, en treinta y tres años que he tenido esto por exercicio quotidiano; y puedo justamente, despues de haber leído, y otros, decir lo que el Apostol San Pablo dice

ce en la 1. álos Corintos, cap. 13. *Et adhuc excellentiorem viam vobis demonstro. Pues ahora os advierto, que hay otro camino mas excelente, y mas breve*; y como cumplió el Apostol su palabra, haciendo en el Capitulo siguiente demostracion de él, manifestando que este era el de la caridad, y amor de Dios, asimismo puedo yo cumplir la mia, con remitir á los Lectores, á que con atencion lean este libro, y los elogios que de él hace San Francisco de Sales, Obispo de Geneba, para honra, y gloria de nuestro siglo, que para mi desempeño se ponen en este libro. Esta obra, aunque tan pequeña, es rara, y milagrosa; es un preciosisimo tesoro para las almas devotas; un joyel admirable de preciosisimas piedras, sin artificio, ni engastes de eloquencia, ni de retoricas frases: solo engastado en el oro de la caridad en que ardia el Autor, que lo escribió. Es un espejo clarisimo, en
que

que miremos, y remiremos, y compongamos nuestro interior, y exterior. *Juvenes, & Virgenes, Senes cum Junioribus.* Para Novicios de todas las Religiones; para Virgenes, y Esposas de Christo; para Sacerdotes, Viejos, y aprovechados, para Seglares, y para todos estados.

Todos los hombres deben á Dios su salvacion, y á la recta razon, que moralmente nos dice lo bueno, una vida conforme á la ley de Dios, mas deben este ajustamiento los Eclesiasticos todos, cada uno por la alteza de su ministerio, por la dignidad de su estado. Entre todos, los mas deudores, los mas obligados (no solo á los preceptos estrechamente obedecidos, sino á los consejos indispensablemente executados) somos los Religiosos. Mucho debemos señalarnos en perfeccion, y exceder á todos los Fieles en ella. Unos, y otros (porque en todos los estados tie-

ne

ne Dios amigos que le desean servir con ella, debemos pelear con nuestros enemigos, y vencer, y domar nuestras pasiones, para entrar en la Gloria; todos debemos tomar armas defensivas, y ofensivas; pues este pequeño libro es el que nos las administra con brevedad, claridad, y dulzura.

Podemos todos seguros, comprometernos en él, porque es una esponja del espiritu, que llegada á exprimir, nos dará clarisimas aguas que mitiguen nuestra sed, si nos disponemos á beber. A ojos vendados concluyo, y digo, que se pueden las almas empeñar en la execucion de sus direcciones, preceptos, y reglas, que los aseguro, no solo el acierto, sino las conocidas medras, y las victorias seguras.

Los Padres espirituales, y Directores de almas tendrán aqui una Botica de salutiferos remedios, y conortes, si imitando à aquel gran Medico de las almas

S. Francisco de Sales, recetan como el glorioso Santo lo hacia, en la Botica de el Combate Espiritual: *Leed, y releed en el Combate Espiritual*, decian las recetas del Santo. Y asi pueden ser las de los Padres Espirituales, y aun las de los Prelados, que remitiendo tal vez á sus Subditos á esta Botica espiritual, darán cura á sus dolencias. Tambien los enfermos, que á cada punzadilla de aguja quieren luego acudir al Medico, le hallarán cerca, y sin molestia, con abrir el capitulo, ú hoja que toca á su enfermedad, que les aseguro, que si caminan en verdad, hallarán los remedios presentaneos, y estará su sanidad, y perfecta cura en usarlos. Toca luego, no solo el pulso, sino el fondo de los males: descubre luego las raíces: dá luego con la verdad, que aunque esta suele amargar, la endulza de manera, que se pasa con gusto, y se apetece con golosina. Finalmente, ó

Lector, si eres hombre; pero no piedra, y pasares, como por los ojos, por el corazon, como se debe, reconocerás que quedo corto en quanto digo, y que todas las voces, que para alabarle escojo, son toscas brechas, que mas afean su peregrina pintura; á ella te remito, que mudamente hablará por sí.

****

Vos hodie contra inimicos vestros pugnam committitis, non pertimescat cor vestrum, nolite metuere, nolite cedere, nec formidetis eos. Quia Dominus Deus vester in medio vestri est, & pro vobis contra adversarios dimicabit, ut eruat vos de periculo. Deuteron. 20.

COMBATE ESPIRITUAL.

Non coronabitur, niſi qui legitimè certaverit. 2. Tim. 2.

CAPITULO I.

En que conſiſte la perfeccion Chriſtiana, y que para adquirirla es neceſſario pelear, y de quatro coſas que ſe requieren para eſte Combate.

SI quereis (hija muy amada en Chriſto) conſeguir la mayor alteza de la perfeccion Chriſtiana, y llegandoos á vueſtro Dios, venir à ſer un miſmo eſpiritu con él, que es la mayor, y mas noble empreſa,

y heroyca hazaña, que decirse, ó imaginarse puede, primero es necesario, y aun forzoso, que conozcais en qué consiste la verdadera, y perfecta vida espiritual.

Porque muchos, sin cuidar de otra cosa, juzgan que consiste en el rigor de la vida, y mortificacion de la carne, con cilicios, disciplinas, ayunos, y otras asperezas semejantes, y trabajos corporales.

Otros, y en particular las mugeres, entienden que tienen ya muy adelantado el camino en la perfeccion, quando rezan muchas oraciones, oyen muchas Misas, y largos Oficios Divinos, visitan muchas Iglesias, y frequentan muy à menudo la Sagrada Comunion.

Otros muchos hay (entre los quales se hallarán tal vez algunos de los que habitan los Sagrados Claustros, y profesan vida Religiosa, y austera) que piensan que la perfeccion consiste en la continua sequela, y frequencia del Coro,

ro, en la exacta guarda del ſilencio, en la ſoledad, y en la fiel obſervancia de la diſciplina regular, y ſus ſagrados eſtatutos.

Y aſi todos creen, que en eſtas, ó ſemejantes acciones eſtà fundada la perfeccion de la vida eſpiritual.

Mas errada vá eſta cuenta; porque aunque es verdad, que las dichas acciones algunas veces ſirven de medio para adquirir el eſpiritu, y otras veces ſuelen ſer fruto del miſmo eſpiritu, no por eſo ſe puede decir, que en ellas ſolas conſiſte la perfeccion Chriſtiana, y eſpiritu verdadero.

No hay duda que ſon medios muy poderoſos para adquirir el eſpiritu en aquellas almas que ſaben uſar de ellos con prudencia, y diſcrecion, para tomar aliento, y fuerza contra la malicia, y flaqueza propia, y para armarſe contra los acometimientos, y ataques, é invaſiones de nueſtros comunes enemigos, y para proveerſe de todos

los

los ſocorros eſpirituales à todos los Siervos de Dios, (neceſarios) y mas en eſpecial á los que son principiantes.

Son, pues, fruto del Eſpiritu en las perſonas verdaderamente eſpirituales, las quales caſtigan ſu cuerpo por las ofenſas cometidas contra nueſtro Señor, y Criador, y para tenerlo ſujeto, y humillado á ſu ſanto ſervicio. Guardan ſilencio,y viven en ſoledad, y habitacion de las criaturas, por huír de qualquiera mas leve culpa contra ſu Dios, y para converſar ſolo con los moradores de el Empireo. Ocupanſe con todo eſmero en el Culto Divino, y en las obras de piedad, en la oracion, y meditacion de la Vida, y Paſion de nueſtro Señor Jesu-Chriſto, no por curioſidad, ni por ſacar de ella guſtos, y deleytes ſenſibles, ſino por conocer de mas á mas de la propia malicia, ſu Divina bondad, y miſericordia infinita, y para

ra

ra inflamar cada dia mas sus corazones en el amor Divino, y en el desprecio de sí mismos, siguiendo con el vencimiento de sus propias pasiones las pisadas de el Hijo de Dios, y llevando tambien la Cruz á cuestas. Frequentan los santos Sacramentos de su Iglesia, por gloria de su Divina Magestad, y para llegarse, y unirse mas à ella, y para tomar nuevo aliento contra sus enemigos.

Pero tal vez pueden estas cosas ser de mayor precipicio, que los pecados muy conocidos: esto sucederá á otros, que ponen todo su cuidado en estas acciones exteriores, no por la falta que ellas tengan en sí mesmas (que todas son muy santas) mas por la falta de quien usa de ellas; pues no cuidando de otra cosa, que de ellas, dexan el corazon metido en poder de las propias inclinaciones, y de el demonio escondido en ellas; el qual viendolos yà alexados del camino derecho, y verdadero, los de-

xa, no ſolo continuar en aquellos exercicios con deleyte, mas los dexa piſar, ſegun ſu errada imaginacion, los eſtrellados campos, y deleytes del Paraíſo, á donde les parece que ſuben yá á converſar con los Angeles, y ſe perſuaden que yá eſtá Dios dentro de ellos miſmos; de manera, que ſe hallan abſortos en algunas meditaciones levantadas, y puntos altos, curioſos, y apacibles, é imaginan, que como el Apoſtol de las gentes San Pablo, ſon arrebatados al tercer Cielo.

Mas en quantos errores ſe hallan metidos, y embarazados eſtos miſerables, y quan lexos eſtan de la perfeccion que vamos buſcando, mucho mejor ſe podrá colegir, y entender mas facilmente de ſu vida, y coſtumbres, que decirſe.

Porque eſtos tales en qualquier coſa grande, y aun por pequeña que ſea, quieren ſer preferidos, y aventajados á otros, ſuelen ſer te-

me-

merosos, y caprichosos, amigos mucho de su propia voluntad, y de que se siga su parecer; y siendo ciegos en lo que les toca, son linces, y muy puntuales espías para fiscalizar, notar, y murmurar los dichos, y hechos agenos, y faltas de sus hermanos.

Y si alguno los toca, aunque sea levemente, en la opinion, y estimacion, que ellos tienen concebida de sí propios, y en la que quieren ser tenidos de los demás, ó los quieren apartar de aquellas devociones, en que por costumbre se ocupan, saltan como vivoras, se inquietan, y alteran fuera de todo modo, y razon.

Y si Dios, para reducirlos al verdadero conocimiento de sí mismos, y al camino de la perfeccion, les dá trabajos, y enfermedades, ó les permite persecuciones; (*Las quales nunca vienen, y suceden sin su Divina voluntad, por quererlo, y permitirlo asi, y son la piedra de toque, donde se descubren los quilates que tienen*

 sus

sus siervos) entonces descubren el fondo que tienen, y el interior corrupto, y dañado por la soberbia; porque en qualquier suceso, sea próspero, ó adverso, triste, ó alegre, no quieren resignarse, ni humillarse á los decretos de la Divina Providencia, conformandose con los siempre justos, bien que secretos juicios de Dios, ni à imitacion de su humillado, y atribulado Hijo, sujetarse à todas las criaturas, teniendo á sus perseguidores por verdaderos amigos, pues son instrumentos de la bondad Divina, que cooperan á la mortificacion, perfeccion, y salvacion de ellos mismos.

No hay duda, que estos tales estan puestos en gravisimo peligro, porque teniendo la vista interior ofuscada, satisfechos de sí mismos, y de sus acciones exteriores, que son buenas, se precian de tener muchos grados de perfeccion, y llenos de soberbia juzgan á los otros; y á ellos no hay quien los

con-

convierta, y ſaque de ſu error, ni es poſible, ſino es con un auxilio extraordinario de Dios.

Porque con mas facilidad ſe convierte, y ſe reduce al bien un pecador conocido, que uno oculto, y encubierto con la capa de las virtudes aparentes, y exteriores.

Luego yá veis, hija, muy claramente, que en las ſobredichas coſas, como ſe os ha declarado, no conſiſte la vida eſpiritual.

La qual habeis de ſaber, que no conſiſte en mas que en el conocimiento de la bondad, y grandeza de Dios, y de la nada á que ſe reduce nueſtro sér humano, y la inclinacion, y propenſion que tenemos à toda maldad. En ſu amor divino, y en el odio de noſotros miſmos. En la ſujecion, no ſolo á ſu Divina Mageſtad, mas por ſu amor á toda criatura. En la dexacion de qualquiera voluntad nueſtra, y en la total reſignacion de ella en la ſuya divina. Y demás á mas en que queramos, y

hagamos todo esto pura, simple, y sencillamente por la gloria de Dios, y porque su Divina Magestad lo quiere, y porque merece ser amado, y servido.

Esta es la ley de amor, impresa de la misma mano del Señor en los corazones de sus siervos fieles.

Esta es la abnegacion de nosotros mismos, que el Señor nos pide.

Este es el yugo suave, y su peso ligero.

Esta es la obediencia, à la qual con la voz, y exemplo de nuestro Redentor, y Maestro nos llama.

Y porque deseando vos llegar á la alteza de tanta perfeccion, habeis de hacer contra vos misma una continua, y frequente violencia, para conquistar generosamente, y aniquilar todas vuestras voluntades, ó yá sean grandes, ó yá pequeñas, es fuerza que os aparejeis con toda prontitud de animo para este combate, porque la corona de la victoria no se dá sino á los que pelean con valor.

Este

Este combate, al mismo paso que es el mas dificultoso (pues peleando contra nosotros, de nosotros mismos somos combatidos) á ese mismo paso produce una victoria tan grande, y tan lustrosa, que viene á ser la mas ilustre, y mas agradable á Dios de quantas se pueden alcanzar.

Porque si vos empezaseis á meteros debaxo de los pies de todos, y á vencer todos vuestros apetitos, y desordenados deseos, y malas inclinaciones, por pequeñas, y minimas que sean, agradareis mas á Dios, y le hareis mucho mayor agrado, y servicio, que si conservando alguna de ellas, os azotaseis hasta correr sangre, ó que si ayunaseis mas que los antiguos Hermitaños, y Anacoretas del desierto, ó que si convirtieseis à bien vivir millares de almas.

Porque aunque el Señor estima y quiere mas la conversion de las almas, que no la mortificacion de un pequeño apetito, con todo vos no habeis de querer, ni obrar otra cosa

mas que aquello á que el mismo Señor os obliga, y lo que mas apretadamente os pide.

El sin duda estima mucho mas que vos pongais cuidado, y trabajeis en mortificar vuestras pasiones, que si viendo en vos una sola de ellas, y omitiendola con voluntad, y advertencia, le sirviesseis en otra qualquier cosa, por grande, y dificultosa, que fuese.

Aora que habeis yá visto, hija, en que consiste la perfeccion Christiana, y que sabeis que para adquirirla os es forzoso entrar en una dura, y continua guerra contra vos misma, teneis necesidad de apercibiros de quatro cosas, como de armas muy seguras, y muy necesarias, para ganar la victoria, y quedar vencedora en este Combate Espiritual. Estas quatro cosas tan necesarias son las siguientes:

1 La desconfianza de nosotros mismos.

2 La confianza en Dios.

El

3 El exercicio.

4 La Oracion.

Y asi tratarémos con el favor de Dios de todos quatro facil, y brevemente en los capitulos siguientes.

CAPITULO II.

De la desconfianza de sí mismo.

HIJA, la desconfianza de vos misma os es para este combate de tal manera, y en tanto grado necesaria, que sin ella habeis de tener por cierto, que no solamente no podreis alcanzar la victoria deseada, mas ni podreis vencer la mas leve de vuestras pasiones.

Importa muy mucho que esteis de esta verdad bien persuadida; porque naturalmente somos todos muy demasiadamente faciles, y por nuestra depravada, y corrupta naturaleza, inclinados á tener una vana, y errada estimacion de nosotros mismos; y siendo verdaderamente una nada, no por eso dexamos de pen-

sar que somos de provecho para algo, y sin ningun fundamento vanamente presumimos de nuestras fuerzas.

Este defecto se conoce dificultosamente, y desagrada mucho á los ojos de Dios, que quiere en nosotros un muy fiel conocimiento de esta verdad. Que qualquiera gracia, y qualquier virtud deriva de él solo en nosotros, como de quien es la fuente de todo bien. Y quando de nosotros como de nosotros, no puede salir ni un solo buen pensamiento que le sea agradable.

Y siendo así, que esta tan importante desconfianza es tambien obra de su poder Divino, y de que hace merced á sus amados Siervos, unas veces con santas inspiraciones, y otras veces con castigos muy asperos, y tentaciones muy violentas, y casi insuperables, ó con otros medios, que no podemos llegar á entender, y penetrar; sin embargo de esto, queriendo él que juntamen-

te

te hagamos de nueſtra parte todo lo que nos conviene; yo os propongo quatro medios, ayudada de los quales, y principalmente de ſu favor divino, podreis conſeguir eſta deſconfianza.

El primero es, que os conſidereis, y conozcais vueſtra vileza, y limitado ſér, y que no ſois habil por vos miſma de obrar algun bien, por el qual merezcais entrar en el Reyno de los Cielos.

El ſegundo medio, que os propongo es, que con fervoroſas, y muy humildes oraciones le pidais muy à menudo al Señor, pues es dadiva ſuya. Y para alcanzarlo, primero habeis de rogar por vos miſma, como por una criatura, no ſolo deſproveida de eſta virtud, ſino impoſibilitada, é incapàz de alcanzarla por vos miſma. De eſta manera preſentados delante de la Mageſtad Divina, con fé viva, de que por ſu bondad os la ha de conceder; y perſeverando en la eſperanza por todo

aquel tiempo que su santa providencia dispusiere, no hay duda de que la alcanzareis.

El tercer medio es, que os acostumbreis à rezelar de vuestro propio entendimiento, de la fuerte inclinacion que teneis al pecado, de los inumerables enemigos que os cercan, de la poca, ó ninguua fortaleza que os acompaña para su resistencia, y de la larga experiencia que ellos tienen para la pelea de sus inumerables trazas, y enredos, y como se tranfiguran en Angeles de luces, y los lazos, que escondidamente nos arman en el camino de la virtud.

El quarto medio es, que quando os aconteciere caer en alguna falta, entreis entonces mas vivamente en la consideracion de vuestra propria flaqueza, entendais, y creais, que à este fin permite Dios vuestra caída; para que guiada por su divina inspiracion, con luz mas clara que de antes, y conociendoos mejor, os

se-

sepais despreciar à vos misma, como cosa demasiadamente vil, y baxa, deseando ser tenida, y estimada de los demàs en este mismo precio, é igualmente despreciada por ellos: acabando de entender, que sin esta voluntad no puede haber desconfianza virtuosa, porque esta tiene todo su fundamento radicado en la verdadera humildad, y en el conocimiento que consigo trae la experiencia.

Porque bien claro se dexa vér, que quien desea unirse con la luz suprema, y con la verdad increada, necesita del conocimiento de sí mismo, el qual la divina piedad acostumbra de ordinario darse à los sobervios presumidos, por via de las caídas, dexandolos justamente caer en alguna falta, de la qual imaginaban, que se podrian librar, acabando por este camino de conocerse, y aprendiendo así à desconfiar en todo de sí mismo.

Mas no acostumbra nuestro Se-

ñor

ñor el valerse de este medio tan miserable, sino es quando vé que los otros mas piadosos, arriba referidos, no son de aquel provecho, que su bondad dispone.

Entonces permite que el hombre cayga mas, ó menos, segun vé que es su vanidad, y propia estimacion, de manera, que donde no se hallase sombra de presuncion, como fué en la Bienaventurada Virgen Maria nuestra Señora, de la misma manera no habria señal alguna de caída.

De modo, que si vos cayeredes, corred luego con el pensamiento al humilde conocimiento de vos misma, y con oracion importuna pedirle al Señor que os dé verdadera luz para conoceros, y la total desconfianza de vos misma, si no quereis caer de nuevo, y tal vez en mayor precipicio.

CAPILULO III.

De la confianza en Dios.

DEmàs de ser tan necesaria la propia desconfianza en este com-

combate, como queda referido, es necesario saber, que si solo de ella nos ayudamos, ó nos pondrémos en huída, ó quedarémos vencidos, y conquistados por nuestros enemigos; y así, demàs de la desconfianza de nosotros mismos, necesitamos de mas à mas de la total confianza en Dios, esperando en él, y de él solo todo bien, todo socorro, y todas nuestras victorias.

Porque como de nosotros, que somos nada, no nos podemos prometer mas que miserias, caídas, y pecados, por donde debemos desconfiar totalmente de nosotros mismos; por el contrario en la virtud de nuestro Señor, y Redentor, ganarémos de cierto, y alcanzarémos qualquier grande victoria, si para alcanzar sus santos auxilios fortaleciéremos nuestro corazon de una viva confianza en su Divina Magestad.

Esta tambien se puede conseguir de quatro modos.

El primero pidiendola à Dios.

El segundo, considerando, y viendo con los ojos de la Fé la omnipotencia, y sabiduria infinita de su divina Magestad, à quien nada es imposible, ni dificultoso; y que siendo su bondad sin limitacion alguna, està con deseo inexplicable, presto y aparejado à darnos de hora en hora, y de momento en momento todo lo que habemos menester para la vida espiritual, y un perfecto vencimiento de nosotros mismos, poniendonos en sus brazos con toda confianza.

Y cómo serà posible, que nuestro divino, y amoroso Pastor, que corrió treinta y tres años tràs de la oveja perdida, llamandola con voces tan fuertes, que enronqueció de ellas, y siguiendola por camino tan trabajoso, y espinoso, que en él derramó toda su sangre, y perdió hasta la misma vida: ahora que la oveja corre tràs dél, con la obediencia de sus santos Mandamientos, y por lo menos con deseo (aunque à

lás veces tibio, y flaco) de obedecerle, llamandole, y llorando por él; cómo serà posible, digo, que él no la mire con sus Divinos ojos de vida? que no la recoja, y ponga sobre sus ombros, festejandola con todos sus vecinos, y con los Angeles de su Gloria?

Que si no dexa nuestro misericordiosissimo Señor de buscar con gran cuidado, y hallar la dragma de su Evangelio, que es el pecador ciego, y mudo; cómo serà possible que dexe à aquel, que como oveja perdida bala, y dà voces à su Pastor?

Y quien creerà que Dios, que està continuamente llamando, y dando aldabadas al corazon del hombre para que le abra, con deseo de entrar, y de quedarse en él, comunicarle con largueza sus dones, y gracias, quando este corazon se abre, y le combida, y ruega para que entre, se harà sordo, y desentendido, y no quiera entrar?

El tercer modo de aquirir esta santa confianza, es recorrer con la memoria las verdades de la Sagrada Escritura, que en mil lugares nos muestra, y enseña, que jamás quedó confundido quien confió en Dios.

El quarto modo, que servirá juntamente para adquirir las dos cosas; esto es, la desconfianza de vos misma, y la confianza en Dios, es el siguiente:

Quando os aconteciere el haber de hacer alguna cosa, ó emprender algun combate de venceros à vos misma, antes que os lo propongais, ú os resolvais à hacerlo, poned luego el pensamiento en vuestra propia flaqueza, y desconfianza enteramente, apelad al poder, sabiduria, y bondad Divina, y confiando en ella, determinad de obrar, y de pelear valerosamente, y con estas armas en la mano, y con la oracion, como se dirà en su lugar, obrad, y pelead.

Si no guardais esta orden, aunque

os

os parezca, que todo lo que haceis vá fundado en la confianza en Dios, os hallareis en buena parte engañada, porque es tan natural al hombre la persecucion de sí mismo, y es tan sutil, que à escondidas casi siempre vive en la desconfianza que tenemos de nosotros mismos, y en la confianza que procuramos tener en Dios. Luego para huír lo que fuere posible esta presuncion, y para obrar con la desconfianza de vos misma, y con la confianza en Dios, es necesario, que la consideracion de vuestra flaqueza vaya siempre delante del conocimiento de la omnipotencia de Dios, y estas dos consideraciones sean siempre las que precedan à todas vuestras operaciones.

CAPITULO IV.

Como se puede conocer si un hombre obra con desconfianza de sí, y confianza en Dios.

PAreceràle á veces al siervo presumido, que tiene ya alcanzada

la desconfianza de sí, y la confianza en Dios; y en buena verdad, que no será ello asi. Aclarará esta verdad el efecto, que causare en vos la caìda.

Porque si quando caeis, os andais inquietando, y afligiendo, y os viene una como desesperacion de poder pasar adelante en el obrar bien, es una señal evidente de que confiabadeis en vos, y no en Dios.

Y asi es muy grande la tristeza, y la desesperacion, vos confiabadeis mucho en vos, y muy poco en Dios, puesto que el hombre, que en gran parte desconfia de sí, y confia en Dios, quando no se espanta, ni se melancoliza, ni aflige, conociendo que le sucedió el mal por su flaqueza, y por su poca confianza en Dios; antes de ahí, mas desconfiado de sí, confia en Dios con mayor humildad, y abominando la falta sobre todas las cosas, y las pasiones desordenadas, que fueron causa de su caìda, con un grande, quieto, y

pa-

pacifico dolor de la ofensa de Dios continúa en su empresa, y persigue sus enemigos hasta la muerte con mayor animo, y mayor resolucion.

Estas cosas, quisiera, que fuesen bien consideradas por algunas personas que hacen una profesion exterior de devocion, las quales quando caen en alguna falta, no se pueden, ni quieren sosegar, y esto nace á veces del deseo de librarse de la ansia, é inquietud que procede del amor propio, mas que de otra cosa, donde se sigue que no se pueden aquietar hasta ir á verse con el Confesor, al qual debieran acudir mas para lavarse de la mancha del pecado, y fortalecerse con el Santisimo Sacramento para resistir, que no para quedar consolados.

CAPITULO V.

Del error que algunos tienen en tener á la pusilanimidad por virtud.

MUchos demás de esto, se engañan, teniendo por virtud la pu-

pusilanimidad, é inquietud que se sigue al pecado (porque viene acompañada de algun disgusto, y desplacer) no sabiendo que nace de sobervia oculta, y presuncion fundada en la confianza de sí mismos, y de sus propias fuerzas, en las quales, porque (teniendose en alguna cuenta) habian confiado demasiadamente, enseñados por la experiencia del error, viendo que ellas les faltaron en la ocasion, se perturban, y espantan como de una novedad, y dán en ser pusilanimes, viendo derribado aquel apoyo, en el qual vanamente tenian puesta su confianza.

No sucede asi al humilde, porque este, como solamente confia en su Dios, y no presume nada de sí, en qualquiera falta que cayga, aunque le pesa de ella, nada se inquieta, ni espanta, porque sabe que le sucede por su propia miseria, y flaqueza, que la conoce muy bien con la luz de la verdad.

CAPITULO VI.

De otros avisos para adquirir la desconfianza de nosotros, y la confianza en Dios.

POrque toda la fuerza necesaria para vencer nuestros enemigos nace principalmente de la desconfianza de nosotros mismos, y de la confianza en Dios, os doy nuevas advertencias para que la consigais con el favor Divino.

Habeis, pues, de saber, y asentar por maxima indubitable, que ni todos los dones, yá sean naturales, ó yá adquiridos, y que ni todas las gracias *gratis datas*, ni la inteligencia de la Sagrada Escritura, ni el haber servido á Dios por largo espacio de tiempo, ni el estár acostumbrada, y habituada en este santo exercicio, basta para hacer su santa voluntad, si en qualquiera obra buena acepta á sus ojos que hubieremos de hacer, y en qualquiera peligro que hubieremos

mos de evitar, y en qualquiera Cruz que hubieremos de llevar, segun su santisima voluntad, si no se halláre nuestro corazon ayudado, y asistido de una particular merced, y gracia de Dios.

Y en esta consideracion habemos de pasar toda nuestra vida, todos los dias, y todas las horas, y todos los momentos, porque haciendolo asi, por ningun caso, y acontecimiento, ni por ningun pensamiento podrémos nunca confiar de nosotros.

Y en lo que toca á la confianza en Dios habeis de saber, que tan facil le es á su Divina Magestad el vencer pocos enemigos, como muchos, y de la misma manera à los flacos, y visoños, como á los viejos, y experimentados.

Por lo qual, aunque una alma esté cargada de pecados, y aunque todos los vicios, é imperfecciones del mundo se hallaren en ella, aunque sea la mas imperfecta que imaginarse pueda, aunque haya procura-

rado por todas las vias, y caminos posibles, dexar el pecado, y vivir christianamente, y no solo no lo haya conseguido, sino que jamás haya podido hacer la menor cosa buena, antes por el contrario haya seguido con mayor velocidad la carrera del mal, no por eso debe dexar de confiar en Dios, ni debe jamás dexar las armas, y los exercicios espirituales, antes debe pelear siempre con generosidad. Porque habeis de saber: que en este Combate Espiritual, quien no dexa la batalla, ni dexa de confiar en Dios, cuyas asistencias nunca faltan á sus Soldados, aunque á veces permite que sean heridos, nunca podrá ser vencido. Peleemos, pues, que en eso consiste todo: y los medicamentos para las heridas son prontos, y son eficaces para aquellos que peleando buscan á Dios, y recurren con confianza á su Divina Magestad. Mirad, y atended á lo que os digo, que si asi lo hacemos, quando menos lo pensemos, tendré-

mos muertos los enemigos.

CAPITULO VII.

Del exercicio, y primeramente de el del entendimiento, que debemos guardarle mucho de la ignorancia, y de la curiosidad.

NI con la desconfianza de nosotros mismos, ni con la confianza en Dios, que son armas tan necesarias en este combate, como hemos visto, alcanzarémos la victoria: si ellas se quedan solas, antes caeremos en mayores ruínas; y asi, demás de estas cautelas, nos es necesario el exercicio, que es el tercer medio que arriba propusimos.

Este exercicio se ha de hacer principalmente, con el entendimiento, y con la voluntad.

En quanto al entendimiento, le habemos de guardar de dos cosas, que le suelen pervertir: Una es, la ignorancia que le ofusca, y le impide el conocimento de la verdad, la qual

es

es su propio objeto, y para lo qual, con el exercicio lo habemos de aclarar, y apurar, para que pueda ver bien, y conocer quanto habemos menester purgar el alma de las pasiones desordenadas, y adornarla con las santas virtudes.

Esta luz se puede alcanzar en dos maneras.

La primera, y mas importante es la Oracion, rogando, y suplicando al Espiritu Santo, que se digne, y quiera infundir en nuestros corazones esta luz Sagrada, y Celestial. Ni faltará nunca en hacerlo así su Divino Amor, si en realidad buscamos á Dios con deseo de hacer su santa voluntad, y si lo pusieremos todo, hasta nuestro juicio, á los pies de nuestros Confesores.

La segunda es, un continuo exercicio de profunda, y real consideracion de las cosas, para ver si son buenas, y si corren, y caminan mas por las reglas enseñadas por el Espiritu Santo, que por las leyes del

mundo,como parecen por defuera, y se representan á los sentidos.

Esta consideracion, hecha como conviene, claramente nos dá á conocér, que habemos de tener por nada, por vanidad, y mentira todas aquellas cosas, que el mundo ciego, y engañado ama, estima, y desea, y vá buscando por tantos modos, y maneras.

Entenderémos, que las honras de la tierra, no son mas que vanidad, y afliccion de espiritu: que las afrentas, é infamias de que el mundo nos carga, producen gloria verdadera, y las tribulaciones alegria. Que el perdonar los enemigos, es magnanimidad, y que es una de las cosas por donde llegamos á tener mayor semejanza con Dios: que vale mas despreciar al mundo, que ser Rey de él: que el obedecer de buena voluntad, y por amor de Dios á las mas viles criaturas, es cosa mas grandiosa, y generosa, que avasallar, y mandar los Principes, y Grandes: que habemos de

apre-

apreciar en mas el humilde conocimiento de nosotros mismos, que la superioridad de todas las ciencias, y que el vencer, y mortificar los propios apetitos, por pequeños que sean, merece mayor alabanza, y estimacion, que conquistar muchas Ciudades, y vencer con las armas en las manos muy poderosos exercitos, hacer milagros, y resucitar muertos.

CAPITULO VIII.

De las causas por que no vemos claramente las cosas, y del modo que habemos de tener para conocerlas bien.

La razon porque nosotros no vemos claramente las cosas sobredichas, y otras muchas es, porque quedandonos luego en la primera apariencia de ellas, nos dexamos llevar, ó del amor, ó del odio; con que ofuscando el entendimiento, no las juzga derechamente por lo que son.

Vos, para no darle lugar á este

engaño, estareis siempre advertida de tener lo mas que os fuere posible, la voluntad purificada, y libre de la aficion desordenada de qualquiera cosa.

Y quando divisais qualquiera objeto, bolved ázia él los ojos del entendimiento, y consideradlo con madurez, antes que el odio, si es de cosa contraria à nuestras inclinaciones naturales, ó el amor, si es de cosa que causa deleyte, os mueva á quererlo, ó aborrecerlo.

Porque entonces el entendimiento, no preocupado de la pasion, queda libre, y claro, y puede conocer la verdad, y penetrar el mal que está escondido debaxo del falso deleyte, ó del bien encubierto en la apariencia del mal.

Mas si la voluntad se inclinó primero á amar el objeto, ó á aborrecerlo, el entendimiento no lo puede bien conocer, porque aquella aficion que se puso de por medio, le ciega de manera, que lo juzga por cosa di-

fe-

ferente de lo que es, y reprefentandola por tal á la voluntad, efta es movida con mas pafion que antes, á quererla, ó á aborrecerla contra toda orden, y ley de buena razon.

De efta pafion viene á quedar el entendimiento mas efcurecido, y con efta fombra le hace de nuevo á la voluntad parecer el objeto mas amable, ó mas aborrecible que de antes.

Por lo qual, fi no fe guarda la regla que queda apuntada (cofa que para todo efte exercicio es la que mas importa) eftas dos potencias, entendimiento, y voluntad, tan nobles, y excelentes, vienen miferablemente à tropezar, y caer de obfcuridad en obfcuridad, y de uno en muchos, y mayores errores.

Guardaos, hija, pues, con todo cuidado de toda aficion demafiada de qualquier cofa, que primero no quede examinada, y conocida por lo que verdaderamente es, por la luz del entendimiento, y en-

en primer lugar con la luz de la Divina gracia, y de la oracion, y con el parecer de vuestro Padre espiritual.

Lo qual habeis de guardar mas que en otras cosas, en algunas buenas obras exteriores, que son buenas, y santas; porque en estas por ser tales, hay por nuestra parte mayor peligro de engaño, y de indiscrecion.

De donde sucede, que por alguna circunstancia de tiempo, de lugar, ó de medida, ó respeto de la obediencia, os pudieran ser tal vez de grave daño, como se sabe de muchos, que peligraron en loables, y santos exercicios.

CAPITULO IX.

De otra cosa, que para conocer bien, debe huir el entendimiento.

DE lo que hemos de guardar tambien el entendimiento, es de la curiosidad, porque llenandolo

lo de pensamientos dañosos, vanos, é impertinentes, lo hacemos inhabil, para aprender lo que mas importa á nuestra verdadera mortificacion, y perfeccion.

Por lo qual, habeis de estar como muerta en el escudriñar, y saber las cosa de la tierra no necesarias, aunque sean licitas.

Recoged siempre, todo quanto pudieredes, vuestro entendimiento, y preciaos de haceros ignorante.

Con las novedades, y mudanzas del mundo, grandes, ó pequeñas, os habeis de haber, como si no las hubiese; y quando no pudieres huir de las noticias de los sucesos, apartadlas de vos, y no apliqueis á ellas el pensamiento.

En el deseo de saber las cosas de el Cielo, sed humilde, y templada, no queriendo saber mas que á Christo crucificado, su vida, y su muerte, y aquello que él mismo os ordena.

Tened lexos de vos todas las co-

ſas, porque hareis en eſto gran ſervicio á Dios, el qual tiene por ſus hijos amados, y queridos á los que á él ſolo le quieren, y buſcan ſolamente aquellas coſas que baſtan para haberlo de amar, y hacer ſu ſanta voluntad. Qualquier otro cuidado, y deſeo, es amor propio, ſobervio, y lazo del demonio.

Si vos ſiguiereis eſtas advertencias podreis huir muchos emboſcados porque viendo la ſerpiente *engañosa*, que en aquellos que *practican* la vida Eſpiritual, la voluntad eſtá fuerte, y conſtante, ſe esfuerza en gran manera á vencer, y conquiſtar el entendimiento para enſeñorearſe por eſte camino de entrambos.

De donde procede, que muchas veces le inſpira penſamientos levantados, vivos, y curioſos, y particularmente en los eſpiritus agudos, y de grande ingenio, que ſon faciles à caer en altivéz, y ſobervia, porque ocupados en la delectacion, y diſ-

curſo de aquellos puntos en que engañoſamente ſe perſuaden que gozan de Dios, ſe deſcuidan de purificar el corazon, y de trabajar en el conocimiento de sì miſmos, y de la verdadera mortificacion, de donde les viene á ſuceder, que caídos en lazo de la ſobervia, hacen idolo de ſu propio entendimiento.

De aqui ſe ſigue, que poco á poco, ſin apercebirſe, ſe llegan á perſuadir, que no neceſitan de conſejo, ni de doctrinas agenas, teniendo yá de coſtumbre el recurrir al idolo de ſu propio juicio, y parecer.

Coſa de muy grande peligro, y muy dificultoſa de curar, porque es mas peligroſa la ſobervia del entendimiento, que la de la voluntad; porque éſta, no ſiendo oculta, el miſmo entendimiento la podrá curar, haciendola obedecer á lo que debe. Mas quien eſtá firme en la opinion de que ſu parecer es mejor que el de los otros; de quién, ó cómo podrá ſer curado? Cómo cederá al juicio

de los otros quien preſume que es mejor el ſuyo?

Si los ojos de el alma, que ſon el entendimiento, por los quales ſe habia de conocer, y curar la llaga de la voluntad ſobervia, eſtán ciegos, y llenos de ella; quien los podrá curar?

Y ſi la luz ſe convierte en tinieblas, y la regla no es derecha; qué ſerá lo demás?

Oponeos, pues, luego, luego con valor, á tan peligroſa ſobervia, *antes* que ella ſe enſeñoree, y apodere de vos.

Deſechad la agudeza, y brio del propio entendimiento; ſujetad con facilidad vueſtro parecer al ageno; haceos ignorante, y como tonto por amor de Dios, y ſereis mucho mas ſabia, y entendida, que Salomon.

CAPITULO X.

Del exercicio de la voluntad, y del fin à que se han de dirigir todas las acciones interiores, y exteriores.

DEmás del exercicio, que habeis de hacer acerca de el entendimiento, debeis de tal manera regular, y regir la voluntad, que no dexandola ir detràs de sus deseos, venga à conformarse en todo con la voluntad de Dios.

Y advertid, que no basta esto solo, ni basta el procurar, y querer las cosas que son mas agradables à Dios, sino que demás á mas, las habeis de querer, y hacer como movida por su Mag. Divina, y solo á fin de agradarle. Acerca de esta pura intencion, demàs de lo que queda ya dicho, tenemos grande guerra con nuestra naturaleza, la qual de tal manera es inclinada á sí misma, que en todas las cosas, y tal vez en las mejores, y

mas espirituales, busca con mas cuidado su comodidad, propia satisfacion, con la qual vá pasando, y se alimenta como con un manjar muy saludable.

Y asi quando se nos ofrece alguna buena obra, luego la codiciamos, y queremos, no como movidos de la voluntad de Dios, ni por solo el unico fin de agradar à su Divina Magestad, mas por el bien, y por la satisfacion que se deriva del querer las cosas que Dios quiere.

Este engaño es tanto mas oculto, quanto la cosa que queremos es mejor de su naturaleza. Donde, hasta en el deseo del mismo Dios, facilmente nos solemos engañar con el amor propio, mirando nuestra conveniencia, y el bien que de ello esperamos, mas que á la sola voluntad de Dios, y su gloria; y porque debe ser amado, buscado, y obedecido de nosotros.

Para huir de este engaño, que os atajará sin duda el camino de la perfec-

feccion, y que os acoſtumbreis á querer, y obrar todo lo que diximos, como movida de Dios, y de la pura intencion de hacer ſola ſu Santiſima voluntad, y de honrarle á él ſolo (pues de todas nueſtras acciones, y penſamientos quiere ſer nuncio, principio, y fin) guardareis eſta regla.

Quando ſe os ofreciere alguna coſa, que echais de ver, que Dios quiera ſe haga, no endereceis luego vueſtra voluntad á quererla, ſin levantar primero el penſamiento á Dios, para conſiderar, que es voluntad ſuya, que vos la querais, y que él aſi lo quiere, y vos, por agradarle á él ſolo, la querais.

Aſi movida vueſtra voluntad, y guiada de la Divina, vendrá deſpues á querer la obra como coſa, y que por Dios, y ſolo por el guſto, y placer que tendrá en ella, y por el aumento de ſu ſanta gloria.

De la miſma manera, queriendo aborrecer las coſas que Dios no

quie-

quiere, no las aborrezcais, sin poner primero los ojos del entendimiento en la voluntad Divina, la qual os manda que las aborrezcais para haberle de agradar.

Mas habeis de saber, que los engaños de la naturaleza son tan sutiles, y tan poco conocidos, que buscandose ella à sí misma, ocultamente nos hace creer muchas veces que se halla en nosotros aquel motivo, y fin de agradar á Dios, mas no por eso ello es asi.

Por donde acontece muchas veces, que nos parece, que lo que queremos, ó aborrecemos por nuestra propia conveniencia, lo hacemos para agradar, ó no desagradar á Dios.

Para huir de este engaño, el remedio propio intrinseco será la pureza de corazon, la qual consiste en desnudarse del hombre viejo, y revestirse del nuevo, que es el fin de toda esta empresa.

Tras todo, será bien daros alguna regla cierta, para que acerteis en

lo

lo que ſe os ofreciere, tomad eſta. Procurad en el principio de todas las obras deſprenderos, y deſpegaros lo mas que pudiereis de qualquiera aficion que ande mezclada, ó que huela á amor propio, y no querais, ni habreis, ni aborrezcais coſa alguna, ſin ſentiros primero movida, y obligada de la pura, y ſola voluntad de nueſtro Criador.

Si en todas las acciones, y particularmente en las interiores de el alma, y en las exteriores que luego paſan, no pudieres tener ſiempre eſte motivo, contentaos de tenerle virtualmente en cada una, teniendo ſiempre intencion verdadera de agradar en todo unicamente á Dios.

Mas en las acciones que tienen duracion por algun eſpacio de tiempo, no ſolo es bien, que en el principio de ellas deſperteis en vos eſte motivo, mas habeis de tener cuidado en renovarlo muchas veces, y no dexarlo haſta el fin, porque de otra

ma-

manera habria peligro de caer en otro lazo, que es el de nuestro amor propio, que siente mas inclinado, y propenso á sí mismo, que á Dios, acostumbra muchas veces en el intervalo del tiempo, hacernos insensiblemente mudar de objeto, y de fin.

El siervo de Dios, que no hace mucho caso de esta advertencia, comienza muchas veces alguna obra, con pensamiento solo de agradar à su Señor, mas despues, poco á poco, y casi insensiblemente, de tal manera se vá dexando de ella, como de propio gusto, que apartado de la voluntad Divina, *cuida* tanto de la satisfaccion, que de ella coge, y se ata tanto al provecho, y honra que de ella le puede resultar; que si el mismo Dios se la impide con alguna enfermedad, ó caso no esperado, ó por medio de alguna criatura, todo se turba, é inquieta, y á las veces murmura de unos, y de otros, por no decir que lo hace

el

el mismo Dios. Evidente señal de que su intencion no estaba toda en Dios, mas nacida de alguna mala raiz, y falso fundamento.

Porque quien obra como movido por Dios, y por solo darle gusto, y executar su Divina voluntad, no quiere mas una cosa que otra, antes solo la quiere, si Dios es servido que la tenga, de modo, y quando mas agrade à su Magestad Divina; y asi, teniendola, ó no teniendola, igualmente queda sosegado, y contento, porque de qualquier manera alcanzó lo que pretendia, y consiguió el fin que tenia, pues no era otro que el gusto, y voluntad de Dios.

Por lo qual debeis estar siempre bien recogida dentro de vos misma, cuidando de enderezar siempre vuestras acciones á este fin perfecto.

Y si tal vez (por haberlo menester asi la disposicion de vuestra alma) os moveis á obrar bien, por huir las pe-

penas del infierno, ó por la esperanza de la gloria, aun en en esto os podeis prometer por ultimo fin el gusto, y voluntad de Dios, que es servido; que no os condeneis, sino que entreis en la Bienaventuranza de su santa Gloria.

No hay quien pueda bien comprender de quanta fuerza, y eficacia sea este motivo, porque una obra, por baxa, y humilde que sea, hecha con fin de agradar solo á Dios, y por su gloria, vale (para decirlo asi) infinitamente, mas que muchas otras obras de sumo precio, y valor, hechas sin este motivo tan santo.

De donde nace, que es mas acepto á Dios un solo real dado á un pobre con sola la unica, y pura intencion del servicio de su Mag. que si con alguna otra intencion (aunque sea por ganar el Cielo, que es un fin, no solo bueno, mas sumamente amable) diese toda su hacienda, aunque grande.

Este exercicio debe obrarlo todo

do con pura intencion de agradar á á Dios, parecerá en el principio dificultoso, mas llegará á ser muy facil, y corriente con la costumbre, y con frequentar muy à menudo muchos actos de amor de Dios, y de suspirar por él con vivos afectos del corazon, como por el unico, y perfecto bien nuestro, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, y sirvan, y amen sobre todas las cosas.

Y quanto mas continua, ó profundamente entrareis á considerar el infinito merito de Dios, tanto mas fervorosos, y frequentes serán los actos de la voluntad; y con mayor facilidad, y mas brevemente hareis este tan excelente habito de obrar siempre por amor, y respeto de aquel Señor, que solo lo merece.

Acuerdoos por ultimo, que para conseguir este divino motivo, demás de valeros de lo que queda dicho, se lo pidais à nuestro S. con oracion importuna, y considerar muchas

veces los beneficios inumerables, que os ha hecho, y hace todavia, movido del puro amor que os tiene, y sin ningun interés, pues no os ha menester para cosa alguna.

CAPITULO XI.

De algunas consideraciones, que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el gusto, y voluntad Divina.

PAra inclinar mas faciimente la voluntad à querer en todas las cosas el gusto, y honra de Dios, os debeis acordar, que él mucho os ama, y tiene obligada por muchos, y diferentes modos.

En la creacion, formandoos de nada á su imagen, y semejanza, y todas las demás criaturas para que os sirvan.

En la redempcion, mandando, no á un Angel que lo hiciese, sino enviando para esto á su propio, y unigenito Hijo, y no con precio corrup-

ruptible de oro, ó de plata, mas con derramar ſu precioſa ſangre, y con la trabajoſa, afrentoſa, y doloroſa muerte que padeció por vos.

Deſpues de eſto, él á todas horas, y por todos los momentos os tiene guardada de vueſtros enemigos, él pelea por vos con ſu ſanta gracia, él os tiene continuamente para vueſtra defenſa, y para vueſtro ſuſtento, aparejado à ſu querido Hijo en el Santiſimo Sacramento del Altar.

No es por ventura ſeñal eſta de el grande aprecio que hace de vos, y del amor con que os ama un Dios inmenſo? Eſo tanto, que no hay quien pueda comprender la eſtima que hace eſte gran Señor de nueſtra mezquindad, miſeria, y vileza, y por el contrario, lo mucho que eſtamos obligados à amar, y venerar, y adorar, y ſervir tan alta mageſtad, que tantas, y tan raras maravillas ha obrado por noſotros.

Y ſi los Señores de la tierra, quando ſe ven ſervidos de perſonas, aun-

que

que ſean pobres, y humildes, no dexan de hallarſe obligados á honrarlos tambien. Qué hará nueſtra vileza con el Soberano Rey del Univerſo, de quien ſe conoce altamente eſtimada, y querida?

Sobre todo no ſe os olvide, antes tened ſiempre viva memoria de que la Mageſtad Divina por sí miſma merece ſer infinitamente honrada, y ſervida, pura, y ſimplemente, y que eſte es ſu deſeo, y voluntad, y aſi, habeis de procurar por todos los caminos poſibles reducir à eſto la vueſtra.

CAPITULO XII.

De muchas voluntades que hay en el hombre, y de la guerra que tienen entre sí unas con otras.

MUY bien ſe podrá decir en eſte Combate, que hay en noſotros dos voluntades, una de la razon, llamada por eſo racional, y ſu-

ſuperior, y otra del ſentido que ſe llama inferior, y ſenſual, que acoſtumbramos explicar con nombre de apetito de carne, y de ſentido, y de paſion: con todo, porque lo declaremos mejor, es aquella que nos dá el sér de hombres. Quando queremos alguna coſa con el apetito, nunca ſe entiende que la queremos verdaderamente, ſin que la voluntad ſuperior ſe incline primero.

Por lo qual, todo nueſtro combate eſpiritual conſiſte principalmente, en que la voluntad racional, eſtando pueſta como entre la voluntad divina, que es ſuperior, y la ſenſual, que es inferior, de una, y de otra es continuamente combatida, pues cada una de eſtas procura atraherla á sí, y ſujetarla á ſu obediencia.

Eſto es grande penalidad, y trabajo, mayormente para los principiantes, y á los malhabituados, quando ſe reſuelven á mudar de vida, dando de mano á las maldades paſa-

das, al mundo, y á la carne, se entregan al amor, y servicio de Dios.

Porque los estima lo que su voluntad superior recibe de la voluntad divina, y de sus propios apetitos, que la estan siempre combatiendo, son tan poderosos, y tan fuertes, que se hacen sentir con muy grave penalidad.

Lo qual no sucede á los que yá estan habituados en las virtudes, y no en los vicios, y que de la misma manera quieren continuar, porque los virtuosos facilmente obedecen á la voluntad Divina, mas los que son entregados á vicios, se conforman sin contradicion con su voluntad sensual.

Pero no presuma nadie poder conseguir las virtudes Christianas, y servir á Dios, como es nuestra obligacion, sin hacerse de veras violencia, y padecer el trabajo que sentimos en dexar, no solo los mayores deleytes, sino aun los mas pequeños, á que estamos pegados

con

con aficion terrena.

De aqui procede, que ſon muy pocos los que llegan al mayor grado de perfeccion, porque deſpues de tener vencidos con trabajo los vicios mayores, no quieren hacerſe violencia, perſeverando en ſufrir la moleſtia, y trabajo que ſe experimenta, y ſe paſa en la reſiſtencia de caſi infinitos apetitos propios, y paſiones muy ligeras de menor cuenta, las quales, prevaleciendo en ellos á cada hora, vienen al cabo á dominar, y á ſeñorear ſus corazones.

Entre eſtos hay algunos, los quales, ſi bien no hurtan los bienes agenos, ponen demaſiada aficion en los que juſtamente poſeen; y que ſi no procuran honras por medios ilicitos, no las aborrecen como deben, ni las dexan de deſear, y á las veces de buſcarlas con induſtria: ſi guardan los ayunos de obligacion, no por eſo mortifican la gula en el ſuperfluo comer, y en el deſeo de exquiſitos manjares: ſi

viven en continencia, no por esto dexan ciertas conversaciones de su gusto, que son de grande estorvo para servir à Dios, y unirse con su Divina Mag. y para la vida espiritual. Demás, que siendo estas conversaciones grandemente arriesgadas en qualquier persona, aunque sea muy virtuosa, lo son mucho mas, y mas dañosas à quien no se rezela de ellas, y asi las debemos huir todo quanto pudieramos.

De aqui procede tambien, que las otras buenas obras de esta gente, sean hechas con mucha tibieza de espiritu, y acompañadas de muchos intereses, é imperfecciones ocultas, y de una vana estimacion con que quieren ser aplaudidos, y alabados por ellas.

Los que andan por este camino, no solo no adelantan en el de la salvacion, mas bolviendo atras, están en manifiesto peligro de recaer en los primeros males, porque no aman verdaderamente la virtud, y son

muy

muy poco agradecidos al Señor, que los librò del cautiverio del demonio; y demás de esto son ignorantes, y ciegos para vér el peligro en que se hallan, pues falsamente se persuaden que están en un estado casi de seguridad.

Y aqui se descubre un engaño, tanto mas dañoso, quanto menos conocido, que es, que muchos que professan vida espiritual, siendo amigos de sí mismos, mas de lo que conviene (aunque en la verdad no se saben amar) las mas veces toman aquellos exercicios, que son mas conformes á su gusto, y dexan los otros que se oponen al natural de su inclinacion, y á sus apetitos sensuales, contra los quales pide la buena razon, que se ponga todo el esfuerzo de la batalla.

Por lo qual (hija muy amada) yo os amonesto, y exorto á que ameis las dificultades, y trabajos, que trae consigo el vencerse á sí misma, porque en eso consiste el negocio; y aseguraos, que la victoria será tanto

mas cierta, con quanta mas vehehemencia vos amais las dificultades, que la virtud, y la guerra aseguran á los que comienzan; y si vos fuereis muy amiga de las dificultades, y de la peléa trabajosa, conseguireis con mayor priesa las virtudes, las victorias, y todo lo demás.

CAPITULO XIII.

Del modo con que se debe pelear contra los movimientos sensuales, y de los actos que ha de hacer la voluntad, para adquirir los habitos de las virtudes.

QUando la voluntad racional es combatida por una parte de la voluntad sensual, y por otra de la voluntad divina, pues como hemos dicho, cada qual de estas la procura señorear, es necesario que os exerciteis de muchas maneras, para que en vos prevalezca la voluntad de Dios.

Primeramente, quando sois tentada, y perseguida de los movimien-

mientos ſenſuales, habeis de hacer una valeroſa reſiſtencia, porque la voluntad ſuperior no los conſienta en ninguna manera.

Y en ſegundo lugar, quando ceſaren eſtos movimientos, os habeis de exercitar de nuevo, para reprimirlos con mayor esfuerzo, y valor.

Deſpues llamadlos á tercera batalla, porque en eſta (habiendoos habido bien en las antecedentes) los vencereis ſin duda, con enfado, y aborrecimiento de ellos.

Eſtos dos deſafios ſe han de hacer á todos nueſtros apetitos deſordenados, excepto á los de la carne, de que hablarémos en ſu lugar.

No os canſeis de hacer actos contrarios á qualquier paſion vicioſa que tubieredes.

El exemplo que ſe ſigue pondrá todo eſto mas claro.

Por ventura ſois vos combatida de los movimientos de la impaciencia: ſi recogida dentro de vos eſtubiereis con atencion, vereis que ellos

de continuo están llamando, y golpeando á la puerta de la voluntad superior, para que ella se canse, ceda, y los abra.

En el primer exercicio os habeis de oponer con actos repetidos, y con todo esfuerzo, para que vuestra voluntad no les abra, ni los llegue á consentir. Ni dexeis por algun descuido la batalla, hasta que sintais, que vuestro enemigo, cansado, y casi muerto, se dá por vencido.

Mas atended, hija mia, á las trazas del demonio. Quando él vé que peleamos con valor contra los movimientos de alguna pasion nuestra, no solo cesa de encenderlos en nosotros, mas por ventura si ellos se encienden, procura sosegarlos, porque con el exercicio no alcancemos el habito de la virtud contraria á la tal pasion; y demás de eso, por hacernos caer en los lazos de la vanagloria, y sobervia, persuadiendonos con destreza, que nosotros, como valerosos soldados, hemos luego

aba-

abatido á nueſtros enemigos.

Por eſo paſareis al ſegundo deſafio, y combate, acordandoos de aquellos penſamientos que os cauſaban impaciencia, de modo que os ſintais removida por ellos en la parte ſenſitiva; y entonces con frequentes actos de la voluntad ſuperior, y con mayor esfuerzo que antes refrena ſus movimientos.

Y aunque echemos fuera nueſtros enemigos, y nos parezca que eſtá bien hecho, y que agradamos à nueſtro Redentor, todavia, porque no tenemos un total odio contra ellos, quedamos con peligro de que en otra ocaſion nos venzan: por eſo os habeis de carear con ellos en tercer aſalto, y batalla, y alexarlos muy mucho de vos, con voluntad tan opueſta, y en todo tan deſabrida, que los vengais á aborrecer, y abominar.

Y para adornar, y perficionar vueſtra alma con los habitos de las virtudes, haced muchos actos in-

teriores, que sean derechamente contrarios á vuestras pasiones desordenadas.

Como (queriendo vos adquirir con perfeccion el habito de la virtud de la paciencia) si alguno, despreciandoos, os dá ocasion de impaciencia, no basta que practiqueis los tres modos de pelear que quedan referidos, sino que habeis de querer y amar el desprecio que recibisteis, deseando ser de nuevo despreciada, del mismo modo, y en la misma manera, y por la misma persona, dispuesta, y resuelta á padecer aún afrentas mucho mayores.

La razon por qué los tales actos contrarios son tan necesarios para perfeccionarnos en las virtudes, es porque de otra manera los que están referidos, por muchos que sean, no son bastantes para arrancar las hondas raíces, que echan los vicios.

Por donde (para continuar el mismo exemplo) aunque siendo des-

despreciados, no consintamos en los movimientos de impaciencia, antes bien peleemos contra ellos con los tres asaltos dichos. Con todo, si no nos acostumbramos con muchos, y continuados actos á amar el desprecio, y á alegrarnos con él, nunca nos libraremos del vicio de la impaciencia, el qual, por la inclinacion que tenemos á ser estimados, está fundado, y radicado en el aborrecimiento del desprecio; y así quando la raíz del vicio vá siempre creciendo de manera, que viene á enflaquecer á la virtud, á veces la destruye totalmente: demás de esto nos tiene en continuo peligro de caer de nuevo en qualquier ocasion que se nos ofrezca.

De donde se sigue, que sin estos actos contrarios nunca podrémos conseguir el verdadero habito de las virtudes.

Y se ha de advertir, que estos actos se han de repetir de manera, que pasen á destruir enteramente

el habito pecaminoso, que como toma posesion de nuestros corazones, por los actos repentinos de la culpa, de la misma suerte es fuerza arrancarlas con muchos actos contrarios, para introducir con ellos el habito de la virtud.

Y añado, que se requiere mayor numero de actos buenos para hacer el habito de la virtud, que de actos pecaminosos, para hacer el del vicio, porque aquellos no son ayudados, como estos lo son de la naturaleza, pervertida por el mismo pecado.

Demás de todo lo referido se sigue el advertiros, que si la virtud que entonces exercitais lo permite, habeis de hacer actos exteriores que se conformen con los interiores que estais exercitando, como (prosiguiendo el mismo exemplo) usando de palabras de blandura, y de amor, sirviendo, y agasajando, y beneficiando á quien os despreció, y perjudicó en qualquier manera contrario.

Y aunque estos actos, asi los interiores, como los exteriores, andubiesen realmente, ó á vos os lo pareciese, acompañados de tal flaqueza de espiritu, que los haceis sin gana, y sin voluntad, de ninguna manera habeis de dexar de continuarlos; porque aunque sean muy floxos, os hacen por lo menos continuar la batalla, y os facilitan la consecucion de la victoria.

Sed muy cautelosa, y recogida para pelear, no solo contra los apetitos mayores, y fuertes, sino tambien contra los pequeños, y leves, de qualquier pasion que sean, porque estos abren el camino á los grandes, y producen en nosotros habitos pecaminosos.

De poco cuidado que tubieron algunos en arrancar de sus corazones estos pequeños apetitos, despuès de tener vencidos los mayores de la propia pasion, les vino á suceder, quando mas descuidados estaban, el ser embestidos, y desbaratados por

los miſmos enemigos con mayor fuerza, y mas daño que antes.

Demás á mas os acuerdo, que pongais cuidado en mortificaros algunas veces, quebrando vueſtros deſeos, y voluntad de algunas coſas, que aunque licitas, no ſon muy neceſarias, porque de ello ſe os ſeguirán muchos bienes; y mediante eſta diligencia, eſtareis bien diſpueſta, y aparejada para vencer las otras, os fortalecereis, ganareis experiencia en la batalla de las tentaciones, huireis de muchos ardides, y lazos del enemigo, y hareis ſervicio en extremo agradable á Dios.

Hija, yo te hablo claro, y digo, que ſi fueres continuando en eſtos verdaderos exercicios, de la manera que queda dicho, en breve tiempo os adelantareis mucho, y vendreis á ſer eſpiritual, y devota de veras, y no ſolo de nombre, y aſi os lo aſeguro; mas obrando de otra manera, y andando en otros exercicios, aunque los juzgueis, y tengais por

ex-

excelentes, y ſean tan ſabroſos á vueſtro guſto, que os parezca eſtar por ellos en una perfecta union, y en dulces coloquios con nueſtro Señor, no os perſuadais, que podreis jamás conſeguir la virtud, y el eſpiritu verdadero.

Eſte (como os dixe en el primer capitulo) no conſiſte, ni nace de los exercicios deleytoſos, y conformes á nueſtra naturaleza, mas de aquellos que la crucifican en todas ſus obras, donde renovado el hombre interior con los habitos de las virtudes Evangelicas, la unen eſtrechamente á ſu crucificado Señor, y Criador.

No hay duda, que como los habitos pecaminoſos ſe forman de los muchos, y repetidos actos de la voluntad ſuperior, quando cede á los apetitos ſenſuales; aſi por el contrario, los habitos de las virtudes Evangelicas ſe conſiguen, haciendo á menudo muchos, y muchiſimas veces actos conformes á la voluntad divina,

na, que siempre nos está llamando; yá á aquella, yá á la otra virtud.

Porque asi como nuestra voluntad nunca puede ser viciosa, y terrena, por mucho que sea perseguida, y combatida por la parte inferior, y por el pecado, en quanto ella no cede, ni se dexa vencer; de la misma manera, nunca será virtuosa, y unida á Dios, por mucho que sea llamada, y excitada de las inspiraciones de la divina gracia, si no se conforma ella con los actos interiores, y con los exteriores, y tambien quando conviene.

CAPITULO XIV.

De lo que se ha de hacer quando la voluntad superior parece vencida, y sujeta totalmente á la inferior, y à los enemigos.

QUando os parezca que la voluntad superior no tiene fuerza ninguna contra la inferior, y contra los enemigos, por no cono-
cer

cer en vos un firmiſimo, y deliberado propoſito de reſiſtirle; proſeguid, y no ſalgais de la batalla, porque os habeis de tener ſiempre por vencedora, en quanto no viéredes claramente que os habeis dexado vencer.

Porque como nueſtra voluntad ſuperior para producir ſus actos, no neceſita del concurſo de la inferior, ni de ſus apetitos, aſi ſi ella miſma no quiere, nunca puede ſer forzada de ellos para darſe por vencida, por porfiada que ſea la guerra que la hacen.

Porque dotó Dios á nueſtra voluntad de una tal, y tan grande libertad, y fuerza, que ſi todos los cinco ſentidos con todos los demonios, y el mundo todo ſe armaſen, y conjuraſen contra ella, combatiendola, y oprimiendola con todo ſu esfuerzo, no obſtante puede ella á peſar de todos ellos querer, ó no querer con toda la libertad que quiere, ó no quiere, quantas veces, y

por quanto tiempo, y en la manera, y por el fin que mas le agradáre.

Y si alguna vez estos enemigos os acometiesen, y apartasen de modo, que vuestra voluntad yá cansada no tubiese (para decirlo asi) ni alma, ni espiritu para hacer un acto contrario, no perdais el animo, ni solteis las armas de la mano, antes valeos de la lengua, diciendo: *No me rindo, no quiero, no consiento.* De la misma manera que hacen aquellos que estando debaxo de su enemigo, y oprimidos de él, yá que no pueden herirlos con la punta de la espada, les dan con el pomo.

Y como estos buscan traza para hacerse pies atrás, para poderle dár á su enemigo una estocada, retiraos vos, conociendo de vos, que sois una nada, y que nada podeis; y puesta vuestra confianza en Dios, que lo puede todo, dadle un revés á la pasion enemiga, diciendo: Ayudadme Señor, ayudadme mi Dios, ayudadme, Jesus, y Maria, para que

no

no me rinda, y dexe vencer.

Podreis tambien, si el enemigo os diere lugar, ayudar á la flaqueza de la voluntad, recurriendo al entendimiento, y recapacitando varios puntos de meditacion devota, para que con la consideracion de ellos pueda la voluntad tomar algun alivio, y cobrar vigor contra los enemigos; v. gr. Hallandoos acometida de la impaciencia por alguna persecucion, ó trabajo, que la voluntad casi no pueda, ó no quiera sufrir, la esforzareis, y ayudareis, discurriendo sobre los puntos que se siguen, ó sobre otros semejantes, que sean á proposito, y del caso.

Primeramente considerad, si vos mereceis el mal que padeceis, por haber sido causa, ú ocasion de él; y visto que sí, pide la buena razon, y lo requiere la justicia, que sufrais con paciencia la herida que vuestras propias manos os hicieron.

En segundo lugar, si no hallais culpa de vuestra parte, y os parece,

que

que no lo mereceis, bolved el pensamiento á otros errores, y pecados vuestros, que no han sido todavia castigados de la mano de Dios, ni vos con la vuestra los habeis vengado, y satisfecho alli, como estais obligada; y asi, viendo que la misericordia Divina os conmuta la pena que ellos merecian, la qual sería eterna, y quando fuese temporal, no habia de ser otra que la del Purgatorio, en este pequeño castigo lo habeis de recibir, no solo con buena voluntad, sino dando muchas gracias por ello al Padre de las misericordias.

En tercer lugar, quando os pareciere, que no habeis ofendido tanto á su Divina Magestad, y que habeis hecho mucha penitencia (cosas que jamás habeis de imaginar, ni pensar) tened entendido, que no se entra en el Reyno de los Cielos, sino por la puerta estrecha de las tribulaciones, y de los trabajos.

En quarto lugar, que aunque vos pudieseis entrar en la Patria

de

de los Bienaventurados por otro camino, la ley de amor os obligaria á apartar de vos este deseo, pues el mismo Hijo de Dios, y sus escogidos, y amigos no entran en la casa de su Padre, sino es por la puerta de Cruz, y tribulaciones.

En quinto lugar, lo que habeis de considerar en estas, ó semejantes ocasiones, es la voluntad de nuestro Dios el qual por el amor que os tiene, se alegrará de qualquier acto de virtud, ó de mortificacion que os viere hacer, como de quien fiel, y valerosamente pelea debaxo de sus vanderas, y no dudeis, que quanto mas grande fuere el trabajo, y mas sensible por la parte de donde os viene, y menos merecido de vos, y se os haga mas agrio, y mas dificil de sufrir; tanto mayor servicio le hareis, y mayor gusto tendrá, viendoos abrazar, y amar, aun las cosas mas descompasadas, y para vos mas amargas, porque las dispone su Divina voluntad, y providencia, la qual en

to-

todo suceso, aunque parezca fuera de regla, no solo la tiene muy ajustada, sino con todo orden perfectissimo.

CAPITULO XV.

De algunas advertencias sobre el modo de pelear.

Y especialmente contra quien, y con qual virtud ha de luchar.

YA habeis visto, hija, el modo con que habeis de pelear, para haberos de vencer, y adornar con las virtudes.

Ahora habeis de saber, que para alcanzar de vuestros enemigos la victoria mas facil, y mas pronta, no solo os es necesario pelear, sino que es fuerza que peleeis todos los dias, especialmente contra el amor propio, acostumbrandoos á tener por amigos queridos los desprecios, y los pesares que os puede dár el mundo.

Comunmente se nos pasa por alto, y vamos apartados, y olvidados

de este combate; pero por no haber hecho el caso que convenia hacerse de él, hemos visto, como apunté arriba, y vemos todos los dias, que las victorias son raras, dificultosas, imperfectas, y de poca dura.

Por eso os aconsejo, que peleeis continuamente con brio, valor, y con fortaleza de animo, la qual facilmente conseguireis, si la pedis á Dios nuestro Señor; y si reparares en la rabia, y en el odio entrañable de vuestros enemigos, y en el gran numero de sus batallones, y exercitos, considera por la otra parte, que es mayor infinitamente la bondad, y misericordia de Dios, y el amor con que os ama; y que mas fuertes, mas lucidos, y mas numerosos esquadrones tenemos de nuestra parte, en la asistencia de los Angeles del Cielo, y en las oraciones de los Santos que pelean con nosotros.

De este reparo, y consideracion ha nacido el que tantas mugeres, y ni-

niños han vencido, y confundido á todo el poder, y saber del mundo, à todas las molestias, y flaquezas de la carne, y á toda la rabia del Infierno.

Por lo qual nunca os habeis de espantar, ni atemorizar, aunque á veces os parezca que el debate de los enemigos acosa, y que ha de durar por todos los dias de vuestra vida; ni aunque veais por muchas partes vuestra perdicion, y naufragio, que os parezca infalible; porque habeis de saber, que toda la fuerza, y saber de nuestros enemigos està en las manos de nuestro Divino General, por cuya honra se pelea, el qual estimando en mucho esta pelea, y llamandoos él á ella, y mandandoos muy apretadamente pelear, no solo no permitirá que jamàs seais tentada sobre vuestras fuerzas, y oprimida; sino que saliendo él mismo en la campaña, él mismo pelearà por vos, desbaratará á vuestros enemigos, quando fuere servido, y siempre será en vuestro favor, sin cansarse de hacer-

lo

lo asi hasta el ultimo dia de vuestra vida. Lo que à vos os toca, es pelear con bizarria, y valor, y no poneros jamàs en huìda, ni escapar de la batalla, ni soltar las armas, aunque os halleis muy herida.

Finalmente, porque peleeis con valor, habeis de saber, que no podemos huir de esta batalla; y que quien en ella no hace lo que debe, y cumple con su obligacion, ciertamente quedarà muerto, ó prisionero de los enemigos, los quales son de tal calidad, y nos tienen tanto odio, y aborrecimiento, que jamàs puede esperarse de ellos paz, ni tregua.

CAPITULO XVI.

De que manera ha de salir el Soldado de Christo al campo por la mañana.

EN despertando, la primera cosa á que habeis de volver los ojos interiores del alma, es consideraros dentro de una estacada con esta ley, que quien no pelea en él està

obligado á morir, y perecer para siempre.

Dentro de este palenque, ó campo de batalla, imaginareis, và delante de vos vuestro enemigo, ó ya sea aquella mala inclinacion que tomasteis á vuestra cuenta, y propusisteis destruir, armado de punta en blanco, para heriros, y daros muerte, y á la mano derecha á vuestro victorioso Capitán Jesu-Christo, á la Sagrada Virgen Maria, y juntamente à su gloriosisimo Esposo San Joseph, con muchas quadrillas de Angeles, y Santos del Cielo, muy en especial al Bienaventurado San Miguel Arcangel, Principe, y Conductor de las Milicias del Sagrado Empyreo. Vereis á la mano izquierda al demonio infernal, con sequito de sus tropas Tartareas, para retar á batalla la pasion desordenada, y á instigaros á consentir en ella, para que él gane la victoria.

Aqui, haced cuenta que llega á vuestros oídos una voz, como si fue-

fuera de vuestro Angel de Guarda, que os dice asi.

Vos hoy habeis de pelear contra éste, y otros vuestros enemigos. No temais, ni desfallezcais de animo. No os rindais por ningun caso, ni por temor, ni por otro respeto alguno, porque nuestro Señor, que es vuestro General, está aqui con vos, asistido de todos estos esquadrones triunfantes, el qual peleará contra todos vuestros enemigos, no permitiendo que prevalezcan contra vos, ni con fuerza, ni con engaño. Estad firme, y haceos violencia, y sufrid el trabajo que sentireis en violentar á vos misma. Dad voces, y muchas salidas de lo intimo de vuestro corazon, y llamad á nuestro Señor Jesu-Christo, y á la Sagrada Virgen Maria, y á todos los Santos, que sin falta alcanzareis la victoria. Si vos sois flaca, y mal habituada, y vuestros enemigos muchos, y poderosos; son tambien los auxilios del que os crió, y redimió, y sobre manera, y

sin comparacion alguna, vuestro Dios es mas fuerte, y tiene mas deseo de salvaros, que el mismo enemigo de desbarataros. Pelead, pues, con valor, no os pese del cansancio, y fatiga, y de sufrir por el trabajo de la violencia contra vuestras malas inclinaciones, y de la repugnancia que causan los malos habitos, nace la victoria, y el gran tesoro con que se compra el Reyno de los Cielos, y por este medio se llega á la union inseparable de el alma con su Dios.

Comenzareis en el nombre de el Señor á pelear, y luchar, tomando las armas de la desconfianza de vos misma, las de la confianza en *Dios*, de la Oracion, y del exercicio, desafiando al enemigo, y mala inclinacion, que segun el orden referido resolvisteis vencer, y dadle fieras estocadas, ahora con la resistencia, ahora con el odio, ahora con los actos de la virtud contraria, alentada de la intencion de solamente agradar á vuestro Dios, y Señor, que con to-

toda la Iglesia triunfante está mirando vuestra pelea.

Otra vez os hago recuerdo, de que no os descontente el pelear, atendiendo à la obligacion que tenemos de honrar, servir, y agradar á Dios, y á la necesidad de pelear, pues no podemos escusar la batalla, ni salir de ella, sin quedar muertos, ó heridos; demàs, os advierto, que si como rebelde quisieres, huyendo de Dios, entregaros al mundo, y à los deleytes de la carne, aunque os pese, habeis de pelear con tantas, y tan reñidas contradicciones, y apriétos, que muchas veces congojada, y afligida, os vereis en las angustias de la muerte.

Y habeis de considerar, que genero de locura seria entregaros à una fatiga, y trabajo, que trae consigo otros mayores, y muy prolixos, y aun la muerte eterna, por escusar aquellos, que por muchos que duren se acaban brevemente, nos llevan à la vida eterna, hacen suma-

mente Bienaventurados, y facilitan la entrada en el gozo de Dios por una eternidad de eternidades.

CAPITULO XVII.

El orden que se ha de guardar en contrastar las pasiones viciosas.

IMporta mucho saber en que forma se ha de pelear con buen sucesso, y no como acaso, ó por costumbre, y con poca aplicacion, como hacen muchos, de que se siguen graves daños.

La orden que habeis de guardar contra los enemigos, y contra vuestras malas inclinaciones es, que entrando en cuentas con vos misma, examineis con toda diligencia, quales son los pensamientos, y afectos que mas predominan en vos, y qual es la mas desordenada pasion que os señorea, y tyraniza; y entonces habeis de tomar las armas en la mano, y pelear contra ella. Y dado caso que seas asaltada de otros enemigos, siem-

siempre debes pelear contra aquel que actualmente, y mas de cerca te molesta, volviendo despues á tu empresa principal.

CAPITULO XVIII.

Del modo de resistir á los movimientos repentinos de las pasiones.

NO estando bien acostumbrada à rebatir las repentinas ocasiones de injurias, ó de otra qualquier adversidad, para alcanzar esta costumbre, debes prevenirlas para conocerlas anticipadamente; y conocidas, desear una, y muchas veces verse en ellas, y aguardarlas con animo aparejado, y prevenido.

El modo de conocerlas de antemano, es ponderando la calidad de tus pasiones, y que consideres tambien las personas con quien tratas, y adonde acudes, con esto facilmente podrás conjeturar, y prevenir lo que te puede suceder.

Y asi, sobreviniendo qualquier

otro suceso contrario no imaginado; demás del aliento, y animo que te habrá dado la preparacion del animo que tenias hecho contra los otros que te esperaban, te podrás portar tambien en el modo siguiente:

Luego que sientas los estimulos de las injurias, ú de otra pesadumbre, está alerta, y fuerzate para levantar el pensamiento á Dios, considerando su inefable bondad, y el amor que tiene, y con que él te ofrece aquel lance, porque portandote bien por el suyo, quedes mas purificada, y mas apta para unirte con él.

Y visto el grande gusto, que su Divina Magestad tiene de que padezcas, y sufras, vuelve sobre ti, y reprehendiendote, dí á ti misma: Pues por qué no llevarás esta Cruz, la qual te arrima no otro que tu Padre Celestial? y luego vuelvete á la Cruz, y abrazandola con la mayor paciencia, y alegria que pudieres, dile: O Cruz fabricada por la Divina providencia, antes que yo naciera!

ra! O Cruz dulce, à quien quitó la amargura el suavisimo amor de mi Señor enclavado en ella, prendeme de tus clavos, para que pueda entregarme al que me redimió, muriendo en ti.

Y si en el principio teniendo en ti mas fuerza la pasion, no pudieres levantar el afecto á Dios, antes bien te conoces herida del sentimiento, no te acobardes, ni desmayes, sino trata con toda presteza de pelear, y obrar, como si no lo estubieras.

Pero el remedio mas eficáz contra los movimientos repentinos, sabete, que es el apartar con tiempo la causa de donde nacen: como por exemplo, si conoces, que sueles caer en repentina alteracion de animo, quando te llegan á alguna cosa de tu gusto, el medio de remediar esto con tiempo, es el irte desaficionando de ella.

Mas si la inquietud nace, no de la cosa en sí, sino de la persona, que no sea de su humor, todas sus

acciones te enfadan; el remedio es el hacerte fuerza á amarla, y quererla bien, porque demás de ser criatura como tu, formada por la mano Soberana que te hizo à ti, y redimida con su misma sangre Divina que te redimió à ti, si te conformas con ella, y le mostrares benevolencia, te parecerás á tu amoroso Señor, el qual á todos enseña cariño.

CAPITULO XIX.

Del modo de pelear contra el vicio de la sensualidad.

Contra ese vicio has de pelear con modo particular, muy distinto de los otros; y así para que sepas pelear contra él en buena forma, debes entender las diferencias de los tiempos, que son tres.

Antes que seamos tentados.

Quando somos tentados.

Y quando ha pasado yá la tentacion.

Antes de la tentacion la palea se ha

hã de enderezar contra los ſugetos de que ſon los objetos que nos ocaſionan, y motivan la tentacion.

Lo primero has de pelear procurando huìr de ellos con gran cuidado, y de qualquier otra perſona en quien puedas reconocer la menor ſombra, ó aſomo de peligro.

Y ſiendo forzoſo tal vez comunicar con ella, debes hacerlo con todo acuerdo; con el roſtro modeſto, y grave, y las palabras ſean antes aſperas, que demaſiadamente blandas, y afables.

Y no debes fiarte, en que tantos años como has gaſtado, no has ſentido, ni ſientes los eſtimulos de la carne; porque eſte maldito vicio ſuele hacer en una hora, y en un momento lo que no ha hecho en muchos años, y muchas veces diſpone ſus maquinas ocultamente; y tanto mas daña, y hiere de muerte, quanto mas liſonjea, y procura hacerſe menos ſoſpechoſo.

Y muchas veces hay mas que temer

mer (como en muchas ocasiones lo ha mostrado la experiencia, y lo muestra cada dia) quando la comunicacion se sustenta debajo de pretexto de cosas licitas, como de parentesco, de cortesia debida, ú de alguna virtud, que se halla en la persona amada, porque en la demasiada incauta, é imprudente comunicacion, se vá mixturando el venenoso deleyte sensual, que pasando insensiblemente, poco á poco, á lo mas interior de las almas, vá siempre escureciendo mas la razon, de manera, que empieza à hacerse poco caso, y à juzgar por un nonada las cosas peligrosas, y las palabras de cariño de una, y de otra parte, y el gusto de la conversacion, y vienen á precipitarse en una conocida ruína, ó por menos, en una tentacion muy trabajosa, y dificultosa de vencer.

Buelvo á decir, que huygais porque sois una estopa; no os fieis de que la estopa està bien mojada, y lle-

llena de agua de una buena voluntad firme, y resoluta, dispuesta antes à morir, que ofender à la Divina; porque como la conversacion frequente es fuego, con su calor và poco á poco enjugando, y secando el agua de buena voluntad que tiene esa estopa, y quando menos penseis, prenderà en ella el fuego, sin respetar à parentesco, ni amigos, ni temor de Dios: no se les darà nada de la honra, ni de la vida, ni de todas las penas del Infierno. Por tanto, huye, huye, si no quieres ser desbaratada, presa, y lo que es mas muerta.

Lo segundo, huye la ociosidad, y està siempre vigilante, y con los pensamientos despiertos, para executar las acciones que fueren tocantes, y adequadas à tu propio estado.

Lo tercero, nunca resistas á tus Superiores, obedecelos facilmente, executando prontamente lo que te ordenaren, y de mejor voluntad, aquello que fuere mas vil, y mas contrario á tu apetito, é inclinacion natural.

Lo quarto, nunca hagas juicio temerario contra el proximo, y principalmente de este vicio; y si claramente le vieres metido en él, no te escandalices, ni hagas burla, y escarnio de su flaqueza, ni le murmures, ni mortifiques: escarmienta en cabeza agena, sacando motivo de humildad, y conocimiento de ti misma; considerate polvo, ceniza, y para decirlo mejor, una pura nada; llegate á Dios, por medio de la Oracion, y mas que nunca huye de las conversaciones donde hubiere la menor sombra del peligro.

Advierte, que si eres facil en juzgar de tus proximos, y en despreciarlos, Dios te corregirà, y enmendará á tu costa, permitiendo, que caygas en los mismos defectos que juzgaste, y murmuraste, porque asi vengas à conocer tu demesiada sobervia, y asi humillada, busques el remedio de estos dos vicios.

Y quando bien no caygas, ſino que ſuſpendas el juicio, ſepas que hay mucho que temer de tu perſeverancia.

Lo quinto, y ultimo trata de eſtàr muy advertida, que hallandote con algun dón de Dios, ó con algun guſto de delicias eſpirituales, no entres en alguna vanagloria, y complacencia, perſuadiendote, que eres bueno para algo, y que tus enemigos yá no te pueden hacer guerra, por parecerte, que los aborreces; y que te cauſan faſtidio, y horror, porque ſi en eſto no tienes mucha cautela, y pones gran cuidado, caerás muy facilmente.

En el tiempo de la tentacion mira ſi nace de cauſa interior, ó exterior.

Por exterior entiendo yo la curioſidad de los ojos, ú de los oídos, la demaſiada gala de los veſtidos, las converſaciones, muſicas, y platicas que incitan á eſte vicio.

El remedio en eſtos caſos es la honeſtidad, y modeſtia, y no que-

rer

rer vér, ni oír cosas que inciten á este vicio, huyendo de ellas por todos los caminos posibles.

La interior procede, ó de la vivacidad del cuerpo, ó de los discursos del entendimiento, que nacen de nuestras malas propiedades, ú de la sugestion del demonio.

La vivacidad, y lozanía del cuerpo hase de castigar, mortificar con ayunos, disciplinas, cilicios, y otras asperezas semejantes, reguladas por la discrecion, y santa obediencia.

En quanto á los pensamientos, vengan de donde vinieren, los remedios son estos:

Las ocupaciones en diversos exercicios convenientes al propio estado.

La Oracion, y meditacion.

La Oracion sea de esta manera: que quando comenzares á vér, aunque sea de muy lexos, que no solo tales pensamientos, mas sus sombras, aperciben contra ti batalla, buelve luego los ojos á tu Señor crucificado,

do, diciendole: mi Jeſus, mi querido Jeſus, favorecerme aprieſa, para que yo no quede preſa en manos de eſte enemigo. Y abrazando la Cruz donde eſtá enclavado, beſa muchas veces las llagas de ſus Sagrados pies, diciendoles con afecto: llagas hermoſas, llagas caſtas, llagas ſantas, eſtampaos en eſte corazon miſerable, é impuro para que me vea libre de poderos ofender.

No quiſiera yo, ni lo aconſejo, que en el tiempo que ſe ofrecen las tentaciones de los deleytes ſenſuales, la meditacion fueſe ſobre ciertos puntos que proponen algunos libros para remedio de la miſma tentacion, como el conſiderar la vileza de eſte vicio, ſu aſqueroſidad, é inſaciabilidad, los diſguſtos, y amarguras, que ſe le ſiguen, los peligros, y ruínas de hacienda, vida, honra, y de otros ſemejantes.

Porque eſtos no ſiempre ſon medios ſeguros para vencer la tentacion, antes pueden ſer tal vez cauſa

de

de mucho daño, porque si el entendimiento, por un camino desecha estos pensamientos, por otro los ocasiona, y pasa peligro de deleytarse en ellos, y consentir en el deleyte. En quanto á mi digo, que el verdadero remedio es huir totalmente, no solo de ellos, sino de todas las cosas, aunque sean opuestas, solo porque no los pueden insinuar aquellas.

Por esto digo, que la meditacion para este efecto ha de ser sobre la vida, y Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.

Y si meditandola, se te representasen contra tu voluntad los mismos pensamientos, y te molestasen mas de lo acostumbrado (como facilmente te acontecerà) no por eso pierdas el animo, ni dexes la meditacion, ni para resistirlos te vuelvas contra ellos, mas persevera en la oracion con mas recogimiento, y atencion, no haciendo caso de tus pensamientos, como si no fuesen tuyos: porque no hay modo mejor

para

para resistirlos que este, aunque continuamente te hiciesen guerra.

Concluirás despues tu meditacion con esta peticion. Librame mi Criador, y Redentor de mis enemigos, para honra de tu dolorosisima Pasion, y de tu inefable bondad, y mira no buelvas el pensamiento ácia el vicio, porque solo el acordarse dél, basta para causar peligro.

Ni te pongas nunca en dár, y tomar con semejante tentacion, si consentiste en ella, ó no, porque esto debaxo de la capa de bien es engaño del demonio para inquietarte, y hacerte desconfiar, y desanimarte, ó porque teniendote ocupada en tales discursos, espera hacerte caer en alguna delectacion.

Y asi, por haber andado en esta tentacion (quando el conocimiento no es claro) bastarà acusarte de todo brevemente á tu Padre espiritual, para quedar conforme, y quieta con su parecer, sin cuidar mas de eso.

Y mira, que le descubras fiel-

men-

mente qualquier pensamiento, y no haya respeto, ni verguenza que te lo impida.

Que si todos nuestros enemigos para vencerlos, no es necesaria la virtud de la humildad, por este mas que por los otros nos debemos humillar, porque este vicio ordinariamente es castigo de la sobervia.

Pasado el tiempo de la tentacion, lo que has de hacer, aunque te parezca que quedas libre, y seguro de todo, es tener lexos de tu pensamiento aquellos objetos que te causaban la tentacion, aunque con pretexto de virtud, ó de otra conveniencia te pareciese no debias olvidarlos, porque es engaño de nuestra naturaleza viciada, y lazo de nuestro astuto enemigo, que se transforma en Angel de luz, para inducirnos à aquellas acciones ilicitas, y desordenadas.

CAPITULO XX.

Del modo de pelear contra el vicio de la pereza.

POrque no caigais en el misera-ble cautiverio de la pereza, vicio, que no solamente te impedirá el camino de la perfeccion, sino que te entregará al poder de los enemigos.

Has de huir qualquier curiosidad, y aficion de las cosas de la tierra, y de qualquiera ocupacion, que no convenga á tu estado.

Despues has de esforzarte para corresponder luego al punto á toda buena inspiracion, y á qualquier orden de tus Superiores, executandola luego puntualmente, quando, y como ellos quieren.

Y no lo dilates ni un instante, porque aquella primera trae consigo la segunda, y esta trae la tercera, á que se siguen otras muchas, á las quales el apetito se rinde con mas facilidad que á las primeras, ha-

hallandose yá preso, y apoderado del engañoso placer.

De donde nace, que si se empieza la obra sucede por haberse tomado con enfado muy tarde, ó el dexarla en todo, y por todo.

Y asi poco á poco se vá haciendo, y engendrando el habito de la pereza, que llega despues á tal punto, que en el mismo tiempo en que estamos señoreados de ella, hacemos propositos para otra vez de ser mas prontos, y diligentes, corridos, y avergonzados de la flaqueza propia.

Esta negligencia cunde por todas partes, corrompe la voluntad con su propio veneno, haciendola aborrecer el exercicio, tambien ciega el entendimiento, para que no vea quan vanos, y mal fundados son los propositos de hacer luego, y con diligencia lo que se habia de hacer quando se dexó para hacerlo en otra ocasion.

Ni basta que obres con prontitud lo que has de hacer, mas debes hacer-

cerlo en el propio tiempo que pide el ſer, y calidad que conviene, para que ſalga con la perfeccion poſible.

Porque no es diligencia, ſino pereza hacer la obra antes de tiempo, y concluírla brevemente, ſin el punto de la perfeccion que pide, á fin de entregarnos deſpues al deſcanſo en que teniamos pueſto el penſamiento quando atropelladamente trabajamos en ella.

Todo eſte grande mal ſucede, porque no ſe conſidera el valor de la buena obra hecha á ſu tiempo, y con animo reſoluto de hacer roſtro al trabajo, y la dificultad, que el vicio de la pereza cauſa en los ſoldados viſoños.

Luego han de conſiderar muy á menudo, que un levantar el eſpiritu á Dios, y un arrodillarſe en el ſuelo en honra ſuya, valen mas que todos los teſoros del mundo, y que todas las veces que hace mas fuerza á noſotros miſmos, y á nueſtras paſio-

siones depravadas, traen los Angeles del Cielo á nuestra alma una corona de gloriosa victoria; y por el contrario, à los negligentes les và Dios retirando poco á poco los beneficios que les habia hecho, como á los diligentes se los aumenta, hasta hacerlos gozar de su propia Bienaventuranza.

Si en los principios no te hallares dispuesta, y con animo de romper con todo, y de embestir generosamente con el trabajo, y dificultad, es necesario que lo disimules de manera, que parezca menos de lo que parece á los negligentes.

Por exemplo: si tu exercicio pide muchos, y repetidos actos para adquirir una virtud, y un trabajo de muchos dias, y los enemigos que has de vencer, te parecen muchos, y fuertes.

Empieza á hacer tantos actos, como si la materia pidiese pocos, y como si en ella hubieras de trabajar pocos dias. Pelea contra un ene-

enemigo, como si no tubieras otros que vencer, fiando del favor Divino, y te hará mas fuerte que ellos, porque obrando de esta manera, la pereza afloxará, y dispondrá el que éntre la virtud contraria.

Lo mismo digo de la oracion: pide tu exercicio una hora de oracion. Esto parece cosa dura á la pereza: ponte en oracion, como si solo quisieses estar en ella la octava parte de una hora; porque así mas facilmente pasaras de un medio quarto á otro, y de este á los que faltan.

Y si tal vez en el segundo, ó en los otros medios quartos experimentares demasiada repugnancia, y muy ardua la dificultad, dexa el exercicio, por no fastidiarte, y de allí á poco buelve à él.

De la misma manera te has de portar en las cosas exteriores, teniendo cosas diferentes que hacer, que pareciendole à tu pureza muchas, y dificultosas, te perturban. Comienza sin embargo de esto ani-

mosamente por una de ellas con quietud de animo, como si no tubieras otra cosa que hacer, que comenzando asi con diligencia, vendràs à hacerlas todas con menos trabajo de lo que imaginabas andando negligente.

En no siguiendo esta doctrina, y en no saliendo al encuentro al trabajo, y á la dificultad que se te representa, de tal manera prevalecerà en ti el vicio de la negligencia, que este mismo trabajo, y dificultad, que trae consigo en el principio de las virtudes, no solo quando está presente, mas aun muy de lexos, te molestarà, y tendràs de ella aborrecimiento, como de cosa muy enfadosa, temiendo siempre que algun enemigo te acometa, y aflija, y pareciendote que te vá como al alcance, para ordenarte, y mandarte algo, con que en la misma que te parece quietud, viviràs inquieta.

Conoces, hija, que este vicio de la pereza, con su disimulado vene-

no, no ſolo corrompe poco á poco las primeras, y pequeñas raíces, que habian de echar los habitos de las virtudes, mas tambien las raíces de las miſmas virtudes yá adquiridas. Y es como la carcoma en la madera; así, y de la miſma ſuerte vá eſte vicio inſenſiblemente royendo, y conſumiendo el sèr de la vida eſpiritual, y por eſta vereda và el demonio armando lazos, y redes á todos, particularmente á los que ſiguen eſta vida.

Vela, pues, orando, y obrando bien, y no eſperes à texer el paño de la veſtidura nupcial, quando ya habias de eſtar veſtida de él para ſalir á recibir al Eſpoſo.

Acuerdate cada dia, que quien te dà la mañana, no te promete la tarde, y dandote la noche, no por eſo te aſegura del ſiguiente. Por eſo gaſta todos los inſtantes de los horas, conforme á la voluntad Divina, y como ſi no hubieſes de tener otro tiempo, quanto, y mas que has de dar eſtre-

cha cuenta de qualquier inſtante.

Concluyo acordandote, que tengas por perdido aquel dia en que (aunque hayas deſpachado muchos negocios) no has alcanzado muchas victorias contra tu propia voluntad, y malas inclinaciones, ni dado gracias á Dios por ſus beneficios, y principalmente por el de ſu Sagrada Muerte, que por ti padeció con tantos trabajos; y ſi por ſu paternal, y ſuave caſtigo te hubiere favorecida con el teſoro ineſtimable de alguna tribulacion.

CAPITULO XXI.

Como ſe deben gobernar los ſentidos exteriores, y como hemos de uſar de ellos para la contemplacion Divina.

GRande advertencia, y continuado exercicio pide el gobierno, y buena regla de los ſentidos exteriores, porque el apetito, que es como Capitan de nueſtra fragil na-

naturaleza inclina desenfrenadamente à los gustos, y deleytes; y no pudiendo conquistarlas por sí solo, se sirve de los sentidos, como de sus soldados, é instrumentos naturales para abarcar los objetos de ellos, cuyas imaginaciones trayendo, y atrayendo à sí, las imprime en el alma, de que se sigue el gusto, que por el parentesço que hay entre él, y la carne, se derrama por toda aquella parte de los sentidos, que son capaces de tal deleyte, de donde se sigue, asi al alma, como al cuerpo, un contagio general que lo inficiona todo.

Tu ya ves el daño, pues es menester atiendas al remedio.

Advierte bien à no dexar ir tus sentidos libremente adonde quieren, ni te sirvas de ellos para adonde solo el deleyte, y no algun buen fin, provecho, ò necesidad te mueve á hacerlo; y si hubieren salido de los limites, sin advertirlo tu, procura luego que buelvan atràs, y gobiernalos de manera que como se dexan

llevar con desmedra de los objetos, saquen de cada uno de ellos ricas presas de mucho provecho para depositarlos en el alma; porque recogida ésta dentro de sì, estienda las alas de las potencias al Cielo, y á la contemplacion de la Divinidad, lo qual podrás hacer del modo siguiente.

Quando se pusiere delante de tus sentidos exteriores algun objeto, distingue con el pensamiento de la cosa material el alma, y considera, que ella por sì no tiene nada de todo quanto se propone á tus sentidos, mas que todo es obra de Dios, que con su espiritu invisiblemente le comunica aquel sèr, bondad, ó hermosura, y todo el bien que en ella hay. Y aqui te alegrarás de que tu Señor solo sea la causa, y principio de tantas, y tan varias perfecciones, y que èl todas las encierra en sí con eminencia, no siendo todas ellas mas que un tilde muy pequeño de sus divinas excelencias.

Quan-

Quando ves cosas que tienen sér noble, y relevante, buelve el pensamiento à su nada, fixando los ojos del entendimiento en el Sumo Criador alli presente, que le dió aquel sér, y deleytandote en él solo le dirás: O Esencia Divina sumamente amable, quanto me alegro, que tu seas unicamente el principio infinito de todo el sér de las criaturas!

De la misma manera quando vieres arboles, yervas, ó cosas semejantes, verás con los ojos del mismo entendimiento, que aquella vida que tienen, no la tienen ellas de sí, mas del espiritu que no vés, que solo les dà vida, y podràs decir así: Vos sois, Señor, la verdadera vida, de quien, y en quien, y por quien viven, y crecen todas las cosas. O viva alegria de este mi corazon!

Asi tambien de la vista de los animales brutos, levantarás el pensamiento á Dios, que les dà sentido, y movimiento, diciendo. O primero motor, que moviendolo todo, eres

inmoble en ti mismo, quanto me alegro de tu inmobilidad, y firmeza!

Quando te sintieres llevar de la hermosura de las criaturas, aparta lo que vés del espiritu que no vés, y considera, que todo lo que parece hermoso por defuera, es del espiritu invisible, fuerte, y raíz de aquella hermosura exterior; y puedes decir alborozada: Estos son los regadios de aquella fuente increada, estas las gotas de aquel mar inmenso lleno de todo bien. O cómo me alegro en lo intimo de mi corazon, pensando en la eterna belleza, que es origen, y causa de todas las bellezas criadas!

Conociendo en tu proximo algo bueno, como letras, prudencia, justicia, y otras virtudes, abstrayendo de lo material de ellos, dirás à tu Señor: O riquisimo tesoro de virtudes! grande es mi contento, y gozo de ver, que de Vos, y por Vos unicamente se deriva todo el bien, y felicidad, y que todo es un no nada, en comparacion de vuestras divinas per-

perfecciones! Por esto os doy muchas gracias, y por todos los demàs favores que habeis comunicado á mi proximo. Acordaos Señor de mi pobreza, y grande necesidad, que tengo de la virtud de N.

Quando eches mano para hacer alguna cosa, considera que Dios es la primera causa de aquella obra, y que tu no eres mas que un vil instrumento suyo, y levantando el pensamiento à su Divina Magestad, dí de esta manera: Quán grande es el gozo, y contento que tengo, Señor mio, de no poder obrar cosa alguna sin Vos, y sin que seais el primero, principal Director de todas!

Comiendo, ó bebiendo, considera, que Dios dà el sabor, y gusto que hallas en los manjares, y bebidas, y saboreandote solo en Dios, podrás decir: Alegrate, ó alma mia, que como fuera de tu Dios, no hay contento verdadero, asi en solo él puedes tomar gusto, quando le tomas en estas cosas.

Gustandote alguna de tus obras agradable al sentido, no pares en aquel gusto, sino pasa con el pensamiento á tu Señor, de quien exhala aquel olor; teniendo de esto complacencia, y consuelo interior, diràs: Ah, Senor mio, haced que como yo me alegro de que salgan de vos todas las fragrancias, asi mi alma despedida, y libre de todo deleyte, suba á lo alto de ese Cielo, à donde merezca exhalar delante de vuestra divina presencia suavisimo olor de virtudes.

Quando oyes alguna sinfonia de instrumentos, ò musica, levantando el pensamiento á Dios, diràs: Quanto me alegro, mi Dios, y mi Señor, de vuestras infinitas perfecciones, que todas juntas hacen una Celestial, y Divina consonancia, no solo en vos mismo, sino tambien en los Angeles, en los Cielos, y en todas las criaturas, que todas ellas hacen una concertada musica.

CA-

CAPITULO XXII.

Como las mismas cosas que vemos sirven de medio para el gobierno de nuestros sentidos, pasando á la meditacion del Verbo Encarnado, y á los Sagrados Mysterios de su Vida, y Pasion.

YA tengo dicho como puedes de las cosas sensibles levantar el espiritu á la contemplacion de la Divinidad. Aprende ahora el modo de sacar de ellas motivo para la meditacion del Verbo Encarnado, considerando los muy altos Mysterios de su Sagrada Vida, y Pasion.

Todas las cosas de este mundo pueden servir para este efecto, considerando en ellas á Dios Soberano como unica primera causa, que les dió todo el sér, hermosura, y excelencia que tienen; pasando de esto á considerar, quan grande, é inmensa es su Divina Bondad; pues siendo unico principio, y Señor de todas las

criaturas, quiso abaxarse á tanto, que se hizo hombre, y padeció, y murió por los hombres, permitiendo que las mismas hechuras de su mano se armasen contra él para crucificarle.

Luego estos Sagrados Mysterios nos ponen delante de los ojos del espiritu muchas cosas, como armas, sogas, azotes, ramales, colunas, espinas, clavos, martillo, tenazas, y otros instrumentos de su Sagrada Pasion.

Las pobres cabañas nos traen á la memoria la pobreza del Portal, y Pesebre donde quiso nacer este Divino Señor. Si llueve, nos podemos acordar de aquella lluvia de Sangre Divina, que en el Huerto, saliendo de su rostro, regó la tierra. Las piedras que vemos, nos pueden acordar de las que se despedazaron, y rompieron en su muerte. La tierra nos puede acordar del temblor que hubo entonces. El Sol, las tinieblas que le hicieron sombra, y viendo el agua, nos acordaremos de aquella que sa-

lió de ſu Sacratiſimo Coſtado,quando le dieron la cruel lanzada. Y de otras coſas tales harás diſcurſos à eſte tono, y ſacarás otras aluſiones ſemejantes. Bebiendo vino, ú otra coſa, acuerdate de la hiel, y vinagre que bebió tu Señor. Si la ſuavidad de los olores te deleyta, buelve los ojos al mal olor que ſintió tu Señor en el Calvario.

Quando te viſtieres por la mañana, acuerdate de como el Verbo Eterno ſe viſtió de carne humana, por veſtirte à ti de ſu Divinidad.

Quando te deſnudares, trae á la memoria á tu Señor Jeſu-Chriſto, á quien los Judios deſnudaron para azotarlo, y enclavarlo en la Cruz, donde murió para darte vida á ti.

Quando oyes griteria, y voces de gente, acuerdate de aquellas abominables con que los Judios pidieron que fueſe cruxificado: *Crucifige, crucifige*, atronando ſus divinos oídos.

Todas las veces que el Relox dá

las

las horas, trae á la memoria aquella trabajosa ansia, que quiso padecer el corazon de tu Salvador, quando comenzó en el Huerto à temer su Muerte, y Pasion, que se le iba llegando; ó si no, imagina que en las horas del Relox, que las dá un martillo, los crueles martillazos de quando le enclavaron en la Cruz.

En qualquiera ocasion que se te ofreciere de tristeza, y dolor, propia, ó agena, persuadete que todas ellas son un no nada en comparacion de las incomprensibles angustias que congojaron, y afligieron el cuerpo, y alma de tu Salvador.

CAPITULO XXIII.

De otros modos con que debemos gobernar los sentidos, segun las ocasiones que se ofrecieren.

YA hemos dicho como podremos levantar el espiritu de las cosas sensibles á la Divinidad, y á los Mysterios del Verbo Encarnado: aqui

aqui diré de otros modos, para ſacar con ellos varias meditaciones; porque ſiendo diferentes entre sí los guſtos de las almas, conviene prepararles muchos, y varios guiſados: demás, que eſto no ſolo ſervirá á las almas ſencillas, pero tambien á aquellas que fueren de ingenio levantado, y adelantadas en el camino del eſpiritu, el qual no es en todos diſpueſto igualmente para los diſcurſos mas remontados.

Ni tienes que temer de que te confundiràs en eſta variedad, ſi te gobernares por la regla de la diſcrecion, y conſejos de quien te guia en la vida eſpiritual; y quiero yo, que eſtos tu los ſigas con humildad, y confianza, no ſolo en eſte particular, ſino en todas las demás advertencias que te daré.

Mirando, pues, tantas coſas hermoſas, y agradables á la viſta, que ſon tan apreciadas en la tierra, conſidera que ſon todas viliſimas, y como ſi fueren barro, en comparacion de las del

Cie-

Cielo, y solamente á estas (despreciando todo el mundo) aspira de todo corazon. Viendo el Sol, y su hermosa claridad, considera, que mas resplandeciente está tu alma, si está en gracia del Señor, y que de otra manera está mas obscura, y lobrega que los abysmos del Infierno.

Levantando los ojos corporales al Cielo que te cubre, pasa adelante con los del entendimiento, y penetra hasta el Empireo, fixandolos en la contemplacion de Patria tan dichosa, y lugar que està aparejado para tu feliz morada por todas las eternidades, si acà en la tierra vivieres Christianamente.

Oyendo el canto de los pajaros, ó de otras criaturas, levanta el espiritu à la musica Celestial, donde se oyen continuas Aleluyas, y ruega al Señor que te haga merecedora de alabarle eternamente con los Espiritus Angelicos.

Quando vieres que te agrada la belleza de las criaturas, repara con el en-

entendimiento, que entre la lisonja de sus apariencias engañosas, esconde la serpiente infernal las asechanzas para quitarte la vida, ó herirte; y contra ella podrás decir: Ah, maldita serpiente, como estàs engañosamente dispuesta à despedazarme! Luego bolviendo à tu Dios, y Señor le diràs: Seais para siempre bendito, y loado mi Dios, y Señor, que me habeis descubierto el enemigo, y libradome de sus manos.

De este engañoso alago pasa luego à las llagas de tu Señor crucificado, ocupando en ellas tu entendimiento, considerando quanto padeció en su Sagrado Cuerpo, por librarte del pecado, y porque abominases los deleytes de la carne.

De otra industria te podràs valer, para huir de este peligroso incentivo y es el pasar adelante con el pensamiento, considerando, qué tal vendrà à quedar aquel objeto, que ahora à ti te agrada tanto, despues de muerto.

Quando caminas, acuerdate, que

que por el paſo que das, te vas acercando al fin.

De la miſma manera, viendo volar las aves, ó correr las aguas, imagina, que con mas velocidad vá corriendo tu vida.

Quando ſe levantan tempeſtades, borraſcas, ayres recios, rayos, y truenos, acuerdate del tremendiſimo dia del juicio final, y pueſta de rodillas, haz un acto de adoracion á Dios rogandole, que te dé los auxilios, y el tiempo que has meneſter para prepararte bien, y parecer delante del Tribunal de ſu Altiſima Mag.

En la variedad de los accidentes, que pueden acontecer à tu perſona, te exercitarás de eſta manera. Pongo por exemplo. Eres oprimida de algun dolor, ó triſteza, padeces calor, ú frio, ú otro achaque, eleva el penſamiento á àquella eterna bondad, que para tu bien fué ſervida, que de aquella manera, y en aquel tiempo padecieſes tal deſcomodidad. Donde muy guſtoſa, por el amor que te mueſ-

muestra el Señor, y por la ocasion que te dá de servirle en lo que mas le agrada, diràs dentro de tu corazon: Veis aqui cumplida en mi la voluntad Divina, que con tanto amor dispuso en su eternidad, que yo acà padeciera este trabajo: sea por siempre loado mi benignisimo Señor.

Y quando se và despertando en tu alma algun pensamiento de cosa buena, buelvete luego para tu Dios, reconociendo con humildad, que le debes este gran favor, y dale por él muchas gracias.

Quando lees, imagina, que tu Señor en aquellas palabras te està hablando, y recibelas como si saliesen de su Divina boca.

Mirando la Santa Cruz, considera, que ella es el Estandarte de tu milicia, y que si te apartares de ella, vendrás á caer en manos de tus crueles enemigos; como por lo contrario, siguiendola, llegarás al Cielo con victoria, enriquecida de despojos de meritos.

Vien-

Viendo la Sagrada Imagen de nueſtra Señora la Virgen Maria, buelve tu corazon à eſta Soberana Reyna del Empireo, dandola gracias de que ſiempre eſtubo aparejada à cumplir la voluntad de tu Dios, de haber parido, criado, y dado ſu leche al Redentor del mundo, y de que en nueſtro combate eſpiritual, nunca nos falte ſu favor, y aſiſtencia.

Las Imagines de los Santos te repreſentan tantos iluſtres Soldados, que habiendo acabado ſu carrera con tan grande valor, abrieronte el camino, el qual ſi le anduvieres como ellos, ſeràs con ellos coronada de perpetua gloria.

Quando vieres Igleſias, entre otras devotas conſideraciones podràs creer que tu alma es un Templo de Dios, y que como caſa de tan gran Señor, debes tenerla mas limpia, y aſeada que pudieres.

Siempre que oyes tocar las campanas de las Ave Marias, toques que la Igleſia los manda dar, para acordar-

nos

nos de la ſalutacion, que el Arcangel San Gabriel hizo à la Reyna nueſtro Señora; podràs en las tres pauſas hacer las breves meditaciones que ſe ſiguen, y ſon conformes à las palabras Sagradas, que ſe acoſtumbran decir en cada una de eſtas Celeſtiales oraciones.

A la primera ſeñal, dà gracias à Dios de aquella embajada, que envió del Cielo à la tierra, y fué principio de nueſtra Salvacion.

A la ſegunda ſeñal, dà à la Sagrada Virgen Maria los parabienes de la grandeza à que fue ſublimada por ſu ſingular, y profundiſima humildad.

A la tercera ſeñal, juntamente con la dichoſiſima Madre, y con el Angel San Gabriel, adora al Divino Infante recien concebido en ſus puriſimas entrañas Virginales.

Y no dexes de baxar con reverencia la cabeza à cada ſeñal de eſtas, y mas profundamente à la ultima.

Estas meditaciones ajustadas á las tres señales de la campana, pueden servir á todo tiempo.

Las que se siguen son para la tarde, para la mañana, y á medio dia; y pertenecen á la Sagrada Pasion de N. Salvador Jesu-Christo, porque nos corre estrecha obligacion de acordarnos muy á menudo de los dolores que en ella padeció nuestra Señora, y serémos ingratos, si no lo hicieremos así.

A la tarde, trae al pensamiento las ansias de aquella purisima Virgen, por el sudor de sangre, por la prision en el Huerto, y por los dolores interiores que padeció en aquella terrible noche su Santisimo Hijo. Por la mañana compadecete de ella en sus afiicciones, por la presentacion á Pilatos, y á Herodes, por la sentencia de muerte, y por haberle visto llevar la Cruz á cuestas.

A medio dia, trae á tu memoria la espada del dolor inmenso, que atravesó el corazon de esta inconsolable

Ma-

Madre, quando vió crucificado, y muerto á ſu Santiſimo Hijo, y por la cruelisima lanzada que vió darle en ſu Sacratiſimo corazon, yá difunto.

Eſtas meditaciones de los dolores de nueſtra Señora las podrás hacer deſde la tarde del Jueves, haſta el medio dia del Sabado, y las otras en los otros dias; pero en eſto me remito á tu particular devocion, ſegun las ocaſiones que ofrecieren las coſas exteriores.

Y para darte en reſumen el modo con que has de gobernar tus ſentidos, eſtá advertida de manera, que en qualquier ocaſion, y en qualquier coſa no te mueva, ni te lleve aficion, ó aborrecimiento alguno de ellas, mas unicamente la Divina voluntad, amando, ó aborreciendo ſolo aquello que Dios quiere que ames, ó aborrezcas.

Mas advierte, que no te he enſeñado varios modos de regir los ſentidos, porque te ocupes en ellos, pues tu principal exercicio es de eſ-

tar caſi ſiempre recogida con el penſamiento en tu Señor, el qual quiere que con frequentes actos te apliques á vencer tus enemigos, y las paſiones vicioſas, reſiſtiendolas con los actos de las virtudes contrarias, ſino que te los he enſeñado para que te ſepas gobernar quando ſe ofreciere la ocaſion.

Porque has de ſaber, que es de muy poco fruto el tener varios exercicios, aunque en sí ſean ellos muy buenos; porque de ordinario ſon embarazos, y confuſion para el eſpiritu, amor propio, inſtabilidad, y tal vel lazos del demonio.

CAPITULO XXIV.

Del modo para gobernar la lengua.

LA lengua de los hombres neceſita muy mucho ſer bien gobernada, y enfrenada, porque todos ſomos muy inclinados á dexarla correr, y hablar libremente en las coſas que agradan à nueſtros ſentidos.

El

El mucho hablar tiene de ordinario aferrada, y echada su raíz en la sobervia, porque juzgando saber mucho, hablando, procuramos manifestar nuestras agudezas con porfiadas replicas para que las vean los otros, haciendonos Maestros de todos, como si fuese obligacion el que aprendiesen de nosotros.

No se puede explicar, ni declarar bien con poc.. palabras los males que nacen de hablar mucho.

La loquacidad es madre de el perjuicio, argumento de ignorancia, y de locura, puerta de la murmuracion, ministro de las mentiras, y el yelo del fervor de la santa devocion.

Las muchas palabras dán fuerza á las pasiones viciosas, y de estas es movida despues la lengua á continuar con mayor facilidad el hablar indiscreto.

No te alargues en discursos prolixos, con quien te oye de mala gana; y para no dár enfado haz

lo mismo con quien te oye cortesmente, para no exceder los terminos de la modestia.

Huye en gran manera de hablar con eficacia, ó exageracion, y en voz alta; porque uno, y otro es cosa muy cansada, y es señal de presuncion, y vanidad.

De ti, de tus cosas, de tus Padres, y parientes nunca hables si no fuere menester, y eso poco, brevemente, y con modestia: si te pareciese que alguno habla de sí largo, procura hacer buen concepto de él, mas no le imites, aunque sus palabras suenen á humildad, y menosprecio de sí mismo.

De tu proximo, y de las cosas que le pertenecen, habla lo menos que fuere posible, si nó es para decir bien de él, quando se ofrece ocasion de hacerlo.

Habla de buena gana de Dios, y particularmente de su amor, y de su bondad, mas con rezelo de errar, y has de oír con atencion, quando

otros

otros hablan de ellas, guardando las tales palabras en lo intimo de tu corazon. De las otras materias, solo el sonido llegue à tus oidos, y esté el pensamiento aplicado en Dios; y quando es fuerza atender á quien te habla, para poder responderle, sea de manera que no dexes de bolver los ojos al Cielo, á donde mora en Dios, acordandote de su grandeza, ocupada en mirar tu vileza.

Lo que te viene al pensamiento para decirlo, no lo digas sin haberlo rumiado primero que llegue á la lengua, asi conocerás, que mas de dos se pudieran escusar. Demás de esto te advierto, que las que entonces juzgabas buenas para decirse, veràs que es mejor cerrarlas en el corazon, y conocerás esta verdad, pensando en ellas, despues de pasada la ocasion de la platica.

El silencio, hija, es un esfuerzo muy grande para el combate espiritual, y promete cierto la victoria.

El silencio es amigo de quien des-

confia de sí, y de quien fia de Dios, es gran fomento para la santa Oracion, y un socorro maravilloso para el exercicio de las virtudes.

Para acostumbrarte á callar, considera á menudo los peligros de la loquacidad, y los grandes bienes de el silencio, y procura ser devota de esta virtud; y para acostumbrarte, calla por algun tiempo, aún quando, y á donde fuera licito el hablar: con tanto, que no sea en perjuicio tuyo, ni ageno.

Ayudaráte para esto el huir de las conversaciones de los hombres, porque en lugar de ellos te harán compañia los Angeles, y Santos del Cielo, y hasta el mismo Dios.

En fin, acuerdate de la lucha, que tienes entre manos; porque considerando lo mucho que tienes que hacer, y de trabajar en esto, te resolverás á dexar las palabaas, y los entretenimientos superfluos.

CA-

CAPITULO XXV.

Que para pelear bien, debe el Soldado de Christo huir con todo cuidado las tribulaciones, é inquietudes del corazon.

COmo perdída la paz interior, debemos hacer todo lo posible para recobrarla, asi debes saber, que no puede suceder caso en el mundo, que con razon nos la deba quitar, ó enturbiar.

Debemos de sentir los pecados propios, pero ha de ser con un dolor pacifico, como queda dicho muchas veces. De la misma manera, sin inquietud de animo, hemos de compadecernos con esta piadosa aficion de caridad de qualquier pecador, llorando sus culpas, por lo menos interiormente.

Quando á los otros sucesos graves, y trabajosos, como son enfermedades, heridas, muertes (aun de los mas queridos amigos, y mas allegados parientes) pestes, guerras,

incendios, y otros males ſemejantes, los quales ſi bien como moleſtos à la naturaleza, ſon comunmente aborrecidos de el mundo. Con todo, con el favor de la divina gracia podrémos, no ſolamente aborrecerlos, ſino tambien eſtimarlos, como caſtigos para los pecadores, y ocaſion de virtud para los juſtos, porque por eſta miſma razon ſon agradables á nueſtro ſoberano Señor; y cumpliendo en ellos ſu ſanta voluntad, paſarémos por todas las amarguras, y contrariedades de eſta vida, con paz de la alma, y con animo tranquilo. Y eſtá cierta, que qualquiera inquietud nueſtra deſagrada á ſus ojos divinos, porque de qualquiera calidad que ſea, nunca es ſin imperfeccion, y ſiempre procede de alguna mala raíz del amor propio.

Por eſo ten ſiempre vigilante la centinela, que en deſcubriendo qualquiera coſa que pueda inquietarte, ó turbare, luego te aviſe,

por-

porque tu tomes luego las armas para la defenſa, que es la conſideracion de que todos eſtos males, y otros ſemejantes, aunque por defuera parezcan tales, no ſon males verdaderos, ni pueden quitarnos los verdaderos bienes, y todos los ordena, ó permite Dios por juſtos fines, ó por juicios ſuyos, que no los alcanzamos, pero ſiempre ſon juſtiſimos, y ſantiſimos.

Y aſi, teniendo el animo repoſado, y quieto, de qualquier accidente, aunque ſea moleſto, ſe puede ſacar mucho bien, y por lo contrario en inquietandoſe, qualquier exercicio ſerá de poco, ó ningun fruto.

Además, que el corazon en quanto anda inquieto, eſtá expueſto á los lances de nueſtros enemigos, pues mientras dura la inquietud, no eſtá para conocer con claridad el camino derecho, y la carrera ſegura de la virtud.

El enemigo comun, que aborre-

ce fuera de modo esta paz, como lugar donde habita el Espiritu de Dios para obrar en él cosas grandes, muchas veces trocando las señales, procura debaxo de vanderas amigas quitarnosla por medio de varios deseos, que tienen apariencia de bien, cuyo engaño puede conocerse por lo que inquietan, y roban la quietud del corazon.

Y así para librarte de tan grave daño, quando la centinela del cuidado te dá aviso de algun deseo nuevo, no le dés entrada en el corazon, sin que primero, libre de qualquier voluntad, è inclinacion propia, se lo ofrezcas á Dios, à quien confesando tu ceguera, é iguorancia, le pedirás con instancia, que con su luz te dé á conocer si viene dél, ó del enemigo, y acude luego á los pies, y al consejo de tu Padre espiritual.

Demás, que quando el deseo es de Dios, hace que antes de ponerlo por obra mortifiqueis la demasiada viveza, porque la ocasion, à la

qual

qual precede tal mortificacion, le será mucho mas agradable, que si la hicieras llevada del apetito, y tal vez le agradarà mas la mortificacion, que la obra misma.

Echando, pues, fuera los deseos que no son buenos, y no afectando los buenos, sin que primero hayas reprimido los movimientos naturales, conseguirás el tener quieto, y libre de todo peligro el fuerte de tu corazon.

Y para conservarle del todo pacifico, es necesario, demàs de eso, que tu le defiendas, y guardes de ciertas reprehensiones, y remordimientos interiores que son contra ti, que á veces los causa el demonio, aunque parezcan de Dios, por quanto te reprehenden de alguna falta: de sus defectos conocerás de donde proceden.

Si te humillan, y hacen solícita á obrar bien, y no te quitan la confianza en Dios, los has de recibir como de su Divina Mag. y darle por

ellos gracias. Mas ſi te confunden, y hacen de poco corazon, deſconfiada, tibia, y fria en las buenas obras, ten por cierto, que ſon lazos del enemigo, y aſi no hagas caſo de ellos, ſino continúa con tu exercicio.

Y porque demàs de lo que queda dicho, la inquietud de nueſtro corazon, y alma nace de los ſuceſos contrarios, para librarte de eſte daño, has de hacer dos coſas.

La primera es, conſiderar á quien ſon contrarios aquellos ſuceſos, ſi al eſpiritu, ó al amor propio, y voluntad tuya.

Si ſon contrarios á tus *quereres*, y á tu amor propio, que es tu principal, y mayor enemigo, no has de llamarlos contrarios, antes bien tenerlos, y eſtimarlos por favores, y ſocorros que el ſoberano Señor te envia, y aſi recibelos con alegre corazon, y dando muchas gracias.

Mas ſiendo contrarios al eſpiritu, no por eſo has de perder la paz del corazon, como te ſe dirá en

el

el ſiguiente capitulo.

La otra coſa es, que tu pongas los ojos en Dios, tomando á carga cerrada todo lo que ſe ofreciere, ſin querer ſaber mas, que es de la mano divina Providencia, y que es una coſa llena de muchos bienes, que por entonces no puedes conocer.

CAPITULO XXVI.

De lo que hemos de hacer quando quedamos heridos.

QUando te hallares herido, por haber caido en algun defecto por flaqueza tuya, y tal vez por voluntad, y malicia, no te deſanimes, ni te inquietes por eſo, mas recurriendo luego á Dios, hablale de eſta ſuerte.

Veis aqui, Señor mio, que yo he obrado como quien ſoy, ni de mi podia eſperarſe mas que flaquezas, y pecados.

Y al miſmo tiempo gaſta un rato en la conſideracion de tu propia vileza; y ſin confundirte, eno-

jate contra tus pasiones viciosas, y principalmente contra aquella que fue causa de hacerte caer, y proseguirás con decir:

Ni hubiera parado aqui (Señor mio) si vuestra bondad infinita no me hubiera tenido de la mano.

Y aqui dale muchas gracias, y amale mas fervorosamente, admirando tan gran clemencia, que siendo ofendida de ti, te dá su poderosa mano para que no caigas de nuevo.

Y al cabo dirás, con grande confianza en su infinita misericordia: Obrad, Señor, como quien sois, perdonadme, no permitiendo que jamás viva yo apartada, y lexos de vos, ni que mas os ofenda.

Hecho esto, no dés en si Dios te ha perdonado, ó no, porque eso no es otra cosa, que sobervia, é inquietud de espiritu, tiempo mal gastado, y engaño del demonio, so color de buenos fines, y pretextos; y así, poniendote libremente en las piadosas manos de tu Criador, conti-

nùa con tu exercicio, como si no hubieres caido.

Y si cayeses muchas veces en el mismo dia, y quedases maltratada, haz lo mismo que he dicho (con la misma confianza) en la segunda, en la tercera, y en la ultima vez, que en la primera; y despreciandote mas a ti misma, y aborreciendo mas la culpa, esfuerzate á vivir con mas cautela.

Este exercicio es de grande pesadumbre para el demonio, asi por saber que agrada mucho á los ojos de Dios, como porque él viene á quedar confundido, viendose de el á quien él ama, vencido. Por eso con varios engaños, y ardides procura que lo dexemos, y muchas veces sale con ello, por el descuido, y poca vigilancia que tenemos con nosotros.

Por lo qual, si en eso sintieres repugnancia, te has de esforzar tanto, y mas repitiendo este mismo exercicio, por el mismo caso que hayas caido en falta.

Y

Y si despues de eso te hallares sin sosiego, confusa, y desconfiada; la la primera cosa que has de hacer, es recobrar la paz, y tranquilidad de corazon, y juntamente la confianza en Dios, y asi guarnecida de estas armas acude al Señor, porque la inquietud que se sigue de la culpa, no tiene por objeto su ofensa, sino el daño propio.

El modo de recobrar esta paz, es arrepentirse luego plenamente de tu falta, poniendote á considerar la inefable bondad de Dios, que está sobre manera dispuesto, y con deseo de perdonar qualquier pecado, aunque sea gravisimo, llamando al pecador por varios modos, y por muchos caminos, para que se llegue a él, y una con su Divina Mag. para santificarle con su gracia en esta vida, y para hacerlo en la otra eternamente Bienaventurado en su gloria.

Y despues de haber con estas, ó semejantes consideraciones apaciguado el espiritu, bolverás al reparo

de

de tu falta, como arriba diximos.

Despues al tiempo de la confesion Sacramental (que deseo frequentes á menudo) haz un resumen de todos tus pecados; y con nuevo dolor, y sentimiento de la ofensa de Dios, y firme proposito de no le tornar à ofenderle, descubre tus enfermedades á tu Medico espiritual con toda claridad.

CAPITULO XXVII.

De la orden que guarda el demonio en combatir, y engañar, asi á aquellos que desean seguir la virtud, como á los que yá son sus esclavos por la culpa.

SAbe, hija, que el demonio no pone cuidado en otra cosa, mas que en nuestra ruina, y precipicio, y que no pelea con todos de una misma manera.

Para empezar à decirte algunos de sus combates, ardídes, y engaños, te pongo delante los varios estados del hombre.

Algunos se hallan en el cautiverio del pecado, sin cuidar de librarse de él.

Otros desean librarse, mas nunca comienza la empresa.

Otros se persuaden, á que siguen el camino de la virtud, y andan apartados de él.

Por lo qual, hay otros, que despues de haber adquirido las virtudes, caen en mayores miserias. De todo hablarémos con distincion.

CAPITULO XXVIII.

Del combate, y engaños de que usa el demonio contra aquellos que yá los tiene en el cautiverio del pecado.

NO estudia otra cosa nuestro comun enemigo, quando tiene á alguno en el cautiverio de el pecado, quanto sea posible, mas que de cegarle, y de apartarle de qualquier pensamiento, que le pueda hacer reparar en su estado miserable.

Ni le retira solamente de los pensa-

ſamientos, y de las inſpiraciones que le llaman à convertirſe, sí con otros penſamientos bien diferentes, y con aparejadas, y prontas ocaſiones lo hace caer en el miſmo pecado, ó en otros mas graves. Con que creciendo ſu propia ceguera, viene á precipitarſe mas, y hacer habito, y coſtumbre de la culpa. Y de eſte modo, ſi Dios no le acude con ſu ſanta gracia, el alma miſerable irá dando bueltas, cayendo por ſu pecado en mayor ceguedad; y por eſta en mayores culpas. El remedio de ſemejante mal, por lo que à noſotros toca es, que el que ſe halla en tan miſerabiliſimo, y deſdichadiſimo eſtado eſté diſpueſto, y atienda à los buenos penſamientos, y á las inſpiraciones, que lo llaman de la eſcuridad à la hermoſa luz, clamando con el corazon á Dios, y diciendole: Ea, Señor mio, ayudadme, ayudadme, no me dexeis mas tiempo metido en las negras ſombras de el pecado. Por eſto, ó ſemejantes modos,

dos, ha de dár voces á Dios, redoblandolas muchas, y repetidas veces.

Y si puede ser, ha de ir luego incontinente á buscar el Confesor, pidiendole consejo, y socorro, para librarse del enemigo, y salir de el cautiverio.

Y si no pudiere ser, acude luego con la misma prisa á tu Señor crucificado, y echate á sus sagrados pies, cara por tierra, y otras veces á la Virgen Santisima pidiendola misericordia, y favor; y persuadete mucho, que en este acudir luego á Dios, y al Confesor consiste la victoria, como verás en el siguiente capitulo.

CAPITULO XXIX.

De el ardid, y de los engaños en que el demonio tiene metidos á aquellos que conociendo su mal, quisieran librarse, y de la causa por que nuestros buenos propositos salen muchas veces sin efecto.

A Los que conocen el mal estado en que están, y desean me-

mejorarse, los engaña, y vence el demonio con ciertas armas, que son las que se siguen, luego, luego.

Mañana, Mañana.

Cras, Cras, como dice el cuervo.

Quiero concluir, y acabar primero aquel negocio; salir de aquel cuidado, y luego trataré de recogerme, y mudar de vida.

Lazo, en que han caido muchos, y caen cada dia. Es la causa nuestra negligencia, y descuido, de que en negocio del qual depende la salvacion del alma, y la honra de Dios, no se trate de tomar otras armas muy poderosas, que son el:

Agora, agora, no luego.

Hoy, hoy, y no *Mañana*.

Entonces, y diràs á tí mismo: bien, y quando se me concediese el Luego, y el *Cras* de *Mañana*, seria camino de salvacion, y de victoria, el querer primero ser heridos, y el hacer nuevos desordenes para quedar bueno.

De aqui echarás de vér, hija, que pa-

para huir de este engaño, y del otro insinuado en el capitulo pasado, y vencer al enemigo en él, el remedio es la pronta obediencia á los buenos pensamientos, y à las inspiraciones Divinas. Digo, que es la presta execucion, y no el proponer de hacer, porque los propositos muchas veces faltan, y muchas se quedaron con los buenos propositos por varias causas.

La primera, de que yà hablamos es, que nuestros propositos no ván en la desconfianza de nosotros mismos, y en la confianza en Dios; y nuestra gran sobervia nos impide el poder vér, y conocer de donde procede este engaño, y ceguera. La luz para este conocimiento, y el socorro para este remedio viene de la bondad de Dios, que permite que caigamos, llevandonos de la errada confianza que haciamos de nosotros mismos, á la verdadera que hemos de tener en él: y de nuestra sobervia nos pasa al conocimiento de lo que somos. Por donde queriendo tu que tus

pro-

propositos sean eficaces, es necesario se hagan con denuedo; y entonces seràn tales, quando no tubieren nada de confianza en nosotros, y fueren todos una humildad, fundada en la confianza en Dios.

La otra razon es, que quando nos movemos à proponer algo, ponemos los ojos en la hermosura, y valor de la virtud, que atrae à sí nuestra voluntad, aunque flaca, y debil, donde quando se descubre la dificultad, y el trabajo que es necesario para conseguirla, como visoña, flaca, y coja, se buelve atrás. Por esto debes acostumbrarte à amar mas las dificultades que traen consigo el haber de alcanzar las virtudes, que á ellas mismas; pues para acostumbrar à tu voluntad, à veces proponerla de estas dificultades pocas, otras un poco mas, si quisieres de veras llegar à poseerlas.

Y sabete, que quando mas generosamente abrazares las dificultades, y las amàres, como à hijas queridas,

en-

entonces mas aprieſa, y con mas gloria, te venceràs á ti, y á tus enemigos.

La tercera razon es, porque nueſtros propoſitos no llevan la mira á la virtud, ni á la Divina voluntad, ſino á la conveniencia propia.

Lo qual ſuele ſuceder en los propoſitos, que de ordinario ſe hacen al tiempo de las dulzuras eſpirituales, ó al tiempo, quando aprietan en la ocaſion las tribulaciones, y no hallamos otro refrigerio, que el hacer propoſitos de querer ſervir, y tratar de la virtud.

Para no dàr en eſte inconveniente, trata de tener *muy gran* cautela al tiempo de los regalos eſpirituales, ſiendo muy humilde en los propoſitos, y particularmente en hacer votos, y promeſas; y quando te hallares atribulada, tus propoſitos ſean de querer ſufrir con mucha paciencia la Cruz, como Dios quiere, y de hacer cara á ella, reuſando qualquier alivio de la tierra, y á veces del Cielo.

CA-

CAPILULO XXX.

Del engaño de aquellos que piensan que están en el camino de la virtud.

VEncido yà el enemigo en el primero, y segundo lance, busca la maligna serpiente, é intenta el tercero.

El qual consiste, en que olvidados, y descuidados de los enemigos, que actualmente nos combaten, y ofenden, nos ocupemos en deseos, y propositos de subir á grandes grados de perfeccion.

De esto nace el quedar continuamente caídos, y vencidos, sin el cuidado de curar las heridas, porque juzgando que son execuciones los propositos, vanamente nos ensobervecemos. Pues quando no queremos sufrir la menor accion, ó palabra picante, gastámos el tiempo en forjar propositos de sufrir los mayores tormentos, y aun los del Purgatorio por amor de Dios.

Y porque en esto, la parte infe-

rior

rior no siente repugnancia, como en cosa que aun està por venir, nos persuadimos, que estamos yà en el numero de aquellos, que con afecto, y paciencia estàn padeciendo grandes trabajos.

Para huír, pues, de este engaño, propon, y executa la pelea con los enemigos, que de cerca, y realmente te hacen guerra, y por aqui vendràs à conocer, si tus propositos son verdaderos, ó fingidos, firmes, ó flacos, y asi andaràs para la virtud, y perfeccion por el camino real, y verdadero.

Mas con los enemigos que no acostumbran molestarte, no te aconsejo te empeñes de antemano, sino es quando te rezelas probablemente, que dentro de breve tiempo te han de asaltar; en tal caso, para que te halles prevenida, y fuerte, serà licito anticipar algunos propositos.

Y asi nunca des por executado lo que es proposito, aunque por algun tiempo te hayas exercitado en

las

las virtudes con la regla debida: antes bien procura en ello ser humilde, rezelate de ti misma, y de tu flaqueza, y confiando en Dios acude á él con frequentes oraciones, en que le pidas te dé fuerza, te libre de los peligros, particularmente de la menor presuncion, y confianza de ti misma.

En este caso, aunque no podemos vencer algunos defectos leves, que algunas veces los dexa Dios en nosotros, para que echemos de vér lo para poco que somos, y tambien para guarda de algun bien, con todo esto podrémos determinarnos á la consecucion de algun grado mas alto de perfeccion.

CAPITULO XXXI.

Del engaño, y de la guerra que nos suele hacer el demonio, para que dexemos el camino, que nos lleva á la virtud.

EL quarto engaño referido, de que usa nuestro enemigo,

quando reconoce que caminamos derechamente á la virtud, es de varios, y buenos deſeos que él miſmo nos los dà, para que de ellos, y de todo el exercicio de las virtudes caigamos en el profundo del vicio.

Por exemplo. Hállaſe una perſona enferma, va padeciendo, y paſando ſus males con paciencia: el enemigo ſagaz, que conoce que de eſta manera podrá ella adquirir el habito de eſta virtud, le propone otras muchas obras buenas, que pudiera hacer en otro eſtado, y ſe esfuerza á perſuadirle, que ſi tubieſe mas ſalud, ſervirá mejor á Dios, y aprovecharia mas á sí, y á otros.

Y deſpues de haberle metido eſtos deſeos en el corazon, los vá poco á poco fervorizando de ſuerte que la inquietan, porque no puede ponerlos en execucion como quiſiera.

Y al paſo que eſtos deſeos ſe levantan, y ſon mas vehementes, crece el deſaſoſiego, y de aqui vá el enemigo poco à poco, y con mucha

def-

destreza, induciendola á que lleve con impaciencia la enfermedad, no como tal, mas como impedimento de las buenas obras, á que se ideaba hacerlas para mas adelantarse.

Despues de tenerla en este estado, con la misma destreza le quita de la memoria el fin del servicio de Dios, y de la bondad de las obras, y la dexa con solo el deseo de verse libre de la enfermedad; y porque no le sucede conforme quiere, se perturba de modo, que viene á ponerle impaciente de todo punto; y asi, de la virtud que deseaba executar, viene á caer, sin echarlo de ver, en el vicio contrario.

El modo de guardarse, y librarse de este engaño es, que quando te halláres en algun trabajo, atiendas con mucha advertencia à no dar lugar á los tales deseos, porque por no poderlos executar en aquella ocasion, probablemente te han de inquietar.

Y debes persuadirte con toda hu-

mildad, paciencia, y resignacion; que tus deseos no habian de tener aquel efecto que tu piensas, pues eres para poco mas de lo que imaginas.

O sino, piensa, que Dios por sus ocultos juicios, ó por tus pecados, no quiere de ti aquel servicio, antes bien, que tu te humilles con paciencia, y sujetes à la suave, y poderosa mano de su Divina voluntad.

De la misma manera prohibiendote tu Padre espiritual, ó por no tener lugar, y fuerzas de hacer tus devociones, no des lugar, ni permitas que los deseos de ellos te inquieten; y despidiendo qualquiera propria voluntad, revistete del gusto de tu Senor, diciendo entre ti mismo.

Si los ojos de la Divina providencia no vieran en mí ingratitudes, y defectos, no tubiera este embarazo, si bien me quita el recibir el Santissimo Sacramento, ó el poder hacer el bien que yo quisiera, pues yá que mi Criador me dà à entender lo

poco, ó nada que merezco, sea por siempre loado, y bendito. Pero fio, Dios mio, de vuestra bondad infinita, y creo firmemente, que en esto no quereis otra cosa, sino el que haga yo vuestra voluntad, y obediencia en todo, y os abra el corazon, dispuesto á executar vuestro Divino beneplacito, para que entrando vos en él espiritualmente, lo consoleis, y fortalezcais contra los enemigos, que procuran apartarlo de tí.

Y asi se cumpla todo lo que es bueno en vuestra Divina presencia. Criador, y Redemptor mio, vuestra Santa voluntad sea ahora, y siempre mi sustento, y manjar. Esta sola gracia os pido mi Divino Amor, que mi alma, purificada, y libre de qualquier cosa que desagrade á vuestros ojos, esté siempre adornada de virtudes, y apareja-da para el dia de la cuenta, y para todo lo que fueres servido de disponer de mi indigna criatura vuestra.

Si guardares estos preceptos, puedes estar segura, que en los buenos deseos que tubieres, que no puedas ponerlos por obra, sean ellos ocasionados naturalmente, ò por el demonio, para inquietarte, y apartarte del camino de la virtud, ó que los permita Dios para hacer prueba de tu resignacion en su Divina voluntad; siempre tendrás lugar de satisfacer à tu Señor, asi, y de la manera que mas le agrada. En esto consiste la verdadera devocion, y este es el servicio mas agradable que quiere de nosotros.

Y para que en los *trabajos de* qualquier parte que vengan, no te dexes llevar de impaciencia, demàs de lo dicho, doyte otro documento, y es este.

Quando usares de los medios de que han usado los Siervos de Dios, no lo hagas con deseo, y demasiada voluntad de verte libre de los trabajos, sino hazlo, porque Dios quiere que te valgas de ellos con el seguro

ro de que ſu Mageſtad ſerá ſervido de librarte por eſte medio.

Si lo hicieres de otra manera, te ſucederà muy mal, porque facilmente caeràs en impaciencia, no ſucediendote la coſa ſegun tu deſeo, y amor propio; tu paciencia ſerà defectuoſa, y no toda agradable à Dios, y por el conſiguiente de poco merecimiento.

Finalmente te deſcubro aqui un engaño muy eſcondido de el amor proprio, que tiene grande cuidado de cubrir, y defender en ciertas ocaſiones nueſtros defectos.

Y es, que quando (por exemplo) un doliente padece ſu enfermedad con poca paciencia, diſimula eſta imperfeccion con capa de un zelo de algun bien aparente, diciendo que ſu inquietud no viene de impaciencia por los males que padece, ſino de un juſto ſentimiento de haberlos él ocaſionado, y por ver que es moleſto á los que le aſiſten, ó por otros daños, y males que ſe originan

de ſu indiſpoſicion.

Aſimiſmo el ambicioſo que ſe inquieta, porque no alcanza la dignidad que pretende, no lo atribuye à ſu vanidad, y ſobervia, ſino à otros reſpetos, à los quales en otras ocaſiones no atendia, ni de ellos tomaba peſadumbre: aſi al enfermo, que no ſe le dà nada, de que los que padecen por él, paſen lo miſmo por otros.

Señal evidentè es, de que raíz de eſta queja no procede de otra cauſa, que de el no eſtar bien con lo que le ſucede contra ſu voluntad.

Portanto, hija mia, para que no caigas en eſtos, y otros errores, ſufre como te he dicho con paciencia qualquier trabajo, y penalidad, venga de donde viniere.

CAPITULO XXXII.

Del ultimo acometimiento, de el quàl se dixo arriba, con que el demonio procura que las virtudes adquiridas nos sean ocasion de ruina.

HAsta en las virtudes adquiridas no nos dexa de tentar con sus engaños la sagaz, y maligna serpiente, para ocasionarnos ruina; porque contentandonos demasiadamente de ellas, y de nosottos mismos, nos levantamos por los ayres desvanecidos, para caer despues en el vicio de la sobervia, y vanagloria.

Para huìr dè este peligro, trabaja y defiendete sentada en lo baxo, y aplanada sobre la tierra llana de un verdadero conocimiento de ti misma, reconocida que eres una nada, que nada sabes, nada puedes, y que no hay en ti sino miserias, y defectos, y que no mereces otra cosa, sino la condenacion eterna.

Persuadida, pues, de esta verdad, no salgas de ella por cosa que te pase por el pensamiento, ó veas suceder, sino cree bien, y firmemente, que todos son enemigos, por cuyas manos (si cayeres en ellos) quedáres muerta, ó à lo menos herida.

Para andar bien por este camino del verdadero conocimiento de tù nada, usa de esta regla.

Todas las veces que llegas á la consideracion de ti misma, y de tus obras, considera en ti lo que es tuyo, no lo que es de Dios, y de su Divina gracia, y entonces juzga de ti lo que eres, y con eso que es tuyo te queda.

Si miras al tiempo antes que nacieras, hallaràs, que en todo aquel abismo de eternidad eres pura nada, y que nada hicistes, ni podias hacer para llegar à tener sér.

Luego, ahora que gozas de lo que tienes por sola la voluntad de Dios (que es el conservarte, y gobernarte por momentos) qué eres tu mas

que

que un no nada? Porque no hay duda, ſino que ſi Dios por ſolo un momento te dexaſe, al inſtante, te bolverias à la nada, de donde te ſacó ſu mano omnipotente.

Luego eſtà claramente conocido, que por el sér natural, quedandote con lo que es tuyo, no tienes por donde pienſes que vales algo, ni por donde otros hagan caſo de ti.

En quanto á lo que toca al sér de la gracia, y al obrar bien, quales obras virtuoſas, y meritorias podrá hacer nunca tu naturaleza, deſtituida de los Divinos auxilios?

Y por otra parte conſiderando el gran numero de tus pecados, los muchos yerros que has cometido, y la infinidad de males que hubieras hecho, ſi Dios por ſu piedad no te hubieſe tenido de ſu mano, hallaràs que tus maldades, no ſolo por la multiplicacion de los dias, y de los años, ſino por los actos, y habitos vicioſos (pues un pecado llama, y trae á otro tras sí) hubieran llegado à

numero casi infinito, y tu à ser otro Licifér infernal.

Luego es necesario, que cada dia hagas menos caso de ti, para no quitarle à la Divina bondad la gloria que le es debida, y atribuirte ti solamente lo que es tuyo.

Y advierte bien, que este juicio que haces de ti misma, vaya acompañado de justicia, porque de otra manera te seria grande daño.

Que si por el conocimiento de tu maldad te aventajas á los que por su ceguera piensan que son algo, tu pierdes mucho, y te haces peor que ellos, en quanto à las obras de la voluntad, si quieres ser tenida, y tratada por lo que tu sabes, que no eres.

Luego si quieres que el conocimiento de tu maldad, y vileza aparte tus enemigos, y te ponga muy del gusto de su Divina Magestad, es necesario, que no solo te desprecies á ti misma, como indigna de qualquier bien, y merecedora de todos los males, sino tambien

que

que te huelgues de ser despreciada de los otros, aborreciendo las honras, amando los vituperios, y desprecios, sujetandote en las ocasiones á hacer con buena voluntad qualquiera cosa baxa, y despreciada de otros.

De cuyo juicio no has de hacer caso, por no dexar este santo exercicio: con que haz todo esto, solo á fin de exercitarte, y humillarte, y no por una cierta presuncion de espiritu, y por sobervia oculta, con la qual à veces con capa de otros buenos pretextos, se hace poco, ó ningun caso de la opinion agena.

Y si alguna vez vieres que te quieren bien por buena, y que otros te alaban por alguna merced que Dios te ha hecho, no te desvanezcas, ni apartes vn punto de la verdad, y justicia; mas bolviendote luego para tu Dios, le diràs muy de corazon: No permitais nunca, Señor, que yo os quiera quitar la honra que os es debida,

y apropiarme las gracias que son vuestras, y salieron de vos: *Tibi laus, honor, & gloria, mihi confusio.* Para vos, Señor mio, sea la alabanza, para vos la honra, y gloria, y para mi la confusion. Despues á quien te alaba, dirás interiormente: De donde viene que este me juzga por buena, pues *solo mi* Dios es bueno, y solo sus obras *lo* son? Haciendolo así, y dando á Dios lo que le toca, tendràs lexos de ti los enemigos, y te dispondràs à recibir mayores dones, y favores del Cielo.

Y quando la memoria de las buenas obras, que hiciste, te ponen en peligro de vanidad, miralas, no yá como cosa tuya sino de Dios, y como si hablaras con ellas, podràs decirles en tu interior: Yo no sé de donde habeis venido, y como amanecisteis en mi, porque yo no soy vuestro origen, sino Dios, que con su santa gracia os ha producido, criado, y conservado: luego á el solo

lo

lo he de reconocer por vueſtro verdadero Padre, y principal Autor, à él ſolo ſon debidas las gracias, y á él ſolo quiero darle, y es juſto que ſe le den todas las alabanzas.

Conſidera deſpues, que todas las obras que hiciſte en todo el tiempo de tu vida, fueron, no ſolo poco correſpondientes à la luz, y gracia de que Dios te hizo merced para executarlas, ſino muy imperfectas, y deſacompañadas de aquella pura intencion, y debido fervor, y diligencia con que eſtabas obligada à trabajar en ellas.

Donde ſi bien reparas en el caſo hallaràs, que ellos miſmos te daràn motivo de avergonzarte, y no de vanagloriarte; porque no hay duda ſino que con la tibia, y fria execucion de las obras, desluſtramos con nueſtras imperfecciones los dones que recibimos de ſu Divina Mageſtad puros, y perfectos.

Coteja tambien tus obras con las de los Santos, y Siervos de Dios, y

ve-

veràs, que en comparacion de estas, muy claramente, las mejores, y las mayores de las tuyas, son como moneda falseada, y de corto valor.

Y si las comparas con las que hizo por nosotros nuestro Señor Jesu-Christo en los Mysterios de su sagrada vida, y continuos trabajos que pasó en el discurso de ella (consideradas solamente en sí, sin la Divinidad de su persona) por el afecto, y pureza de amor con que él las hizo, conocerás, que todas las tuyas son verdaderamente un nada.

Por ultimo, si levantàras el pensamiento à la Divinidad, y à la inmensa Magestad de tu Altisimo, y poderosisimo Señor, y á lo mucho que se le debe, bien claramente entenderàs, que por qualquier obra tuya, no puede quedarte la menor vanidad, antes una desconfianza grande, y un justo temor.

Con que por todos los caminos, y en qualquier accion tuya, por justa

que ella sea, has de decir à tu Señor de todo corazon: *Deus propitius esto mihi peccatrici.* Tened Señor misericordia de mi, que soy una grandisima pecadora. Adviertote demàs de esto, que no quieras descubrir con facilidad los dones que Dios te ha dado; porque es cosa, que casi siempre desagrada à tu Señor, como bien lo declaró él mismo en el caso, y doctrina que se sigue.

Aparecióse un dia Jesu-Christo en figura de un niño hermosisimo à una devota muger, la qual con sencillez le dixo, que rezase el Ave Maria; empezó el Niño à decir: *Dios te salve Maria llena de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre todas las mugeres.* No pasó de aqui, porque no quiso Jesus alabarse à sì mismo; mas rogandole ella, y pidiendole que prosiguiese, el Celestial Niño se desapareció, dexando à su Sierva llena de una celestial consolacion, y luz de esta doctrina con su exemplo.

Aprende tambien, hija, á humillarte, reconociendote à tí, y á tus obras por un puro nada, como en la realidad tu, y ellas lo son.

Este es el fundamento de todas las demás virtudes: Dios nos crió de nada antes de nacer, y ahora que tenemos el sér de su mano, quiere fundar toda la fabrica espiritual sobrè el conocimiento propio de que somos nada. Donde quanto mas nos profundáremos, y aniquiláremos en este conocimiento, tanto mas se levantarà el edificio de las virtudes; y al paso que fueremos cabando en la tierra de nuestras miserias, el divino Artifice irá llenando los cimientos para llevar adelante la obra. Mas no te persuadas por mas que te abatas, que haces todo lo que es menester; antes debes creer, que si en la criatura pudiera darse el infinito, tu vileza sería infinita.

Con solo este conocimiento, puesto bien en práctica, logramos todo el bien, y sin él somos poco

mas

mas que nada, aunque hagamos lo que hicieron todos los Santos, y estemos siempre elevados en la contemplacion de Dios.

O conocimiento santo, que nos hace venturosos en la tierra, y dichosos en el cielo! O resplandor que aunque salgas de las tinieblas, pones al alma clara, y resplandeciente! O joya no conocida, que brillas en lo obscuro de nuestras miserias! O nada, que conocido, nos haces dueños de todo! No me cansaré nunca de hablar en esto.

Si quieres alabar á Dios, acusate á tí misma, y desea que otros te acusen; humillate, y sujetate á todos, si lo quieres ensalzar en ti misma, y á tí misma en él. Si lo quieres hallar, no te remontes, porque huirá. Abajate, abajate quanto pudieres, que él vendrá á buscarte, y à abrazarte. Y tanto mayor será el acogimiento que te hará, y el amor con que te apretará á sí mismo, quanto hubiere mayor sido tu hu-

mil-

mildad, y abatimiento, y el deseo de ser despreciada, y repudiada de todos como una cosa abominable.

Y mira, que te reputes indigna de esta merced que te hace tu Dios, menospreciado de ti, para unirte consigo, y no faltes à darle continuamente las gracias por ella, y à confessarte obligada à los que te han sopeteado, y mas si piensa que tu de mala gana, y poco conforme lo llevas. Y aunque esto no sea asi, de ninguna manera los ha de dar.

Y si no obstante estas consideraciones (que son muy verdaderas) la malicia del demonio, y nuestra ignorancia, y mala inclinacion pudiere tanto en nosotros, que los desvanecimientos de nuestra vanidad no quisieren dexar de combatirnos para hacer asiento en nuestros corazones, entonces la ocasion es mas oportuna para humillarnos mas, conociendo lo que somos, por quanto la experiencia nos enseña, y muestra lo poco que hemos aprovechado en el

camino de la virtud, y del verdadero conocimiento de nosotros mismos, pues no podemos librarnos de estas invasiones, que proceden de nuestra vanidad, y sobervia. De esta manera del mismo veneno haremos triaca, y sacarémos del amargo miel, y de las heridas salud.

CAPITULO XXXIII.

De algunos avisos para vencer las passiones viciosas, y adquirir nuevas virtudes.

POR mucho que te he dicho para enseñarte la forma que has de guardar en vencerte à ti misma, y adornarte de las virtudes, aun tengo que decirte.

Lo primero, que queriendo adquirir las virtudes, no te dexes llevar del afecto de los exercicios de tabla (como dicen) repartidos por dias de la semana, un dia para una virtud, y los otros para las otras.

El orden, y exercicio de pelear sea

sea el hacer guerra à aquellas pasiones muy molestas, que siempre te hicieron, y hacen daño, y de adornarte, quanto mas perfectamente fuere posible, de las virtudes contrarias.

Porque adquiriendo estas virtudes, en breve, y à pocos lances conquistaràs las otras en sus ocasiones, (que nunca faltan) por causa que *las* virtudes vàn siempre en él eslabonadas unas con otras, donde si poseyeres perfectamente una de ellas, todas las tendràs como en la mano.

Lo segundo que te advierto es que no te ciñas al tiempo *para* conseguir las virtudes, ni à *los* dias, ni à las semanas, ni à los años; mas como recien empeñada, ó como soldado nuevo, pelea siempre à todas horas, y camina à la cumbre de su perfeccion.

Ni pares un solo momento, porque el parar en el camino de las virtudes, no es tomar aliento, fuerza ó descanso, sino que es bolver atrás,

y

y quedar mas cansada, y mas flaca.

Por parar entiendo yo el persuadirse de haber enteramente adquirido una virtud, el hacer poco caso, asi de las ocasiones que nos combidan á nuevos actos virtuosos, como de las faltas ligeras.

Luego trata de ser fervorosa, solícita, é industriosa, para que no se te escape de entre las manos la menor ocasion para la virtud.

Ama todas las ocasiones que inducen á ella, y mucho mas las que son dificultosas de vencer, porque los actos que hicieres para vencer las dificultades, producirán los habitos con mas brevedad, y echarán mas profundas raíces, y estima á los que ofrecieren semejantes ocasiones. De aquellas has de huir solamente á largos pasos, con toda industria, y presteza, y aun à carrera abierta que pudieren inducirte á tentacion de la carne.

Lo tercero, trata de ser pruden-

te,

te, y discreta en las virtudes, cuyo exercicio puede ser dañoso al cuerpo, como lo son las disciplinas, cilicios, ayunos, vigilias, meditaciones, y cosas semejantes, porque estas virtudes se han de adquirir poco á poco, y por grados, como luego dirémos.

En las otras virtudes, que son totalmente interiores, como el amar à Dios, despreciar el mundo, abatirte à ti misma, tener grande aborrecimiento à las pasiones viciosas, y al pecado, el ser paciente, mansa, sufridora, amar à todos, y aun à los enemigos. Y en estas, y en otras semejantes no es necesario ir poco à poco para adquirirlas, ni caminar por grados à la perfeccion de ellas, mas todo al revés, esfuerzate à hacer todos los actos de ella, los mas perfectos que te fuere posible.

Lo quarto, no discurra tu entendimiento, no desee tu voluntad, ni piense tu corazon en otra cosa mas que en vencer aquella pasion contra quien

quien combates, y adquirir la virtud contraria. Esta victoria, y esta conquista sea para ti todo el mundo, tierra, y Cielo, sea todo tu amor, y todo tu tesoro, no ya por la propia satisfaccion, sino por el fin unico, y solo de agradar á Dios.

Si comes, ó ayunas, si trabajas, ó descansas, si velas, ó duermes, si estás en casa, ó fuera de ella, si te aplicas à la devocion, ó à las obras manuales, encaminalo todo à vencer la dicha pasion, y adquirir la virtud contraria.

Lo quinto, aborrece los gustos, y propias comodidades que te asaltaren de esta manera, los vicios tendràn muy pocas fuerzas, porque todos tienen el deleyte por raìz, la qual cortada con el odio de sí misma, vendràn aquellos à quedar sin fuerza, y sin vigor.

Mas si quieres por una parte hacer guerra à algun vicio, ó deleyte particular; y por otra aplicarte à otros placeres terrenos, aunque no te in-

duzcan à culpa mortal, serà mas dùra, y mas sangrienta la guerra; muy dudosa, y rara la victoria: para eso traeràs siempre à la memoria estas sentencias Divinas.

Qui amat animam suam, perdet eam, & qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Joan. 12. Quien se ama à sì mismo, se perderà; y quien se aborrece en este mundo, se quiere bien para la vida eterna. San Juan en el cap. 12.

Fratres, debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus; si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Rom. 8. Hermanos, vosotros no debeis nada à la carne, para que vivais segun ella, porque si asi lo haceis, morireis; mas si con el espiritu mortificaredes las obras de la carne, vivireis.

Lo sexto, y ultimo que te advierto, es que serìa conveniente, y por ventura necesario que tu hicieses primero una Confesion general, en

la

la mejor forma, y manera que te fuere posible, porque te asegures mas de estàr en gracia de tu Señor, de quien has de esperar todas las gracias, y todas las victorias.

CAPITULO XXXIV.

Que las virtudes se han de adquirir poco á poco, exercitandose en ellas por sus grados, aplicandose primero á una, y luego á otra, y despues á otras.

SIendo asi que el verdadero Soldado de Christo, que aspira à la cumbre de la perfeccion, no ha de limitar los intentos de su provecho espiritual, todavia conviene refrenar con la prudencia, y discrecion ciertos fervores de espiritu, que abrazados en el principio con demasiado calor, faltan despues, y nos dexan en medio de la carrera. Por lo qual, demàs de lo que dixe à cerca de moderar los exercicios exteriores, sabe, hija, que las virtudes inte-

riores tambien se han de adquirir poco à poco, y por sus grados; de esta manera lo poco viene brevemente à ser mucho, y à durar mucho. Por exemplo, no nos hemos de exercitar ordinariamente en desear las adversidades, y alegrarnos en ellas, si primero no nos hemos exercitado, y pasado por los grados inferiores de la virtud de la paciencia.

Ni te aconsejo que te apliques à todas las virtudes, tomandolas à pecho de una vez, ni à muchas de ellas, mas à una sola, y luego à otras, porque de esta manera se hace el habito virtuoso dentro del corazon con mas facilidad, y firmeza; siendo asi, que con el exercicio continuado de una virtud, la memoria en todas ocasiones corre à ella mas prontamente, el entendimiento se và siempre aficionando en buscar nuevos modos, y razones para adquirirla; y la voluntad se inclina à ella mas facilmente, y con mayor aficion, que lo harian, si à un mismo tiempo se apli-

casen à muchas virtudes.

Y los actos acerca de una sola virtud, por la conformidad que tienen entre sí, y por la uniformidad del exercicio, vienen à ser menos trabajosos, pues el uno llama, y ayuda al otro su semejante, y con la semejanza hacen en nosotros doblada impresion, hallando el corazon yà preparado, y dispuesto para recibir los que de nuevo se producen, por haber recibido primero los otros que le eran conformes.

Estas razones tienen fuerza tanto mayor, quanto es cosa bien sabida, que el que se exercita bien en una virtud, tambien aprende el modo de exercitarse en las otras; y asi por el aumento de una, y por la union inseparable que tienen entre sí, veràn todas juntas, porque como rayos proceden de una misma luz divina.

CAPITULO XXXV.

De los medios para adquirir las virtudes, y como hemos de usar de ellos, para aplicarnos à una sola por algun tiempo.

PAra adquirir las virtudes, demàs de lo que queda dicho, es necesario un corazon grande, y generoso, y una voluntad no flaca, y remisa, sino resuelta, y firme, con cierto proposito de haber de pasar por muchas cosas muy asperas, y contrarias.

Demàs de esto, hase de cobrar particular inclinacion, y amor à las virtudes. Y la podremos llegar à tener, si consideramos quan agradables son ellas à Dios, quan nobles, y excelentes en sí mismas, y quan provechosas, y necesarias à nosotros, pues en ellas tiene principio, medio, y fin toda la perfeccion.

Propondràs todas las mañanas

exer=

exercitarte en ellas eficazmente, segun las cosas que probablemente se te pueden ofrecer en aquel dia, y en él te puedes examinar muchas veces, para ver si has executado fielmente, ó no, los propositos que habias hecho, y has de renovarlos con mayor resolucion. Y todo esto se ha de hacer acerca de la virtud à que te hubieres aplicado con particularidad.

Son tambien de mucho provecho para esto los exemplos de los Santos, la oracion que hicieres, la meditacion de la Vida, y Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, que son de tabla en qualquier exercicio espiritual, pues todos se apliquen para la conquista de aquella virtud.

Haz lo mismo en todas las ocasiones, aunque sean varias, é indiferentes, valiendote de ellas, como lo dirémos mas claramente adelante.

Procuremos en todo caso de acostumbrarnos de manera à los actos de las virtudes, asi exteriores, como interiores que vengamos à executarlos

con aquella prontitud, y facilidad, con que de antes haciamos los que eran conformes à nueſtros apetitos. Y quanto mas contrarios fueren á ellos (como ya hemos dicho en otra parte) tanto mas brevemente introduciràn en noſotros el habito de las virtudes.

Las divinas ſentencias de la Sagrada Eſcritura, pronunciadas con la boca, ó dichas con el penſamiento, como ſe debe, tienen fuerza maravilloſa para ayudarnos en eſte exercicio ſanto; por eſo conviene que tengas à la mano muchas de ellas, particularmente las que ayudan, ó hablan de la virtud que eſtamos exercitando, y repetirlas entre dia, quando ſe levanta la paſion contraria.

Como por exemplo, ſi andu vieremos en la virtud de paciencia, podrémos decir las que ſe ſiguen, ú otras ſemejantes.

Filii patienter ſuſtinete iram, quæ ſupervenit. Hijos, llevad con paciencia la indignacion, que ſobrevino. Baruc. 4.

Patientia pauperum non peribit in finem. Psalm. 9. La paciencia de los pobres no perecerà en el fin.

Melior est patiens viro forti, & qui dominatur animo suo expugnatore urbium. Proverb. 16. El hombre paciente es mejor que el esforzado, y quien señorea las pasiones de su animo vale mas que un Conquistador de Ciudades.

In patientia vestra possidebitis animas vestras. Luc. 21. En vuestra paciencia poseereis vuestras almas.

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen. Hebr. 12. La paciencia nos guie al certamen, que se nos presenta.

Para el mismo efecto podrémos tambien decir las breves oraciones que se siguen, ó otras semejantes.

Quando estará, Señor mio, este mi corazon fortalecido con el estado de la paciencia?

Quando, mi Dios, por contentarte, sufriré con animo so-

ſegado qualquier trabajo?

O dichoſas tribulaciones, que me hacen ſemejante à mi Señor Jeſu-Chriſto, atribulado por mi!

Llegaré yo por ventura, unica vida de mi alma, à vivir contenta para vueſtra gloria, entre mil enfados, y peſares?

Bienaventurada ſeré yo, ſi en medio del fuego de las tribulaciones me abraſáre en el deſeo de padecerlas mayores.

Nos valdremos de eſtas oraciones, porque ſon ajuſtadas al ſanto exercicio de la virtud, y de otras que enſeñáre el eſpiritu de devocion.

Eſtas tales oraciones ſe *llaman* jaculatorias, porque ſon como flechas que ſe tiran ázia el Cielo, y tienen gran fuerza para deſpertar en noſotros la virtud, y penetrar haſta el corazon de Dios nueſtro Señor, ſi ván acompañadas de dos circunſtancias, que ſon como de alas.

Es á ſaber, del verdadero conocimiento del guſto que recibe Dios de nueſ-

nuestro exercicio en las virtudes.

Y de un verdadero, y abrasado deseo de adquirirlas, por solo este fin de agradar á su divina Magestad.

CAPITULO XXXVI.

Que en el exercicio de la virtud siempre se ha de andar con solicitud, y diligencia continuada.

ENtre las cosas que son mas importantes, y necesarias para conseguir la virtud, son las que quedan referidas; la una es, que para llegar al fin de nuestro intento, es fuerza ir siempre andando, porque solamente con parar, se buelve atras.

La razon es, porque quando cesamos de hacer actos virtuosos, se sigue luego necesariamente, que por la violenta inclinacion del apetito sensitivo, y por las otras cosas que nos mueven exteriormente, se engendran en nosotros muchas pasiones desordenadas, que destruyen ó

por lo menos disminuyen la virtud, y nos hacen perder muchos bienes, y dones que podiamos conseguir de el Señor, prosiguiendo el camino.

En esto se diferencia el camino espiritual del material, que anda el viandante, porque en éste si se para, no se pierde lo andado, y en el otro sì.

Y demás de esto, el cansancio del peregrino de la tierra, con la continuacion del movimiento corporal se aumenta; al revés sucede en el camino espiritual: aqui quanto mas uno se adelanta, y mas camina, mas fuerzas cobra, y siente mayor vigor.

Porque como por el exercicio virtuoso se vá enflaqueciendo la parte inferior, que con su resistencia ponia el camino aspero, y trabajoso; assi se repara, y alienta mas la superior, donde reside la virtud, y adelantandonos en ella, se disminuye el trabajo que experimentamos en seguirla, y el placer, y gusto interior, que por obra Divina se refunde

en

en este trabajo, vá por horas, y momentos creciendo, y haciendose mayor.

De esta manera, abanzando, y continuando el camino, se và pasando con mas facilidad, y mas gusto de la virtud, y al fin se llega á la cumbre del monte, à donde el alma yá perfecta, obra, no solo sin trabajo, mas con gusto, y alegria. Porque habiendo vencido, y rendido las pasiones desordenadas, queda superior no solamente à las criaturas, sino à sì misma, y vive bienaventurada en el corazon del Altissimo, y alli reposa trabajando con suavidad.

CAPITULO XXXVII.

Que habiendo siempre de caminar en el exercicio de las virtudes, no hemos de huir de las cosas que se nos ofrezcan para conseguirlas.

Bien claro hemos mostrado, que en el camino de la perfeccion,

es

es necesario siempre andar sin parar.

Para cumplir bien con esta regla, estemos muy advertidos, y vigilantes á no dexar pasar ninguna ocasion que se nos ofrezca, para adquirir las virtudes. Y estemos ciertos, que lo entienden mal los que se apartan quanto pueden de cosas contrarias, que pudieran ser de provecho para este efecto.

Si por ventura (por no salir del exemplo arriba propuesto) propusiste de conseguir el habito de la paciencia, por qué te desvias, y apartas de aquellos que te habian de hacer exercitarla? no conviene que te apartes de aquellas personas, acciones, ó pensamientos que te mueven á impaciencia. Esto fuera salirte del empeño.

No has, pues, de retirarte de ninguna conversacion, porque te es molesta, antes debes, conversando, y tratando con todos los que te cansan, tener siempre la voluntad dispuesta, y aparejada á sufrir qualquie-

ra cosa pesada, y rigurosa, que por ella te puede venir, porque haciendolo de otro modo, retirandote, escondiendote, y huyendo la ocasion, nunca te harás á la paciencia.

De la misma manera, si alguna ocupacion te enfada por sí misma, ó por quien te tiene en ella, ó porque te desvia de andar en otra mas de tu gusto, no por eso dexes de empezarla, y continuarla, aunque te cause alguna inquietud, de que pudieras librarte, saliendote de ella, porque de otra manera, nunca aprenderias á padecer, ni tu quietud sería verdadera, por no proceder de animo purificado de las pasiones, y adornado de las virtudes.

Lo mismo es de los pensamientos molestos, que á veces trabajan, y molestan el espiritu, pues no los debes apartar en todo de ti, visto que con el trabajo, y molestia que dán, te acostumbran á padecer las contrariedades. Quien de otra manera te habláre, enseñaráte mas á huir de la

pe-

pena que sientes, que á conseguir la virtud que deseas.

Bien es verdad, que conviene (mayormente al Soldado visoño) usar de advertencia, y destreza en esas ocasiones, á veces peleando con el enemigo de lexos, y á veces viniendo con él á las manos, otras careandose con él, otras retirandose, segun son las fuerzas de el espiritu, mayores, ó menores.

Pero nunca ha de bolverle las espaldas, y retirarse, de manera que dexe totalmente atrás todas las ocasiones de contrariedad; porque si por entonces escapasemos del peligro de caer, quedariamos expuestos á otro mayor de la impaciencia, por no habernos armado, y fortificado con el exercicio de la virtud contraria.

Estas advertencias no son para executarlas, luchando con el vicio de la carne, como diximos á donde dimos el medio que se ha de tener con él.

CA-

CAPITULO XXXVIII.

Que nos han de caer en gusto las ocasiones de pelear con el seguimiento de las virtudes, y mas las que traen mayor dificultad.

HIja, no me doy por satisfecho, con que huyas de las ocasiones que se te ofrecieren, para adquirir las virtudes; porque quiero que á veces andes en busca de ellas, como de cosa de muy grande valor, y estimacion, y que las admitas con alegre corazon, asi que las vieres; y que juzgues, y tengas por de mayor valor, y dignas de mayor amor las que mas desagradan á tu natural.

Esto te sucederá dichosamente, con la asistencia de la divina gracia, si imprimieras bien en tu corazon las consideraciones siguientes.

La primera es, que las ocasiones, no solo son medios proporcionados, sino tambien necesarios para conseguir

piguir las virtudes. Y así quando le pides á tu Senor que te haga virtuosa, de camino le pides que te dé muchas ocasiones de virtud, de otra manera tu Oracion anduviera descaminada del fin que pretendes, y tu muy contraria á ti misma, y tentarás á Dios, pues su Magestad no dá la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los desprecios.

Esto mismo se puede decir de todas las demás virtudes, las quales no hay duda que conseguimos por medio de los sucesos contrarios, los quales nos ayudan mucho para este efecto.

Y los debemos amar, tanto, y mas, quanto en sí fueren mas rigurosos; porque los actos que se hacen en cosas semejantes, son mas generosos, y mas fuertes, y con mayor prontitud, y facilidad nos abren el camino para la virtud.

Hemos de estimar tambien, y no dexar sin el debido exercicio las menores ocasiones; como una mala cara que

que se nos muestre, una palabrita que se nos diga contra nuestra voluntad, y gusto, porque los actos que en este exercicio se hacen son mas frequentes, aunque menos intensos que los que hacemos en las de mayor dificultad.

La otra consideracion que yà tocamos, es, que todo lo que nos sucede, viene de Dios para nuestro bien, y para que nos aprovechemos de todo.

Y aunque no se puede decir (como yá apuntamos en otra parte) que algunas cosas, como son nuestras faltas, y las agenas vienen de Dios, que no quiere el pecado; de él vienen en quanto las permite, y pudiendolas impedir, no las impide; pero todas las aflicciones, y trabajos que nos vienen por nuestras faltas, ó por malignidad agena, son de Dios, pues concurre con ellas: y que lo que él no quiere que hagamos, porque tiene deformidad delante de sus purisimos ojos, quiere que lo padezcamos

por

por el bien, y provecho que podemos sacar de ello, y por otros justos fines, que nos son ocultos.

Donde constandonos por cosa cierta, que la voluntad del Señor es, de que suframos de buena gana qualquier molestia, de que nuestro mal procedió, ó el ageno nos ocasionaren, el decir (como muchos dicen por disculpa de su impaciencia) que Dios no quiere, antes aborrece las cosas mal hechas, no es mas que querer dorar con pretexto vano la propia falta, y desechar la Cruz, que no podemos negar que es servido de que la llevemos con tolerancia.

Antes digo, que en comparacion de lo demás, quiere Dios en nosotros el sufrimiento de aquellos trabajos, que nos vienen de la iniquidad de los hombres (mayormente si fuesen de los amigos, y beneficiados por nosotros) que las molestias, que proceden de otros trabajos accidentales, asi porque de ordinario mas se reprime la sobervia de nuestra

trá naturaleza en aquellos, que en estos: como tambien porque sufriendolos con buena voluntad, veniamos á contentar, y dar mayor gloria sobremanera á nuestro Dios, cooperando con él, en cosa que mas luce su inefable bondad, y omnipotencia, como es sacar precioso, y sabroso fruto de virtud, y del bien, del veneno pestilencial de la malicia, y del pecado.

Por lo qual, hija mia, has de saber, que no tan presto Dios nuestro Señor ha conocido en nosotros un vivo deseo de obrar de veras, y de aplicarnos, como debemos, á tan gloriosa conquista, como luego nos apareja el Caliz de las tentaciones mas fuertes, y de las ocasiones mas apretadas para que lo bebamos á su tiempo; y así, conociendo nosotros su amor Divino, y mirando nuestro bien, debemos recibir este Caliz à ojos cerrados, y con buena voluntad, y beberle luego con toda seguridad, hasta

ver

ver el fondo, porque la composicion de la bebida está hecha de mano de quien no puede errar, y con ingredientes tanto mas saludables para el alma, quanto mas desagradables, y amargos en sì mismos.

CAPITULO XXXIX.

Como nos podemos valer de diferentes ocasiones para el exercicio de una misma virtud.

HEmos visto como es mas provechoso el exercitarnos por algun tiempo de una virtud sola, que no de muchas juntas, y como nos hemos de haber en las ocasiones diferentes, y varias: atiende como todo esto se puede practicar con facilidad. Acontecerá en un mismo dia, y puede ser en una misma hora, el que nos reprehendan por alguna accion buena, ó el que nos murmuren por otras cosas; el que se nos niegue sacudidamente alguna merced, ó otra cosa de poco mo-

momento; el que ſe tenga alguna ſoſpecha de noſotros; el que nos ſacuda algun dolor repentinamente, ú otro achaque corporal; el que nos encomienda algun negozuelo canſado; el que nos pongan algun plato mal guiſado, ó que ſean otras coſas mas ſobreſalientes, pero de mala digeſtion, que no faltan, pues hay abundancia de ellas en eſta vida miſerable.

Y aunque en la variedad de eſtos accidentes ſe pueden hacer varios actos de virtudes, ſin embargo, queriendo uſar de la regla que ſe ha propueſto, han de ſer todos conformes à la virtud que tenemos entre manos.

Como ſi dixeſemos: ofrecenſe eſtas ocaſiones, en tiempo en que nos exercitamos en la paciencia, todos los actos han de ſer de ſufrirlas todas de buena voluntad, y con animo alegre.

Si nueſtro exercicio fuere de la humildad, en aquellas contrariedades nos reconocerémos por me-

re-

recedores de todos los males.

Si fuere de la obediencia, nos sujetarémos con prontitud á la poderosa mano de su Divina Mag. á las criaturas, asi racionales, como á las demás que nos molestan, por ser este el gusto de Dios. Si de la pobreza, nos contentarémos de que nos desnuden, y priven de todo el consuelo de este mundo, asi grande como pequeño. Si de la caridad, haremos actos de amor para con nuestro proximo, (que es el instrumento de el bien que podemos adquirir) y para con Dios nuestro Señor, principal, y amorosa causa, que envia, y permite aquellas desazones para nuestro exercicio, y provecho espiritual.

Y lo que decimos acerca de los varios accidentes que pueden suceder cada dia, puede aplicarse, aunque sea como una misma la ocasion, como es de una enfermedad larga; en ella podremos ir haciendo los actos de la virtud en que entonces nos exercitáremos.

CA-

CAPITULO XL.

De el tiempo que se ha de gastar en el exercicio de cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento.

EN quanto á determinar el tiempo que habia de gastarse en el exercicio de una virtud, no tengo obligacion alguna, porque esto depende del conocimiento del estado de cada uno, del aprovechamiento en el camino del espiritu, y podrà tambien hacerlo el que gobierna al alma. Pero si se executasen la reglas que se han dado con cuidado, y esfuerzo, no hay duda que en pocas semanas medrarémos mas que mucho.

Es señal de haberse adelantado en el camino de la virtud, quando en la sequedad, y obscuridad, y angustias de la alma, y en la privacion de los gustos espirituales, continuamos constantemente los exercicios de la perfeccion.

Dará tambien de esto claro indicio la repugnancia con que nos resiste la sensualidad quando hacemos los actos virtuosos, porque quanto esta fuere perdiendo de fuerzas, tanto de camino hemos de creer que adelantamos en la otra. Por donde, si en la parte sensual, é inferior no hay contradicion, ni rebelion, mayormente en los asaltos repentinos, y subitos, será cierta señal de que tenemos yá conseguida la virtud.

Y de la prontitud, y alegria que acompañaren los actos que hicieremos, podremos tambien colegir lo que hemos aprovechado en el exercicio, porque quanto fueren estos mas prontos, tanto será el aprovechamiento.

Pero es menester advertir, que nunca hemos de tener por cosa cierta, que somos dueños de las virtudes, y que hemos triunfado de qualquier pasion nuestra, aunque de mucho tiempo, y de muchas batallas no hubiesemos sentido sus

re-

rebeldes; porque aqui tambien puede tener lugar la aſtucia, y artificio del demonio, y tambien nueſtra alevoſa naturaleza, por donde á veces ſerá vicio lo que por oculta ſobervia parece virtud. Demás, que ſi aſpiramos á la perfeccion, á que ſu Divina Mageſtad nos llama, por mucho que hubieremos andado en el camino de la virtud, veremos, que aun no hemos entrado en ſus primeros confines.

Por eſto tu como nueva guerra, y principiante, y poco hecha á pelear, buelve ſiempre á tus exercicios, como ſi entonces comenzáras; y no hubieras hecho coſa ninguna haſta alli.

Pero yo te aconſejo, hija, que procures ſiempre mas adelantarte en la perfeccion, que de reſidenciar ſobre lo que has aprovechado en ella: porque Dios nueſtro Señor, que ſolo es quien ſabe eſcudriñar los corazones, hace ſaber eſto á unos, y lo niega á otros, ſegun ſe puede reſultar de ello efecto de hu-

mildad, ú de sobervia; y como Padre amoroso, à unos los quita del peligro, y à otros de la ocasion de crecer en la virtud.

Por esta razon, aunque una alma no conozca el progreso que ha hecho en la virtud, ha de continuar en sus exercicios perseverantemente, porque lo conocerà quando el Señor fuere servido para mayor utilidad suya.

CAPITULO XLI.

Que no ha de vencerme el apetito de salir de los trabajos que sufrimos con paciencia, y del modo de gobernar nuestros deseos para que sean virtuosos.

QUando te hallàres en algun trabajo, ó pena, y la sufres con animo paciente, cuidado para no dexarse persuadir del demonio, ó de tu amor propio, que vengas en desear de verte libre de ella, porque de ello se te seguiràn dos daños notables.

Uno

Uno de ellos es, que ſi eſte deſeo no te quita por entonces la virtud de la paciencia, por lo menos te irá diſponiendo poco á poco para el vicio de la impaciencia.

El otro es, que tu paciencia ſerà defectuoſa, y Dios te darà la recompenſa, ſolo por el tiempo que padeciſte; y por el contrario, ſi no hubieras deſeado verte libre del trabajo, antes bien te hubieſes reſignado enteramente en ſu Divina bondad (aunque no padeciera mas que por eſpacio de una hora, y con efecto, mucho menos) el Señor te pagaría eſte ſervicio, como ſi fuera de un tiempo muy dilatado, y largo.

Por lo qual, aſi en eſta, como en otras ocaſiones ſemejantes, toma por regla general el tener tus deſeos tan apartados de otro qualquier objeto, que no miren mas que ſencillamente à ſu verdadero, y unico fin, que es la voluntad de Dios, que de eſta manera ſeràn buenos, y bien regulados; y tu en qual-

quiera suceso contrario, no solamente has de estar quieta, sino tambien contra, porque no pudiendo sucederte cosa alguna sin la voluntad Divina: si á esta quieres, y amas, querrás, y amarás lo que ella dispone, y quiere, y vendrás á tener todo lo que deseas, y á querer todo lo que sucediere, en qualquiera tiempo.

Esto que no se puede entender de tus pecados, ni de los agenos, pues Dios no los quiere, tiene lugar en qualquier mal de pena que padeciese por ellos, ó por otra causa, aunque violenta, y penetrante en el corazon, y de aquellos que arrancan el alma de las carnes, porque tambien este es un genero de trabajo con que suele Dios favorecer á algunos amigos de los mas queridos y gratos á su Magestad.

Lo que te digo del sufrimiento que habemos de tener en todos los accidentes, has tambien de entenderlo por lo que tiene la afliccion

de

de conforme á la voluntad de Dios, y de que la padezcamos despues de haber intentado los medios licitos para librarnos de ella.

Y hemos de aplicar estos medios tambien con la regla de la disposicion, y voluntad Divina, que los dexó á fin de que nos valiesemos de ellos, y que asi lo quiere, y no porque fiemos demasiadamente de ellos, ni queramos, y deseemos vernos libres de la molestia, mas de lo que pide su voluntad, y fuere para su santo servicio.

CAPITULO XLII.

De el modo como nos hemos de oponer al demonio, quando procura engañar con la indiscrecion.

EL enemigo sagáz, quando conoce que caminamos derechamente, y con vivos, y bien ordenados deseos á la perfeccion, y vé, que no nos puede atraer á sí con engaños declarados, se trasforma

en Angel de luz: entonces con conceptos agradables, con sentencias, y textos de sagrada Escritura, y exemplos de los Santos, nos persuade de continuo á caminar indiscretamente á la alta cumbre de la perfeccion, para al fin precipitarnos. Para eso nos alienta à castigar asperamente el cuerpo con disciplinas, abstinencias, cilicios, y otros rigores semejantes, porque nos ensobervezcamos (como sucede en particular á mugeres) imaginando que hacemos cosas grandes, ó porque quedemos inhábiles para las buenas obras, cayendo en alguna enfermedad, ó tambien para que con el demasiado trabajo, y cansancio corporal, causen fastidio, y aborrecimiento los exercicios espirituales; y asi, resfriandose en la virtud, nos entreguemos poco á poco, con mas apetito que antes, á los deleytes, y pasatiempos de este mundo. Lo qual ha sucedido à muchos, que siguiendo con presun-

cion

cion de eſpiritu el impetu de un fervor indiſcreto, excediendo con los rigores exteriores la medida de la propia virtud, perecieron abatidos de ſus trazas, é intenciones, hechos fiſga, y riſa de los demonios: lo qual no les ſucediera, ſi hubieſen bien conſiderado las coſas ſobredichas, y que eſa ſuerte de exercicios penoſos, aunque loables, y fructuoſos, á donde correſponden las fuerzas corporales, y buenos para la humildad de eſpiritu, requieren temperamento, y aplicacion proporcionada á la qualidad, y naturaleza de cada uno.

Yá que no puedes ſeguir á los Santos en la aſpereza de la vida, no faltan ocaſiones para imitar ſu vida con grandes, y eficaces deſeos, con continuas, y fervoroſas oraciones, aſpirando á mas glorioſas coronas, que ſe ganan en las batallas, que ſe emprenden por amor de Jeſu-Chriſto, deſpreciando al mundo, abatiendoſe

á sí mismo, entregandose al silencio, y soledad, con ser humildes, y apacibles con todos, haciendo beneficios aun á nuestros mismos contrarios, huyendo de culpas, aunque leves, y ligeras. Exercicios todos que agradan á la Magestad Divina mas que los que afligen el cuerpo, en los quales te aconsejo, que antes seas discretamente parca, y moderada para añadir, siendo menester mas, que para quitar exercicios que obliguen á dexarlos. Y esto te digo, porque me persuado, y prometo de ti, que no errarás por carta de menos, como algunos que estàn en reputacion de devotos, y espirituales: los quales, llevados, y engañados de la naturaleza lisongera, son demasiadamente cuidadosos de su salud corporal, y andan tan puntuales con ella, y tan escrupulosos en esta parte, que con qualquiera cosilla se ahogan con el miedo de perderla; y no tienen cosa de que mas cuiden, como de con-

ser-

ſervar ſu ſalud, y vida. Por lo qual de continuo buſcan comidas mas conformes à ſu guſto, que no á la neceſidad del eſtomago, el qual muchas veces con los demaſiados regalos ſe eſtragó; y haciendo eſto con pretexto de ſervir mejor á la Mag. Divina, no es otro ſino querer que ſe den las manos dos enemigos muy ſangrientos, y deſvanecidos, que ſon el eſpiritu, y el cuerpo, ſin provecho de las partes, antes con detrimento de ambas, pues con eſte cuidado ſe perjudica al uno en la ſalud, y al otro en la devocion.

Por eſo es mas ſeguro, y provechoſo, mirado à todas luces, traer un modo de vida deſcanſada, y ſin ahogo, acompañado, pero de la diſcrecion que hemos dicho, atendiendo ſiempre á los varios eſtados, edades, y complexiones de cada uno, que ſe han de medir todos por una regla.

Y digo mas, que no ſolo en las coſas exteriores, ſino aun tambien

en la consecucion de las virtudes interiores, hemos de caminar con alguna moderacion, como lo diximos, y mostramos, quando hablamos de como se han de adquirir las virtudes por sus grados. En todo habrá el acierto que se desea, si lo reguláre la obediencia.

CAPITULO XLIII.

De quanta fuerza sea en nosotros la mala inclinacion, y la instigacion del demonio, para inducirnos á juzgar temerariamente del proximo, y del modo como hemos de resistir.

DEL sobredicho de la vanidad, y propia estimacion nace otro, que nos hace gravisimo daño, y es el juicio temerario, que hacemos de nuestro proximo, por el qual tenemos en poco, despreciamos, y abatimos á los otros.

Este defecto, como nace de mala inclinacion, y sobervia, tambien es fomentado por ella con todo cuida-

dado, porque ella con él vá creciendo invisiblemente en el engaño, y complacencia; pues sin reparar presumimos, que tanto nos levantamos, quanto abatimos á los otros, juzgandonos agenos de aquellas imperfecciones que nos parece hay en ellos.

Y el caviloso enemigo, que conoce en nosotros esta disposicion, está de continuo alerta para hacernos abrir los ojos, y nos incita á ver, y examinar, agravando los defectos agenos.

No creen, ni conocen los descuidos, lo que trabaja el enemigo, para impresionarnos en el espiritu los pequeños defectos de nuestro proximo, quando no los hay grandes.

Por lo qual, si él se dèsvela para tu daño, te desveles tu para no caer en sus lazos, pues luego que él te pone delante alguna falta de tu proximo, retira, y deten el discurso. Y si con todo eso te sientes obligada á hacer de ella algun juicio.

cio, no te dexes llevar de este impulso, y considera, que no tienes potestad para hacerlo; y dado que la tubiesses, no puedes juzgar con certeza, por estar llena de tus pasiones, y demasiadamente inclinada à juzgar mal, sin indicios suficientes.

Mas para darte un remedio eficaz, te advierto, que ocupes siempre tu pensamiento en las necesidades que tiene tu corazon, que asi verás por horas, quanto mas tienes tu que hacer, y que trabajar en tu casa, y en tus cosas, que no te sobrará tiempo, ni gana de reparar en las agenas.

Demás, que aplicandote á este exercicio como se debe, iràs purificando cada dia mas los ojos de tu alma de malos humores de que procede este vicio pestilencial.

Y sabete, que quando juzgas algun mal de tu proximo, es quizàs, que tu tienes alguna raíz del mesmo mal dentro de tu corazon, y por hallarse dispuesto, recibe en sí qualquier

quier objeto ſemejante, que ſe le viene á los ojos.

Por eſto, quando te viene al penſamiento el querer reprender à otro de alguna falta, aírada contra ti, como comprendida en ellas, y en mayores defectos, diràs interiormente: Miſerable de mi! Yo eſtoy culpado en eſte, y mas graves delitos, y me atreveré á levantar los ojos para juzgar las acciones de mi proximo.

Y aſi, las armas, que enderezadas contra los otros, y venian à herirte à ti, empeñadas contra tí miſma, vendrán á dar ſalud entera á tus llagas.

Y ſi el defecto, y la falta es conocida, y manifieſta, trata de diſculparla con grande afecto, y compaſion; y cree, que en aquel tu hermano hay algunas virtudes ocultas, y que por ſu guarda permite el Señor que caiga, ó que tenga aquel defecto por algun tiempo, porque ſe baxe de la propia eſtimacion, y reconozca, viendoſe por eſto deſpre-

preciado de lo demàs, y por ese camino saque fruto del abatimiento, y quede mas agradable en los ojos de Dios, y con mas ganancia de lo que perdió.

Y si el pecado, no solo es público, pero grave, y de un corazon obstinado, corre luego con el pensamiento á los tremendos juicios de Dios, y conocerás algunos hombres, que habiendo sido pertinaces, despues llegan á grande altura de perfeccion; y otros, que se pensaba de ellos estaban en lo mas sublime de la virtud, vinieron á caer en miserable precipicio.

Debes, pues, estar con continuo temor, y temblar de ti misma, mas que de otra qualquiera persona.

Y asegurarte, que toda la alegria, y gusto que tubieres del bien de tu proximo, es obra del Espiritu Santo, y todo el desprecio, juicio temerario, y rencor contra él, nace de nuestra propia malicia, y de la sugestion del demonio.

Por eso si alguna imperfeccion

agena hubiere hecho impresion en ti, no duermas, ni descanses, hasta que empeñado con todas tus fuerzas, la lances, y eches fuera de tu corazon.

CAPITULO XLIV.

De la Oracion.

SI la desconfianza de nosotros mismos, si la confianza en Dios, y la practica de las virtudes son tan necesarias en este combate, como hasta aqui se ha mostrado; mas que todo es necesaria la Oracion (que es el quarto genero de armas que propusimos) con la qual, no solo podemos alcanzar de Dios nuestro Señor los provechos referidos, mas otro qualquier bien espiritual; porque la Oracion es instrumento para conseguir todas las gracias, que para nosotros manan de aquella fuente divina de bondad, y amor eterno.

Con

Con la Oracion (si te valieres bien de ella) pondràs á Dios nuestro Señor con la espada en la mano en tu defensa, y para que pelee en tu favor, y alcance victoria para ti.

Para servirte bien de ella, es necesario que tu te habitues, ó por lo menos trates, y procures de habituarte en las cosas siguientes.

Lo primero, en que viva *siempre* en ti un verdadero deseo de servir en todo, y por todo á su divina Magestad, como, y de la manera que mas fuere de su agrado. Y para que te enfervorices en este santo deseo, considera atentamente, que Dios por sus admirables excelencias, por su infinita Bondad, Magestad, Sabiduria, Hermosura, y otras perfecciones infinitas, es dignisimo de ser adorado, reverenciado, honrado, y servido. Que este mismo Dios por servirte á tí, padeció, y trabajó treinta y tres años, sanó, y curó tus llagas encanceradas, y emponzoñadas con el veneno del pe-

pecado, no untandolas con aceyte, no lavandolas con vino, no atandolas con paño de lino, mas con aquel preciosissimo licor, que salió de sus sacratissimas venas, y con su purissima carne, lastimosissimamente despedazada, y traspasada con clavos, espinas, y azotes.

Considera mas, de quanta importancia nos fue esta cura, y beneficio, pues nos hace ser señores de nosotros mismos, vencedores del demonio, y hijos del mismo Dios.

Lo segundo, has de tener una Fé viva, y una grande confianza de que Dios te quiere dàr todo lo que has menester para su santo servicio, y tuyo.

Esta santa confianza es el vaso que la misericordia divina llena de los tesoros de sus preciosas gracias, y quanto ese fuere mayor, y mas capaz, tanto mas rica bolverá para nosotros nuestra Oracion.

Y cómo podrá faltar el inmutable,

ble, y todo poderoso Señor, á enriquecernos con sus dones, mandandonos él mismo, que se los pidamos; y prometido (demás de eso) su divino Espiritu, si se los pidieremos; con verdadera Fé, y confianza, y con perseverancia.

Lo tercero es, que siempre entres en la Oracion con firme proposito de querer que solamente se haga la voluntad divina, y no la tuya, asi en el pedir, como en el alcanzar todo lo que pides; es à saber, que te muevas á orar, porque Dios quiere que tu desees ser oída en quanto él quisiere tambien. En fin, tu intencion ha de ser unir tu voluntad à la divina, y no el querer inclinar la divina à la tuya.

La razon es, poque siendo la tuya aficionada, y corrupta por el amor propio, anda muchas veces errada, y no sabe lo que se pide; mas la divina, como inseparablemente unida á inefable Bondad, y como es la misma Bondad, no pue-

puede errar. Por eſo es la regla, y la Reyna de las demás voluntades, y como tal merece que la obedezcan, y ſigan todas.

Has tambien de pedir coſas conformes á eſta Divina voluntad, y dudando que alguna lo ſea, la pedirás con condicion de quererla, ſi tu Señor es ſervido que la alcances.

Y las que ſabes de cierto que le agradan, como ſon las virtudes, ſe las pedirás mas para contentarle, y ſervirle, que por otro qualquier fin, ó reſpecto, aunque eſpiritual.

Lo quarto, que vayas à la Oracion adornada de obras correſpondientes à las peticiones que vás á hacer, y que deſpues de la Oracion te abraces con mayor esfuerzo por merecer las mercedes, y las virtudes que tu deſeas.

Porque el exercicio de la Oracion ha de ſer de tal manera acompañado con el de vencer à noſotros miſmos, que el uno ſiga al

otro; porque de otra manera, pedir á Dios una virtud, y no trabajar para conseguirla, mas sería tentar à Dios, que merecer para con su Magestad.

Lo quinto, que las peticiones preceden ordinariamente al hacimiento de gracias, por las mercedes recibidas por este, ó semejante modo: Señor, que por vuestra bondad me criasteis, me redimisteis, y me librasteis de las manos de mis enemigos tantas, y tan inumerables veces, que yo mismo no alcanzo à contarlas, valedme ahora, no me negueis lo que os pido, y suplíco, sin embargo de que he sido siempre ingrata, y rebelde.

Y si se te ofrece pedirle alguna virtud particular, ó si te hallàres en alguna penalidad para exercitarte en ella, tambien es menester que le dés las gracias por la ocasion que te dá, pues no es el menor beneficio que te hace.

Lo sexto, porque si la virtud de

la

la Oracion, y la eficacia que tiene de inclinar la Divina Mageſtad à nueſtros ruegos nace de ſu natural bondad, y miſericordia, de los merecimientos de la ſagrada Vida, y Paſion de ſu Unigenito Hijo, y de la promeſa que nos hace de oírnos, podrás concluír tus peticiones con una, y muchas de las oraciones que ſe ſiguen.

Otorgadme, Señor, eſta gracia por vueſtra infinita piedad. Valganme para con vos los merecimientos de vueſtro Divino Hijo, para que yo alcance lo que pido. Acordaos, mi Dios, y mi Señor, de las promeſas que me teneis hechas, inclinad vueſtros oídos á mis ruegos.

Otras veces pediràs tambien las gracias por los merecimientos de la Sagrada Virgen Maria nueſtra Señora, y de otros Santos, que mucho pueden con Dios, que los honra, porque ellos honraron mucho à ſu Divina Mageſtad en eſta vida.

Lo ſeptimo, es neceſario que con-

continúes con perseverancia en la Oracion, porque la humilde perseverancia vence al invencible, que si la continuacion, é importunacion, de la Viuda del Evangelio alcanzó el despacho de sus peticiones del Juez iniquo, y lleno de toda maldad, cómo no tendrà esta fuerza de hacer inclinar à nuestros ruegos al que es fuente, y origen de todos los bienes?

Por lo qual, aunque despues de la Oracion tardáse el Señor en venir, y en oirte, y tu llegases à entender por alguna conjetura que no queria hacerte aquella merced, no debes de continúar con el mismo fervor, conservando viva, y firme la confianza de que te ha de asistir, porque en él no falta, antes sobra infinitamente todo lo que es necesario para nos enriquecer.

Donde, si no estubiere de tu parte la falta, estàs segura, que alcanzarás todo lo que pides, ú otra gracia, que te sea de mayor provecho, ó ambas juntas.

Y quanto mas te pareciere que el Señor no admite tus ruegos, tanto mas te has de abatir, y tenerte en menos: considera tus faltas, y con pensamiento firme en la divina piedad, aumenta siempre en ella tu confianza, porque conservandose esta viva, y fuerte, le agradará mas al Señor, quanto mas se halláre combatida.

Dale despues muchas gracias, reconociendole por infinitamente bueno, sabio, y amoroso; y nada menos, quando te niega alguna cosa, que quando te la concede, sometiendote en qualquier suceso con firmeza, y alegria á los decretos de su Divina providencia.

CAPITULO XLV.

Qué cosa sea Oracion mental.

LA Oracion Mental, es una elevacion del espiritu á Dios, con actual, ó virtual peticion de lo que se desea.

La peticion actual se hace quando

se pide la gracia con palabras mentales, por este, ó semejante modo.

Señor, y Dios mio, concededme esta gracia para honra, y gloria vuestra.

Señor mio, yo creo que os agrada, y que es gloria vuestra que yo os pida, y alcance de vos esta gracia, por tanto cumplase ahora en mi vuestra divina voluntad, y santo beneplacito.

Y quando los enemigos actualmente combaten, harás Oracion de este modo: Apresuraos, Señor, para socorrerme, porque no me rinda à mis enemigos. Y de estotro: Dios, y Señor mio, refugio, y fortaleza de mi alma, socorredme aprisa, porque yo no caiga.

Mientras dura la batalla, continúa tu tambien en este modo de Oracion, resistiendo siempre con esfuerzo à quien combate contra ti.

Pasado lo riguroso de la batalla, buelvete à tu Señor, ponle delante al mismo enemigo que te

hi-

hizo la guerra, y tu flaqueza, con la qual le venciste, y dile:

Veis aqui, Señor, la criatura, obra de vuestras manos, y redimida por vuestra infinita bondad, con vuestra preciosa Sangre. Veis aqui á vuestro enemigo, que procura apartarla de Vos, y que la engaña. Acudo à Vos, Señor mio, y de Vos solo tengo confianza, porque solo Vos sois todo Poderoso, conoceis mi flaqueza, y la pronta disposicion para ser vencida dél, si Vos por vuestra misericordia no me acudis; por tanto ayudadme luego, ó dulce esperanza, y fortaleza de mi alma.

La peticion virtual se hace, quando se levanta el espiritu à Dios para alcanzar alguna gracia, mostrandole la propia necesidad, sin decir, ni discurrir cosa alguna.

Como quando yo levanto el pensamiento à Dios, y en su presencia reconozco, que por mi mismo no puedo librarme de las culpas, ni hacer bien á alguno, y

abrasado en deseo de su santo servicio, espero con fee, y humildad su divina asistencia, miro, y buelvo à mirar al mismo Señor.

Este tal conocimiento, deseo abrasado, y fé viva delante de Dios, es una Oracion, que virtualmente pide lo que ha menester; y serà tanto mas eficaz, quanto mas puro, y sincero fuere este conocimiento, quanto mas viva la fé, y mas abrasado el deseo.

Hay tambien otro genero de Oracion virtual mas ceñida, que es quando se levanta sencillamente, se hace dirigiendo el espiritu à Dios, á fin de que nos socorra, y esta elevacion del espiritu es como recuerdo tacito de aquella gracia que hemos pedido.

Procura aprender bien esta suerte de Oracion, y acostumbrate à ella para de ordinario, porque la experiencia enseña, que es una arma, de la qual puedes echar mano con facilidad en qualquiera ocasion,

y lugar, y es de tanto provecho, y valor, que no puede explicarſe.

CAPITULO XLVI.

De la Oracion por via de meditacion.

SI quiſieres tener Oracion por algun eſpacio de tiempo, es à ſaber, por media hora, ó por una hora entera, ó mas, añadiràs à la Oracion la meditacion de la Sagrada Vida, y Paſion de nueſtro Señor Jeſu-Chriſto, aplicando ſiempre ſus divinas aciones, à la virtud que deſeas.

Si deſeares alcanzar la gracia de la virtud de la paciencia, tomarás algunos puntos pertenecientes á ella, como (por exemplo) el miſterio de los azotes, para meditar en él.

Lo primero, como nueſtro Señor, deſpues de la ſentencia de Pilatos, fue arrebatado de los Sayones, y miniſtros de la maldad, y de el demonio, y con grande vo-

ceria, gritos, é ignominias, afrentas, y baldones que le decian, fue llevado al lugar destinado donde le habian de azotar.

Lo segundo, como le desnudaron con grande prisa, y con cruel indignacion, quedando su bellisimo, y candidisimo cuerpo desnudo à vista de todos.

Lo tercero, como aquellas sus inocentisimas manos, que formaron tierra, y Cielo, fueron con asperas sogas atadas à una coluna.

Lo quarto, como fue despedazado, y maltratado, y con el rigor de los azotes, corriendo por la tierra arroyos de su preciosisima Sangre.

Lo quinto, como lloviendo golpes sobre golpes, de los crudos, y duros azotes, en la misma parte del cuerpo, se agravaron, y renovaron de nuevo las llagas que yá estaban hechas.

Y asi, habiendo tu propuesto de meditar en estos, ó semejantes Mysterios para adquirir la pacien-

cia,

cía, aplicaràs los ſentidos á conſiderar con toda eficacia las mortales anſias, y riguroſas penas que padecia tu querido Señor en cada uno de ſus miembros en particular, y en todos en general.

De eſta conſideracion paſarás à ſu alma ſantiſima, diſcurriendo profundamente ſobre la paciencia, y manſedumbre con que ſufria tantas afliciones, ſin apagar la ſed, que tenia de padecer por honra de ſu Padre, utilidad, y provecho nueſtro mayores, y mas crueles tormentos.

Conſiderale deſpues abraſado en un vivo deſeo de que tu ſufras, y lleves con paciencia tus trabajos, y que buelto á ſu Eterno Padre ruega por ti, para que ſe ſirva de hacerte merced, que ſufras con paciencia la Cruz, que á la ſazon te aflige, ú otra qualquiera.

Donde tu con rendida, y mas fervoroſa voluntad de querer padecer con animo conſtante, levanta el eſpiritu al Padre Eterno, y

dandole primero muchas gracias, de que movido de su amor envió al mundo á su unigenito Hijo á padecer tantos, y tan crueles tormentos, y rogar por ti, pidele la virtud de la paciencia, por los meritos, y ruegos de su querido Hijo.

CAPITULO XLVII.

De otro modo de orar por via de meditacion.

POdrás demás de lo que queda dicho tener Oracion, y meditar de otra manera: Quando hubieres contemplado con atencion las afliciones de tu Señor, y reparado con el pensamiento en la prontitud de animo con que las sufria en el exceso de sus duros tormentos, é incedible paciencia, pasaràs á otras dos consideraciones, que son las siguientes.

La primera serà del merecimiento de la Persona de Jesu-Christo nuestro Señor.

La segunda del gusto, gozo, y glo-

gloria que recibia el Eterno Padre de la perfecta obediencia de su afligido, y atribulado Hijo.

Ofreciendo estas dos cosas á su Divina Mag. podrás pedir en virtud de ellas la gracia que tu deseas.

Y esto podrás hacerlo, no solo en cada paso de la Pasion del Señor, mas en qualquier acto interior, ó exterior, que él hacia en cada uno de ellos.

CAPITULO XLVIII.

De otro modo de tener Oraciones por intercesion de la Sagrada Virgen Maria nuestra Señora.

DEmás de los referidos, hay otro modo de tenerOracion, y meditacion, es á saber, por medio, é intercesion de la Sagrada Virgen Maria, enderezando el pensamiento, lo primero al Padre Eterno, luego al dulcisimo Jesus, y ultimamente á su gloriosisima Madre.

Buelta, pues, para con tu Dios, conſidera dos coſas.

La primera, el guſto que en la eternidad tenia Dios en sí miſmo, mirandoſe en las entrañas de la Puriſima Virgen Maria antes de ſer concebida.

La ſegunda, las virtudes, y acciones de eſta Señora, deſpues de nacida. Sobre el primer punto meditarás de eſta manera.

Sal con el penſamiento de todo lo que es tiempo, y de todas las criaturas, y entrando en la miſma eternidad, y entendimiento Divino, conſidera el deleyte que en sí miſmo tomaba Dios en Maria Virgen: y hallando entre eſtos miſmos deleytes á Dios, en virtud de ellos le pedirás con ſeguridad la gracia, y fuerzas de que neceſitas para vencer á tus enemigos, y en particular á aquel que á la razon te hace guerra.

Paſando deſpues à la conſideracion de tantas, y tan ſingulares virtudes, y obras de eſta Santiſima

Se-

Señora, y las ofrezcas à Dios todas, ó alguna, y por ellas pedir á la Divina bondad te otorgue la que tu has menester.

Buelve luego los ojos á su santissimo Hijo, y acuerdale del vientre Virginal, con que por nueve meses le truxo: la veneracion con que despues de nacido le adoró, y reconoció por verdadero hombre, y Dios, Hijo, y Criador suyo. Sus piadosos ojos, que le vieron tan pobre: sus dichosissimos, brazos que le abrazaron, los dulces besos que le dió, la leche con que lo sustentó, los trabajos, y ansias que passó por él en vida, y muerte. Y en virtud de tan excelentes servicios instarás à su Dino Hijo para que te oiga.

Despues acudiendo á la Santissima Virgen, acuerdate de como por eterna providencia, y bondad de Dios fue escogida por Madre de toda gracia, y piedad, y por abogada nuestra, y de que por esto despues de su Benditissimo Hijo;

no tenemos asilo mas seguro, ni proteccion mas poderosa que la suya.

Acuerdale tambien aquella verdad, que se escribe de ella, y està àprobada con tantos, y tan grandes milagros, que ninguno la invocó con fé, que ella no le respondiese con misericordia.

Finalmente, le presentarás todos los trabajos que su Unigenito Hijo sufrió por la salvacion de nuestras almas, rogandole que te alcance de él la gracia, que tenga en ti su verdadero efecto, para la gloria, y honra de su Divina Magestad.

CAPITULO XLIX.

De algunas consideraciones para que acudamos con fè, y confianza á la Sagrada Virgen Maria.

QUeriendo acudir á la Virgen Maria Señora nuestra, con fé, y confianza, podrás conseguirlo, ayudado de las consi-

de-

deraciones que aqui ſe ſiguen.

Lo primero, la experiencia enſeña, que todos los vaſos donde ha eſtado el amizcle, ú otra coſa odorifeia, guardan el olor, y tanto mas dura, quanto mas tiempo eſtubo encerrado en ellos; y mas olerá, ſi todavia ha quedado algo; y yá ſe ſabe que las coſas oloroſas tienen virtud en ſí corta, y limitada: es coſa ſabida tambien, que el que ha eſtado junto á la lumbre guarda el calor por mucho tiempo.

Siendo eſto aſi, qué fuego de caridad, qué ſentimiento de piedad, y miſericordia eſtarán abraſando las entrañas de la ſagrada, y ſiempre Virgen Maria, que hoſpedó en ellas nueve meſes, y traxo toda ſu vida amoroſamente en ſu corazon al hijo de Dios, que es la caridad, miſericordia, y piedad miſma, no de virtud limitada, y determinada, mas de infinita, y ſin termino? Y ſi quien llega á un gran fuego no puede dexar de parti-

ticipar de ſu calor, de la miſma manera, y aun mucho mas qualquiera neceſitado, que con humildad, y fé llegáre al horno del fuego de la caridad? Miſericordia, y piedad, que ſiempre arde en el corazon de la Sacratiſima Virgen Maria, recibirá de ella aſiſtencia, favores, gracia; y entonces mayores, quanto mas á menudo ſe llegàre à ella, con mayor fé, y confianza,

Lo ſegundo, ninguna criatura amó tanto á nueſtro Salvador Jeſu-Chriſto, ni fue tan conforme à ſu voluntad, como lo fue ſiempre ſu Santiſima Madre.

Luego ſi el miſmo Hijo de Dios, que gaſtó ſu vida, y todo á sí miſmo por las neceſidades de noſotros pecadores, nos dió tambien à Maria Santiſima por madre, y por abogada, para que nos ayude, y ſea deſpues de él la medianera de nueſtra ſalvacion, cómo nos podrà nunca faltar tan gran Madre, y abogada, ni apartarſe de la vo-

lun-

luntad de ſu Divino Hijo?

Eſto ſupueſto, acude, hija, con mucha confianza en qualquiera neceſidad que tengas à la Santiſima Madre de Dios Maria, la Virgen nueſtra Señora, porque eſta confianza es coſa rica de los Cielos, y ſu refugio es ſeguro, porque continuamente eſtá repartiendo gracias, y miſericordias.

CAPITULO L.

Modo de tener Oracion, meditar por medio de la interceſion de los Angeles, y de los Santos.

PAra valerte en eſto de la aſiſtencia, y favor de los Angeles, y de todos los Santos de el Cielo, podràs hacerlo de dos maneras.

La una es, que te buelvas al Padre Eterno, y le ofrezcas el amor, y las alabanzas con que es enſalzado, y engrandecido de toda la Corte Celeſtial; y los trabajos, y penas que en la tierra paſaron los Santos, por ſù amor, y por eſtos obſequios pe-

pedirás á su Divina Magestad lo que te hace falta.

La otra es, que acudas à los mismos espiritus gloriosos, como los que no solamente desean nuestra perfeccion, sino tambien alcanzarnos sillas en el Cielo mas levantadas, que las suyas, y les pidas sus asistencias contra todos los vicios, y enemigos tuyos, y su *defensa en* la hora de la muerte.

Y otras veces podrás considerar las muchas, y excelentes gracias, que recibieron del Soberano Criador; y encendiendo en ti un verdadero afecto de amor para con ellos, porque fueron enriquecidos de tantos dones, y te gozarás, como si fueran tuyos propios, y te alegrará, que ellos los hayan alcanzado antes que tu, pues su Divina Magestad fue servida de que fuese asi; por eso le darás millares, y millones de gracias, y alabanzas.

Para hacer este exercicio con orden, y facilidad, podràs dividir

los

los Coros del Empireo por los dias de la ſemana, en la forma ſiguiente:

El Domingo los nueve Coros de los Angeles.

El Lunes San Juan Bautiſta.

El Martes todos los Patriarcas, y Profetas.

El Miercoles los SS. Apoſtoles.

El Jueves los Santos Martyres.

El Viernes los Santos Pontifices, y demás Bienaventurados de la Corte Celeſtial.

El Sabado las Virgines, y demàs Santos del Cielo.

Mas no dexes paſar dia, en que no te acuerdes muy à menudo de la Bienaventurada Virgen Maria, Reyna de todos los Santos, de tu Santo Angel de la Guarda, de el Arcangel San Miguel, y de todos los Santos tus Santos, y Patrones.

Y todos los dias ruega á Maria Santiſima, y à ſu bendito Hijo, y al Padre Celeſtial, que te hagan tanta merced, de que te dén por tu principal Abogado, y Protector

al Bienaventurado San Joseph, Esposo de la misma Virgen, luego pedirás al mismo Santo con ruegos, y confianza de que te recibirà debaxo de su proteccion.

De este glorioso Santo se dicen muy grandiosas cosas, y muchos favores que han recibido con larga mano los que han reverenciado, y han acudido à él en sus necesidades, asi espirituales, como temporales, y principalmente para guiar á sus devotos en el modo de meditar, y tener Oracion.

Que si Dios estima en tanto á todos los demàs Santos, porque viviendo entre nosotros, le obedecieron, y honraron; en qué estima hemos de creer tiene, y de quanta fuerza son para con él los ruegos de este su humilde, y dichosisimo Santo, á quien el mismo Dios honró de tal manera en la tierra, que quiso sujetarse, y obedecerle, sirviendole como á Padre suyo.

CA-

CAPITULO LI.

De la meditacion de la Sagrada Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, para sacar de ella varios afectos.

LO que hemos dicho arriba sobre la Pasion de nuestro Salvador, sirve para meditar por via de peticiones: ahora tratarémos del modo como se han sacar de ella los afectos, v. gr. proponemos de meditar los dolores que el Señor padeció en su Cruz, en este Mysterio puedes, entre otras circunstancias, considerar las siguientes.

La primera, de como siendo el Señor desnudado en el Monte Calvario por mano de aquella aírada, y rigurosa gente, con grande prisa, y furia, por estár sus sagradas vestiduras pegadas à su Sacratisimo Cuerpo, por la sangre que habia corrido de los azotes, yá elada, se le renováron las llagas, y de nuevo le bañaron en sangre.

La ſegunda, de como deſpues de haber arrancado de ſu ſagrada cabeza la Corona de eſpinas, para haverle de deſnudar las veſtiduras, ſe la bolvieron à poner de nuevo, abriendo las eſpinas nuevas llagas, y laſtimando cruelíſimamente las que yà eſtaban abiertas.

La tercera, de como fue enclavado en la Cruz á golpes de martillo, con agudos clavos de hierro, y con la mayor crueldad que ſe vió en el mundo.

La quarta, de como por no alcanzar ſus Santiſimas manos, y pies al lugar de los barrenos que tenian dados á la Cruz, aquellos cruelíſimos verdugos le eſtiraron brazos, y piernas, de manera, que le deſcoyuntaron los hueſos de todo el cuerpo. La quinta, de como quedando aquel Divino Sr. enclavado, y pendiente en la Cruz, y no teniendo otra coſa en que ſuſtentarſe, ſino es los duros clavos con que eſtaba enclavado, ſus Sacratiſimas llagas

gas con el peso del cuerpo se desgarrataron, è hicieron mayores, y de nuevo creciendo los dolores inexplicablemente.

Queriendo, pues sacar afectos de amor de estas consideraciones, ú otras semejantes, procura pasar de un conocimiento á otro mayor, que es de la infinita bondad de tu Señor, y de su amor para contigo, pues tanto quiso padecer por ti, porque quanto creciere en ti este conocimiento, tanto se aumentará tu amor.

Por el mismo conocimiento de la bondad, y amor infinito que te ha mostrado tu Señor, facilmente alcanzaràs contricion, y dolor de haberle ofendido tantas veces, y con tan grande ingratitud, y de haberle causado con tus culpas el mal tratamiento, y tormentos que padeció de tantas maneras.

Para tener esperanza, considero que un tan grande, y poderosisimo Señor se abaxó al estado de miseria tamaña, solamente para extinguir

el pecado, y librarte de los lazos del demonio, y de tus culpas particulares, para proponer propicio á su Eterno Padre para ti, y darte confianza para que acudas à él en todas tus necesidades.

Y hallarás grande contento, si de sus penas pasáres á considerar los efectos que de ellas se siguieron: que son el purgar con ellas los pecados del mundo, aplaçar la ira del Padre, confundir al demonio, destruir á la muerte, y llenar las sillas vacías que perdieron los Angeles.

Puedes tambien tener otro motivo de alegria, del contento que en eso recibe la Santisima Trinidad, con la Sagrada, y siempre Virgen Maria, y toda la Iglesia Triunfante, y Militante.

Para aborrecer tus pecados, encamina todos los pasos que contemplares à este fin, como si el Señor los padeciese, no mas que para persuadirte el aborrecimiento de tus malas inclinaciones, y de aquella particu-

lar-

larmente que puede mas contigo, y desagrada mas à sus divinos ojos.

Si quieres quedar atonita, y admirada, considera si hay mas que ver, viendo al Criador del universo, que dà sér, y vida à todas las cosas, tan mortalmente perseguido de las criaturas; despreciada y abatida la Mageſtad Soberana; condenada la justicia; afeada su Divina belleza; aborrecido el amor del Padre Celestial; y entregada al poder de las tinieblas aquella Luz que es increada, é inaccesible; la misma nobleza, tenida por deshonra, y afrenta del genero humano; y la gloria, y felicidad, por miseria, y desdicha.

Para tener lastima de tu fatigado Señor, demàs de meditar sus penas exteriores, meditarás las interiores que le atormentaban el alma, y eran sin comparacion mas penetrantes; y tanto, que si te dolieren de veras, será mucho si quedas con vida.

Go-

Gozaba el alma de Christo N. Señor de la esencia Divina, de la misma manera, que ahora que està en el Cielo; conociala sobre modo de merecedora de toda honra, y obsequio, y por el excesivo amor que le tenia, deseaba infinitamente que las criaturas se empleasen en servirla con todas sus fuerzas.

Donde viendola tan estrañamente ofendida, y despreciada por las abominables maldades de el mundo, al mismo tiempo el alma de el Señor quedaba traspasada de infinitos dolores, y pesadumbre; y con tanta mayor pena le afligian, quanto mas se abrasaba de amor de *una tan alta* Mag. y deseo de verla honrada, y servida de todos.

Y como es incomprehensible la grandeza de este amor, y Divino deseo, no hay quien llegue á conocer, y penetrar quan grave, y quan amargo fué por eso el desconsuelo interior de el Señor quando estaba en la Cruz; ni hay palabras

con

con que poder explicar algo de ellos

Demàs, que amando infinitamente á todas las criaturas, à este paso sintió que los pecados las habian de apartar de su presencia. Porque por qualquier pecado mortal, que habian hecho, y habian de hacer los hombres, y quantas veces uno peca, otras tantas se aparta del alma el Señor, á la qual està unido por caridad.

Separacion, tanto mas rigurosa que las heridas en las partes de su Sacratisimo Cuerpo, descoyuntandose de su propio lugar, quanto el alma, por ser puro espiritu, mas noble, y perfecta, que el cuerpo, es mas capáz de sentimiento.

Entre los dolores que sufrió el Señor por el bien de las criaturas, cruelisimo fue el que experimentó por todos los pecados de los reprobos, los quales por no poder bolver á unirse con él, estaban condenados à padecer eternos, é incomparables tormentos.

Y si el alma devota, yá tierna

por considerar las penas de su dulce Jesus, quisiere penetrar mas con el pensamiento, hallará en este Divino amante dolores, y penas rigurosissimas, no solamente por los pecados cometidos, mas por aquellos que nunca se cometieron; porque no hay duda, que como el Señor nos alcanzó el perdon de aquellos, asi la perseveracion de estos á su Magestad le debemos por el precio infinito de sus inestimables trabajos.

No te faltarán, hija, otras consideraciones bien lastimosas para tener lastima, y condolerte de tu Señor puesto en la Cruz.

Porque no hubo, ni habrà jamás dolor alguno en criatura racional, que él no lo experimentase en sí mismo, las afrentas, las injurias, las infamias, las penitencias, las angustias, los trabajos de todos los hombres del mundo atormentaron mas vivamente el Alma de nuestro Señor Jesu-Christo, que à los mismos que con efecto las padecieron.

Porque vió clara, y diſtintamente todas las aflicciones de los hombres, grandes, y pequeñas, aſi las del alma, como las del cuerpo, haſta el mas leve dolor de cabeza, y la menor picada de un alfiler; y todas quiſo el Señor por ſu caridad padecerlas, y ſentarlas en ſu corazon.

Mas no hay quien pueda explicar el rigor con que le afligieron las penas de ſu Madre Santiſima, porque de todas las maneras, y partes, y reſpetos que el Señor padeció por los miſmos, ſe afligió, y padeció la Virgen Santiſima; y aunque ella no los padecieſe tan intenſamente, ſufriólos cruelifimamente.

Y eſtos miſmos dolores de ſu Santiſima Madre renovaron à ſu bendito Hijo las llagas interiores, y traſpaſaron ſu Divino corazon, como flechas abraſadas de amor; y bien ſe pudiera decir, que eſte amante corazon por los tormentos yá dichos, y por otros inume-

rables que no ſabemos, ni pudieramos comprehender, los padecia en un infierno amoroſo de penas voluntarias; aſi decia con ſimplicidad ſanta una alma muy devota.

Y ſi conſideras, hija, la cauſa de todas las penas, y dolores referidos que ſufrió nueſtro Redentor, y Señor, ſiendo crucificado, no hallarás que fue otra mas que tu pecado.

De donde bien claramente ſe ſigue, que la verdadera, y principal compaſion que él nos pide, y le debemos ſobre todo encarecimiento, es el que proſpere ſolamente por ſu amor de haberle ofendido, y aborrecer ſobre todo el pecado, hacer punta, y pelear generoſamente contra todos ſus enemigos, y nueſtras malas inclinaciones; para que deſnudados de el hombre viejo, y de ſus obras, nos viſtamos del nuevo, adornando nueſtras almas con las virtudes Evangelicas.

CAPITULO LII.

De los efectos que se pueden sacar de contemplar á Christo crucificado, y de la imitacion de sus virtudes.

ENtre los muchos frutos que debes coger, y sacar de esta Santa meditacion, sea uno de ellos, no solo el dolerte de tus pecados pasados, mas tambien el afligirte; porque aun viven en ti las pasiones desordenadas que crucificaron à tu Señor.

El otro es, el pedirle perdon de tus culpas, y gracias de aborrecerte perfectamente à ti misma, y de no ofenderle mas; y juntamente de amarle, y servirle en adelante con todo el debido cuidado, en agradecimiento de tantas penas como por ti padeció. Lo qual no podrás conseguir sin este aborrecimiento santo de tí propia.

Lo tercero es, el que con efecto persigas mortalmente qualquier

mala inclinacion tuya por pequeña que sea.

Lo quarto, es el que con todo esfuerzo procures imitar las virtudes del Salvador, que padeció, no solo por redimirnos, pagando nuestras culpas, sino tambien para obligarnos con su exemplo (*ut sequamur vestigia ejus*) á seguir sus pisadas.

Aqui pongo un modo de meditacion, que te servirá para este efecto.

Si deseares v. gr. alcanzar la virtud de la paciencia para imitar á tu Señor, considerarás lo que se sigue.

Lo primero, lo que hace el Alma de Christo atormentada mirando à Dios.

Lo segundo, lo que hace Dios mirando el Alma de Christo.

Lo tercero, lo que hace el Alma de Christo mirando à sí misma, y á su Sacratisimo Cuerpo.

Lo quarto, lo que hace Christo Señor nuestro mirando à nosotros.

Lo quinto, lo que nosotros de-

be-

bemos hacer mirandole á él.

Considera, pues, lo primero como el Alma de nuestro Señor Jesu-Christo, estando toda absorta en Dios, se admira viendo aquella infinita, é incomprehensible grandeza, en cuya comparacion todas las cosas criadas son un puro nada; y sin perder de su gloria, como se sujeta á sufrir en la tierra indignos tratamientos por manos de los hombres, de quien no recibió sino alevosias, y afrentas; y como juntamente la misma Alma adora, se sacrifica, y dà gracias à la Magestad divina.

Lo segundo, considera lo que Dios hace con el Alma de Christo, como quiere, y la mueve à padecer por nosotros en su Cuerpo, á que sea abofeteada, escupida, escarnecida, y blasfemada, y que padezca los azotes, las espinas, los clavos, y la Cruz, por manifestarle que su divina voluntad era de verla cargada de oprobios, y aflicciones.

Lo tercero, de ahi pasa à considerar el Alma de Christo convidada de Dios á padecer por nuestro amor, y por nuestro exemplo, la qual como conociese con su entendimiento (que era todo luz). quan grande era en Dios el contento de verla padecer, por el afecto, que era todo fuego en amar á la divina Mag. por su merito infinito, y por las inmensas obligaciones, que le decia muy contenta, y alegre, se dispone à executar su santisima voluntad.

Y quien podrá penetrar lo intimo de los deseos de aquella Alma purisima, y amantisima? Aqui se vé como en un laberinto, dando bueltas, buscando nuevos modos, y nuevas trazas de padecer, sin hallar los trabajos que quisiera; por eso se entrega libremente toda con su inocentisimo Cuerpo al poder, y querer de los hombres malvados, y de los demonios del infierno, para que hagan de él lo que quisieren.

Lo quarto, buelve despues de eso á tu Jesus, y contempla, como que con sus divinos ojos bolviendose à ti, te dice: Veis aqui, hija, el estado á que me traxeron tus destemplados apetitos, por no quererte hacer una pequeña violencia á ti misma, ves aqui lo que padezco, y el gusto con que lo hago, por tu amor, exemplo de verdadera paciencia.

Por todos mis dolores te ruego llenes de buena voluntad esta Cruz, y qualquiera otra que fuere de mi gusto, y resignes libremente en las manos de los enemigos, y perseguidores que yo te diere, por viles que ellos sean, y crueles contra tu honra, y contra tu propia vida. O, si bien supieras el consuelo, y gusto que yo tendria de esto! Mas bien puedes colegirlo por las heridas que quise recibir, como inestimables joyas, para adornar á tu pobre alma con preciosisimas virtudes; y si yo por esta causa he llegado á estos estre-

mos, no querrás tu, amada Esposa, sufrir un poco, para dár gusto á mi corazon, y corregir dulcemente las heridas, que me abrieron tus impaciencias, las quales me duelen mas que aquellos.

Lo quinto, repara bien en que el que te habla de esta manera, es el mismo Rey de la gloria Christo Señor nuestro, verdadero Dios, y verdadero Hombre. Considera la grandeza de sus tormentos, é ignominias infames, que no las merecerá el hombre muy facineroso del mundo. Mira á tu Señor, que entre tantas, y tan barbaras crueldades, no solamente se està quedo á todo, y sufre espantosamente, mas se alegra en las penas, como si fuesen gustos. Y que como el fuego se enciende mas con poca agua, así con los grandes tormentos que à su superabundante caridad le parecian pequeños, se le aumentaba la alegria, y el deseo de padecerlos mucho mayores. Considera, que todo esto obró, y padeció el clemen-

mentiſsimo Señor, no forzado, ni obligado, ni por ſu interés propio, mas (como él te dice) por el amor, y caridad que á ti tiene, y porque tu á ſu imitacion te exercites en la virtud de la paciencia. Y conſidera con mas atencion lo que Dios quiere de ti, y el contento que le darás, ſi te exercitares en eſta virtud, para que hagas muchos propoſitos de querer llevar la Cruz que carga ſobre tus hombros, no ſolamente con paciencia, ſino tambien con alegria, otra qualquiera, aunque mas peſada, para mejor imitar à tu Dios, y cu mplir mas bien ſu divina voluntad.

Y ponderando las amarguras, é ignominias que padeció por ti, y ſu conſtancia, y ſufrimiento en ellas, avergüenzate de vér que tu paciencia no es ni aun una ſombra de la ſuya, ni tus dolores, ó ignominias ſon tales, reſpecto de los ſuyos; y cauſete miedo, y temor el vér, que ni el menor penſamiento de padecer por amor de

tu Señor te paſe por la imaginacion.

Eſte Señor crucificado, hija mia, es el libro que yo te doy para leer, y eſtudiar, de donde podrás ſacar la verdadera idea de qualquier virtud, porque ſiendo libro de la vida, no ſolamente enſeña al entendimiento con las palabras, mas con ſu vivo exemplo enciende las voluntades.

El mundo eſtá lleno de libros, y todos ellos juntos no pueden enſeñar tan bien el modo de conſeguir las virtudes, como eſte que nos pone delante un Dios crucificado.

Y ſepas, hija, que los que gaſtan muchas horas en llorar la Paſion del Salvador, y en meditar ſu paciencia, y en las adverſidades que ſe les ofrecen ſe mueſtran tan impacientes, como ſi en la Oracion hubieran aprendido otra coſa, fuera que la paciencia, ſon como los ſoldados del mundo, que eſtando en los aloxamientos, blaſonan de

ſu

ſu valor, y vizaría; y en viendo al enemigo huyen ſin haber pueſto mano à las armas. Qué obrar mas villano puede penſarſe de uno que tiene delante, como en un claro eſpejo, las virtudes de el Señor, y enmedio de amarlas, y admirarlas, ſin hacer caſo de ellas, quando ſe ofrece la ocaſion no exercitarlas.

CAPITULO LIII.

Del Santiſimo Sacramento de la Eucharistia.

HAſta aqui os he proveído de quatro generos de armas, que habias de meneſter para vencer los enemigos, y de muchos documentos para juzgarlas bien. Falta ahora que hoy diga de otra poderoſiſima, que es el Santiſimo Sacramento del Altar.

Como eſte Santiſimo Sacramento excede mucho á todos los otros Sacramentos; de la miſma manera eſta arma que entra en quinto lugar es ſuperior à todas otras.

Las otras quatro toman su fuerza, y valor de los merecimientos, y de la gracia que la preciosisima Sangre de N. Señor Jesu-Christo nos grangeó; mas esta arma es la misma Sangre, y Cuerpo, con el Alma, y Divinidad del Señor.

Con aquellas se combate contra los enemigos, por la virtud *del poder* de Christo: con esta peléa contra ellos con nosotros el mismo Christo, y Christo les hace guerra con nosotros; porque quien recibe el Sacratisimo Cuerpo de Christo, y bebe su preciosisima Sangre está con Christo, y Christo está con él.

Y porque podamos tomar este Santisimo Sacramento, y valernos de esta arma excelentisima de dos maneras: Sacramentalmente, comulgando una vez cada dia; y espiritualmente, cada hora; y á qualquiera, y á qualquier momento, no has de dexar de recibirle muchas, y repetidas veces en el

ſegundo modo, y en el primero ſiempre, y quando hubiere lugar.

CAPITULO LIV.

Del modo de recibir el Santiſsimo Sacramento de la Eucariſtía.

POdemos llegar á eſte Diviniſsimo Sacramento por varios fines; y para conſeguirlos, conviene que hagamos algunas coſas en tres tiempos diferentes, es á ſaber, antes de la Comunion, quando eſtamos para comulgar, y deſpues de la Comunion.

Antes de la Comunion (ſea por el fin que fuere) es neceſario que por el Sacramento de la Penitencia nos lavemos, y purifiquemos del pecado mortal, ſi por deſdicha, y flaqueza nueſtra eſtubieremos con él manchados, y que nos entreguemos con afecto de todo corazon, con todo el eſpiritu, con todas las fuerzas, y con todas las potencias del alma á nueſtro Señor

Je-

Jeſu-Chriſto, y à todo lo que le agrada, pues él en eſte Santiſimo Sacramento nos dá ſu Cuerpo, y preciofiſima Sangre, ſu Alma, y Divinidad, y ſus merecimientos; y conſiderando, que nueſtra dadiva, en comparacion de la ſuya, es muy pequeña, y caſi no nada, conviene que deſeemos tener todo aquello que le ofrecieron, y dieron todas las criaturas humanas, y celeſtiales para ofrecerlo, y darlo á ſu divina Mag.

Donde teniendo voluntad de recibir el Santiſimo Sacramento, para que queden vencidos, y deſtruidos en ti los enemigos tuyos, y ſuyos, deſde la noche antecedente, y aun mas antes, ponte á conſiderar el deſeo que tiene elHijo de Dios, de que le dés lugar en tu corazon por medio de eſte Santiſimo Sacracramento, para unirſe contigo, y ayudarte para que venzas qualquier paſion pecaminoſa. Es tan grande el deſeo que el Señor tiene de eſo, que no lo puede comprehender ningun juicio hu-

hümano. Pues para que alcances à entender algo de esto, haràs por tomar bien dos consideraciones.

La primera es, del inefable contento de Dios, que siendo infinitamente bueno, tiene tal satisfaccion, y gusto de estár con nosotros, que dice, que el estár con nosotros son sus deleytes.

La otra es, del odio inmenso que él tiene al pecado, tanto por ser impedimento, y obstaculo para unirse con nosotros, que es lo que sumamente desea, como por ser totalmente contrario à sus divinas perfecciones; porque siendo bien sumo, luz pura, y belleza infinita, no puede dexar de aborrecer, y abominar infinitamente el pecado, que no es mas que sombra, lodo, un asco, defecto, y mancha feisima de nuestras almas.

Es tan contrario el Señor al pecado, que para destruirlo, dispuso todo lo que contiene el viejo, y nuevo Testamento, y en particu-

lar la ſacratiſima Paſion de ſu divino Hijo, el qual, ſi fueſe neceſario, entregaría de nuevo mil veces á la muerte para deſtruir en noſotros qualquier culpa, por pequeña que fueſe.

Con eſtas conſideraciones llegando tú á conocer, aunque no ſea con toda perfeccion, la grandeza del deſeo que Dios tiene de apoſentarſe en tu corazon, para echar fuera de él, y deſtrozar tus contrarios, y los ſuyos, excitarás en tí un vivo deſeo de recibirle á eſte efecto.

Y aſi, generoſa, y esforzada con eſta manera, hecha toda magnanima, y esforzado tu corazon con la eſperanza de que ha de venir à tu pobre morada el Celeſtial Capitan: deſafia la paſion que tratas vencer, y reprimirla con muchos actos de aborrecimiento, haciendo, y repitiendo los de la virtud contraria, y de eſte modo paſa el dia antes, y el otro deſpues que recibieres la ſagrada Comunion.

Quan-

Quando luego eſtubieres para recibir el Santiſimo Sacramento, por breve eſpacio traerás á la memoria las faltas que hubieres cometido deſde la ultima vez que le recibiſte, haſta aquella hora, conſiderando, que las cometiſte, como ſi no hubiera Dios, ni hubieſe padecido tanto por tí en los Myſterios de ſu Santiſima Paſion, por hacer tu mas caſo de dàr un leve guſto á tus apetitos, que el cumplir ſu divina voluntad, y procurar ſu gloria; y aſi, avergonzada, y corrida te confundirás con un ſanto temor, mirando tu ingratitud, é indignidad.

Mas echando de vér, que el abiſmo profundo de la divina Bondad llama aſi al de tu ingratitud, y poca fé, llegate à él con gran confianza, franqueandole la entrada de tu corazon, para que tome poſeſion, y ſea dueño abſoluto de él.

Haráslo aſi, purifica, y echando de ti qualquier amor que ten-

gas

gas à cosa del mundo, y puerta à fuera todo lo que no es tu Dios.

Despues de haber comulgado, retirate á lo mas interior de tu corazon, y despues de haber adorado à tu Señor, le hablarás mentalmente de esta suerte con todo respeto, y humildad.

Bien veis vos, unico bien de mi alma, con quanta facilidad os ofendo, y lo que puede contra mi esta ciega pasion, y que yo por mi misma no puedo huirme de ella; mas como es vuestro el empeño, con vuestro favor, y ayuda espero alcanzar la palma, haciendo yo de mi parte.

Luego bolviendote al Padre Eterno, asi en accion de gracias, como la victoria que esperas alcanzar de ti misma, ofrecele á su bendito Hijo, que el te dió, y que yá tienes dentro de ti, con lo qual, si peleares valientemente contra la misma pasion, espera de Dios con gran Fé la victoria, y si trabajares

lo que de tu parte pudieres, su Mag. no te ha faltar, aunque tarde.

CAPITULO LV.

Como nos habemos de preparar para la sagrada Comunion, á fin de despertar en nosotros el amor de Dios.

PAra despertar en tu corazon con este celestial Sacramento al amor de Dios, traerás al pensamiento, quan grande es el que à ti te viene, meditando desde el dia antecedente.

Como este muy alto, y todo poderoso Señor, no contento de haberte criado á su imagen, y semejanza, y haber enviado à la tierra á su Unigenito Hijo à padecer treinta y tres años por tus maldades, y sufrir por redimirte cruelisimos trabajos, y una penosa muerte de Cruz, quiso dexartele por mantenimiento, y remedio de tus necesidades en el Santisimo Sacramento del Altar.

Con-

Considera bien, hija, las excelencias incomprehensibles de este divino Amor, y hallarás, que lo hacen perfectisimo, y singular de todas maneras.

Lo primero es, porque si reparamos por el tiempo lo que ha que Dios nos ama, hallarémos, que es sin algun principio, donde como su Divinidad es ab eterno, no es menos antiguo su amor, con el qual antes de todos los siglos acordó el darnos á su amado Hijo, por este modo admirable. Con esto no te cabrá el corazon en el pecho; y asi, con júbilo de tu alma dirás: Pues en aquella antigua eternidad se hacia caso, y era amada mi baxeza por el sumo Dios, pues se acercaba á ella con deseo de caridad inefable para darme su mismo Hijo por dulce mantenimiento del alma.

Lo segundo es, por la comparacion, pues qualquiera otro amor, por grande que sea, es limitado, y no se puede estender mas que hasta

su

ſu termino, mas eſte amor del Señor ſolo es ſin termino, ni medida.

Por lo qual, queriendoſe ſatisfacer enteramente, nos dió ſu propio Hijo, igual à él en el poder, y sér infinito, de una miſma ſuſtancia, y naturaleza. Y aſi, tan grande es el amor como la dádiva, y tan grande la dádiva como el amor; y ambos ſon tan grandes, y tan ſobreſalientes, que ningun entendimiento puede imaginar mayor grandeza.

Lo tercero es, por lo voluntario, pues Dios no fue forzado, ni obligado de alguna fuerza, ó neceſidad á amarnos, que ſola ſu intrinſeca, y natural bondad unicamente le movió á eſte tan grande, é incomprehenſible amor.

Lo quarto es el demerito, porque no pudo preceder alguna obra de merecimiento nueſtro que obligaſe á eſte alto, é inmenſo Señor gaſtar de ſu amor exceſivo con criaturas no ſolamente humildes,

des, y baxas, sino indignisimas, mas por sola su infinita liberalidad se nos comunica todo entero.

Lo quinto es, por la calidad, pues si reparáres en la pureza de este amor, conocerás que no es nada interesable, como son los amores del mundo, porque el Divino Monarca no necesita de nuestros bienes, siendo él por sí, sin nosotros, felicisimo, y gloriosisimo: luego por su inefable bondad, y caridad se empeña en amarnos sencilla, y puramente para nuestro provecho, y en ninguna manera para alguna conveniencia suya.

Hechos estos reparos, y considerandolos, diràs interiormente: Cómo puede ser que un tan alto Señor ponga el afecto de su corazon en una criatura tan vil? Qué quereis Rey de la gloria? qué esperais de mi, que no soy mas que polvo, y ceniza? Bien veo mi Dios, à la luz de vuestra abrasada caridad, el fin que llevais, y es lo que mas claramente descubre la pure-

za de vueſtro amor para conmigo, pues no hay otra razon que os mueva á daros todo para mi ſuſtento, que el deſeo de convertirme toda en vos, no porque vueſtra divina grandeza neceſite de mí en alguna manera, mas porque viviendo vos en mí, y yo en vos, venga yo á ſer una miſma coſa, por una union amoroſa, y de la vileza de mi terreno corazon ſe haga con vos un ſolo corazon divino.

Por lo qual tu, llena de admiracion, y alegria por verte tan altamente eſtimada, y amada de Dios, conociendo que ſu amor todo poderoſo no lleva otro intento, ni pretende otra coſa mas que recoger en sí todo tu amor, apartandole de las criaturas, y á ti de ti miſma, porque tu tambien eres una de ellas, ofrecete toda en ſacrificio á tu Señor, para que de hoy en adelante ſolo ſu divino amor, y ſola ſu ſanta voluntad muevan tu entendimiento, voluntad, y memoria, y gobier-

ne todos tus cinco ſentidos.

Deſpues, conociendo que ninguna coſa puede obrar en ti efectos tan divinos, como buſcarle dignamente con el Señor en el Santiſsimo Sacramento del Altar, franqueale para moverlos, las puertas de tu corazon, con las ſiguientes oraciones jaculatorias, y aſpiraciones amoroſas.

O celeſtial mantenimiento, y quando me sacrificaré toda à vos, quemandome, no en otro fuego, que en el de vueſtro amor divino! Quando, quando tendre yo tan grande dicha, amor increado?

O Pan vivo! Quando viviré yo ſolamente de vos, para vos, y en vos? Y quando mi vida, vida bella, alegre, y eterna, llegará eſte quando?

O maná celeſtial! Quando, eſtigada de otro qualquier mantenimiento terreſtre, te apeteceré unicamente, y de vos ſolo me alimentaré? Quando ſerá eſto, amor mio?

Quan-

Quando unico bien de mi alma? Ea amante mio, y de todo poderoso Señor, libertad este miserable corazon de qualquier afecto desordenado, y de todas las pasiones viciosas, adornale con tus santas virtudes, á fin de hacerlo todo puramente para agradaros á vos, porque de esta manera yo os abriré mi corazon, y os bolveré á convidar, y haceros amorosa violencia para que entreis en él, y luego vos obraréis en mi, sin resistencia, los efectos que siempre deseasteis comunicarme.

En estos afectos amorosos podrás exercitarte el dia antes, y toda la mañana en que has de comulgar, para disponerte, y prepararte para ella; llegada la hora de recibir el Santisimo Sacramento, considera á quien recibes.

Al Hijo de Dios, de Magestad incomprehensible, delante de quien tiemblan las Potestades de los Cielos.

Al Santo de los Santos, al Espejo

sin mancha, á la pureza incomprehensible, en cuya comparacion no hay criatura alguna que sea pura.

Aquel que por amor de ti quiso ser despreciado, escupido, pisado, acozeado, escarnecido, y crucificado por mano de hombres malvados.

Que estás para recibir á Dios, en cuya mano está la vida, y la muerte de todo el universo.

Considera que tu por el contrario no eres mas que una nada, y que por tus pecados, y malicia aun te heciste menos que la mas vil, y torpe criatura irracional, y tienes merecido ser la burla, y el escarnio de todos los demonios del infierno.

Y que en lugar de corresponder con el agradecimiento debido á mercedes tan inmensas, é innumerables, veniste á despreciar por salir con tus deseos, y apetitos á tan grande Señor, desestimando el valor de su preciosissima Sangre.

Y que ſin embargo de que por ſu eterna caridad, y bondad infinita te eſtá convidando á ſu meſa, y obligandote á veces con amenazarte pena de muerte para que llegues á ella, no te cierra nunca las puertas de ſu Divina piedad, ni te buelve las eſpaldas, aunque de tu propia naturaleza ſeas leproſa, manca, hidropica, ciega, endemoniada, y entregada á todas torpezas, y de ti no pretende mas que eſtas pocas coſas.

La primera, que te peſe de haberle ofendido.

La ſegunda, que aborrezcas ſobre todo, no ſolo la culpa grave, ſino aun la mas leve.

La tercera, que toda te reſignes en ſu Divina voluntad, y ſanta obediencia, y te entregues ſiempre á él, no ſolo con el afecto, mas con los efectos, en las ocaſiones que ſe ofrecieren.

La quarta, que eſperes, y confies firmemente, que te perdonará, te purificarà, y guar-

dará de todos tus enemigos.

Alentada de este amor inefable de el Señor, te llegarás á la Sagrada Comunion con un santo, y amoroso temor, diciendo: No soy digna, Señor, de recibiros, pues os he ofendido gravemente tantas, y tan repetidas veces, ni hasta ahora he llorado como debia estas culpas. No soy digna, Señor, de recibiros, porque no estoy totalmente purificada del afecto de las culpas veniales. No soy digna, Señor, de recibiros, porque aun no me acabé de entregar sinceramente á vuestro amor Divino, y á vuestra Santa voluntad, y obediencia. Ea Señor mio todo poderoso, y infinitamente bueno, hacedme digna de recibiros con esta Fé, en virtud de vuestra bondad, y de la palabra que vos me distes, amor, y querido de mi alma.

Luego que hubieres comulgado, te retirarás à la parte mas secreta de tu corazon, y apartada de toda cosa

ſa criada, hablarás à tu Señor de eſta ſuerte, ó de otra ſemejante: O muy alto, y ſoberano Rey del Cielo, quien os truxo dentro de mi, que ſoy una criatura miſerable, torpe, ciega, pobre, que no tengo coſa buena, y él te reſponderá, que ſu Divino amor. Y tu replicarás, diciendo: O amor increado, ó dulce amor! Qué es lo que quereis de mi? No quiero otra coſa dirá él, mas que amor; ni quiero que arda otro fuego en el altar de tu corazon mas que el de mi amor; ni en tus ſacrificios, ni en tus buenas obras, porque conſumiendo él qualquier otro defecto, y tu propia voluntad, me dará un olor perfecto, y ſuave.

Eſto buſqué, y buſco ſiempre, porque deſeo ſer todo tuyo, y que tu ſeas toda mia. No lo ſerás, mientras eſtubieres pegada al amor de ti miſma, ó de tu proprio parecer, apetito, eſtimacion, y no haciendo la reſignacion, que tanto me agra-

da de ti misma en mi voluntad.

Yo te pido que te aborrezcas á ti misma, para que puedas recibir mi amor; quiero tu corazon, para que se una con el mio, que á este efecto fue abierto mi pecho en la Cruz; quiero á ti toda, para que yo sea todo tuyo. Tu ves bien claramente el valor que yo tengo, que es incomparable; con todo es tal mi bondad, que yo me buelvo en lo que compré; pues alma querida, date toda tu à mi.

Yo quiero de ti, hija muy amada, que no quieras, ni atiendas, ni entiendas, ni veas cosa alguna, mas que á mi, y de mi santa voluntad, para que todo lo que yo quiero, lo que entiendo, lo vea en ti, de manera que tu nada sumergida en el abismo de mi infinidad, se transforme toda en ellas, y que por este modo seas en mi misma largamente dichosa, y bienaventurada, y yo muy contento en ti.

Finalmente, ofrecerás al Padre

Eter-

Eterno, ſu Unigenito Hijo, primeramente en accion de gracias, luego por tus propias neceſidades, por las de la Santa Igleſia Católica, por tus padres, deudos, parientes, bienhechores, amigos, y por todos aquellos á quien debes alguna obligacion, y muy en particular por las Animas del Purgatorio, y harás eſta oferta en memoria, y en union de aquella que el miſmo Señor hizo de si miſmo, bañado en ſu Sangre ſobre la Cruz, donde ſe ofreció à ſu Padre Celeſtial.

Y de eſte miſmo modo podrás ofrecer todos los ſacrificios qué ſe hacen en aquel dia en la Santa Igleſia Católica Romana. Y en quanto al pedir mercedes á tan Divino hueſped, pues le tienes contigo, no te pongo limite, ni taſa, que poderoſo es.

CAPITULO LVI.

De la Comunion Espiritual.

AUnque no se pueda recibir el Señor sacramentalmente, mas de una vez cada dia, con todo podemos recibirle espiritualmente cada hora, y cada momento, y no hay quien nos lo pueda impedir, sino es la pereza, ú otra culpa nuestra.

Esta comunion nos serà á veces de mayor provecho, y mas agradable á su Divina Magestad, que muchas Sacramentales, por falta de los que comulgan.

Todas las veces que te dispusieres, y preparáres á la Comunion espiritual, hallarás al Hijo de Dios presto, y aparejado para darte á sí mismo, y alimentarte espiritualmente por su mano.

Para disponerte á ello, levanta á él el pensamiento con esta intencion; y pasando brevemente la memoria

por

por tus culpas, arrepientete mucho de ellas, con vivo sentimiento, y con amargura de corazon, y luego pide al Señor con humildad, y gran fé, quiera entrar en tu alma enferma, y miserable, con nueva infusion de su Santisima gracia, para curarla, y fortalecerla contra los enemigos.

De la misma manera, quando te vieres en algun lance de haber de luchar con tus pasiones, y mortificar tus apetitos de hacer qualquier acto de virtud, resiste á fin de preparar tu corazon para el Señor, que continuamente te lo pide. Y bolviendote á él, llamalo con deseo de que te venga á visitar con su Santa gracia, y librarte de tus enemigos para que solo él sea dueño absoluto de tu corazon.

O si no comulgares espiritualmente, acordandote de la ultima Comunion Sacramental que hiciste, y dirás con corazon fervoroso. Quan-

do os bolveré á recibir, Señor mio, quándo bien mio, quando?

Y si quieres prepararte, y comulgar espiritualmente con mayor devocion, y de otro modo mejor, aplica, y ofrece desde el dia antecedente, las mortificaciones, los actos de virtudes, y otra qualquier buena obra, à este fin de recibir espiritualmente à tu Señor; y luego por la mañana, considerando quan grande es el bien, y felicidad del alma, que recibe dignamente el Santissimo Sacramento del Altar, pues con él se recuperan las virtudes perdidas, buelve el alma al estado de su primera belleza, se le comunican los frutos, y merecimientos de la Pasion Sagrada del mismo Hijo de Dios, y lo que agrada á la Divina bondad el que lo recibamos, y logremos tan grandes beneficios, con lo qual procura encender tu corazon en un ardiente deseo de recibirle para cumplir su santa voluntad.

Y

Y estando yà enfervorizada en este deseo, buelvete al Señor, y dile. Yá que no me es permitido, Señor mio, que hoy os reciba sacramentalmente, haced, ó bondad, y poder increado, que yo os reciba espiritualmente ahora, y por horas, y todos los dias, perdonandome qualquier culpa, sanando mis achaques, y dandome nueva asistencia de vuestra Divina gracia, nuevas fuerzas contra todos los enemigos, y particularmente, contra este á quien estoy haciendo guerra para agradar à vuestra divina Magestad.

CAPITULO LVII.

De la accion de gracias.

COmo todo el bien que logramos, y las buenas obras que hacemos, son de Dios, y proceden de él, quedamos obliga-

gados à dar muchas gracias à ſu Divina Mageſtad de qualquier buen exercicio que hicieremos, y de qualquier victoria que alcanzáremos, y de todos los beneficios que en comun, y en particular hemos recibido de ſu liberal, y piadoſa mano. Para ſatisfacer, pues, propiamente á eſta obligacion, ſe ha de conſiderar el fin que mueve al Señor á comunicarnos eſtas gracias, y favores; porque de eſta conſideracion, y conocimiento ſacamos el modo con que Dios quiere que le demos las gracias.

Pues porque en qualquier beneficio que el Señor nos hace, pretende ſu mayor honra, y el atraernos para ſu Santo amor, y ſervicio, habla tu contigo de eſta manera: con quanto poder, ſabiduria, y bondad me ha hecho Dios eſta merced, y otorgado eſte favor?

Luego viendo que no hay en ti (como de tu coſecha) coſa alguna que merezca ſus Divinas gracias, y

que ſolo ſe hallan en ti defectos, é ingratitudes, dile al Señor con profunda humildad: Cómo es eſto, Señor, que me haceis merced de mirar por un guſanillo vil de la tierra, haciendome tantos bienes? Sea vueſtro Santo nombre loado, y glorificado para ſiempre.

Finalmente, conociendo que ſu Mageſtad con los beneficios que te hace, pretende que le ames, y que le ſirvas, abraſate de amor, y de un verdadero deſeo de ſervir á un Dios tan amante, del modo, y manera que él quiere. Y á eſte efecto entrarás ofreciendote á ti miſma, lo qual harás en la forma que te propondré en el Capitulo ſiguiente.

CAPITULO LVIII.

De el Ofrecimiento.

PAra el ofrecimiento de ti miſma ſerán meneſter dos coſas para

que sea cumplidamente acepto á Dios: La primera es juntar tu ofrecimiento con los que hizo nuestro Señor Jesu-Christo á su Padre Eterno: La otra es, que tu voluntad esté libre de qualquier aficion para con las criaturas.

En quanto á la primera, has de saber que el Hijo de Dios, viviendo en este valle de lagrimas, ofrecia á su Eterno Padre, no solo su humanidad, y sus obras, sino tambien á nosotros, y nuestras obras, juntandolas con las suyas. De manera, que nuestros ofrecimientos se han de hacer en union de los suyos.

En quanto á la segunda, has de reparar bien, antes que te ofrezcas, y veas si tu voluntad está afecta à alguna criatura, porque si lo estubiere, serà menester hacer dexacion, y desasirse de ella; y para eso acudirás à Dios, porque te aparte de todas con su poderosa mano, á fin de que puedas ofrecerte sueita, y libre de otro qualquier apego.

Repara mucho en esta advertencia, porque si te ofrecieres á Dios estando embarazada con las criaturas, no ofreceràs lo tuyo, sino lo ageno, sabiendo que en aquel caso tu voluntad no es tuya, sino de aquella criatura, ó criaturas que la tienen prendada: cosa que desagrada tanto al Señor, como si hicieramos burla de él.

De esto nace, el que tantos ofrecimientos, como hacemos á Dios de nosotros mismos, no solo salen unos infructuosos, y sin ningun efecto, sino que incurrimos en diferentes faltas, y culpas.

Si, que podemos ofrecernos á Dios, aunque estemos atados al amor de las criaturas; pero ha de ser con intento de que su misericordiosa bondad nos suelte, y nos desembarace de ellas, para podernos entregar á su Divina Magestad, y á su santo servicio; y hemos de practicar eso á menudo; y con grande fervor.

Haz

Haz, pues, tu ofrecimiento desasido de qualquier interés, y de tu propia voluntad, sin apetecer bien alguno de la tierra, ni de el Cielo, sino pura, y sencillamente, mirando á la voluntad, y providencia Divina á que debes sujetarte, y sacrificarte en perpetuo holocausto; y así apartada de qualquier cosa criada podrás decirle á tu Señor:

Mi Criador, y mi Señor, toda yo, y qualquier deseo mio me resigno en las manos de vuestra Divina voluntad, y providencia; haced de mi lo que fuereis servido, y lo que mas os agrada, así en vida como en muerte; y así en este mundo, como en vuestra eternidad.

Si lo hicieres de esta manera con toda sinceridad (lo qual conocerás, quando te sucedieren las cosas adversas) de tan terrena que eres, vendrás á ser mercadera Evangelica, y muy dichosa; porque tu serás de Dios, y Dios será

rá tuyo, que ſiempre es de aquellos, que apartados de las criaturas, y de sí miſmos, ſe entregan, y ſacrifican todos á ſu Divina Mageſtad.

Ves aqui, hija, un modo eficaciſimo de vencer todos tus enemigos, porque ſi por este ofrecimiento te unes á Dios de manera que llegaſses á ſer toda ſuya, y él todo tuyo; qué poder, ó qué enemigo te podrá jamás ofender?

Quando quiſieres ofrecer alguna obra tuya, como ayunos, oraciones, actos de paciencia, ú otras acciones meritorias, acuerdate de los ofrecimientos que nueſtro Señor Jeſu-Chriſto hacia al Padre Celeſtial de ſus oraciones, ayunos, y otras obras, y ofrecele las tuyas, teniendolas en el valor, y virtud de aquellas.

Y ſi quiſieres ofrecer al Padre Eterno las obras de Chriſto para ſatisfacion de tus deudas, podras hacer-

cer-

cerlo de este modo, ú de otro semejante.

Pasaràs la memoria en general, y tal vez en particular por tus pecados, y conociendo claramente, que no es posible que puedas por ti sola aplacar la ira de Dios, ni satisfacer à su Divina Justicia, te acogeràs à la vida, y Pasion Sagrada de su Unigenito Hijo, contemplando alguna accion suya, como, v. g. quando ayunaba, hacia oracion, padecia, ó derramaba su preciosa Sangre, y veràs que para aplacar la justicia de su Eterno Padre, y pagar las deudas de tus maldades, le ofrecia aquellas obras suyas, Pasion, y Sangre, casi con estas, ó muy semejantes palabras.

Supuesto, ó Padre Eterno, que segun vuestra voluntad satisfago à vuestra Divina justicia, superabundantemente por los pecados, y deudas de N. sirvase vuestra Divina Mag. de perdonarle, y recibirle en el numero de estos escogidos.

Y entonces ofrecerás al mismo Padre Celestial estas mismas peticiones, rogandole que en virtud de ellas te perdone tus deudas.

Esto puedes hacer, pasando, no solo de un Mysterio á otro, sino tambien de un acto de cada Mysterio, á otro acto; y este modo de ofrecer podrá servir, no solo á ti, sino á otros.

CAPITULO LIX.

De la devocion sensible, y de la sequedad del espiritu.

DE tres causas procede la devocion sensible, es á saber, de la naturaleza, del demonio, y de la gracia. Por los efectos que causáre en ti, podrás conocer la raiz de donde nace: porque si no obra en ti la mejoría, y enmienda de tu vida, debes temer que procede del demonio, ó de la naturaleza; y tanto mas, quanto mayor fuere el gusto, y

sua-

ſuavidad, y el reſabio de alguna propia eſtimacion, que irá acompañando á ella:

Por lo qual, quando ſintieres endulzarſe, y enternecerſe el alma con guſtos eſpirituales, no te pongas á diſcurrir de donde proceden, ni te apagues á ellos, ni faltes al conocimiento de tu nada, antes procura con mayor cuidado, y aborrecimiento de ti miſma, que tu corazon quede libre de toda inclinacion, aunque ſea eſpiritual, no deſee mas que á Dios, y ſu Divina voluntad; porque de eſta manera, aunque el guſto procede de la naturaleza, ú del demonio, llegará á ſer efecto de la gracia.

La ſequedad de el eſpiritu, de la miſma manera puede proceder de las tres cauſas dichas.

De el demonio para resfriar el eſpiritu, y deſviarle de la empreſa eſpiritual, haciendole apetecer los deleytes, y entretenimientos de el mundo.

De

De noſotros miſmos es, quando procede de nueſtras culpas, y aficiones deſordenadas á las coſas de la tierra, ú de nueſtras negligencias.

De la gracia es, quando nos quieren quitar de que ſeamos mas diligentes en desviar qualquier afecto, ó embarazo que no ſea el miſmo Dios, ó no tenga por fin él miſmo, ó por la experiencia nos dé á conocer, que todo lo bueno que tenemos nace de él, ó para que en adelante hagamos mas eſtimacion de ſus dones, ſiendo mas humildes, y cauteloſos en conſervarlos, ó para unirlos mas eſtrechamente à ſu Mageſtad, con la entera dexacion de noſotros miſmos, aun en los guſtos eſpirituales, porque aficionado el corazon, y unido á eſtas, le dividimos; pero el Señor lo quiere todo entero para sí; tambien es, porque le agrada por el provecho que ſe nos ſigue del vencer ſu Mageſtad, y pelear con todas nueſtras ſuerzas, uſan-

ssando perfectamente de su santa gracia.

Quando te hallares con esta sequedad, entra en ti misma, y examina qual es la culpa, que te quitó la devocion sensible, y haz penitencia de ella, no para cobrar la sensibilidad de la gracia, sino para apartar de ti lo que á Dios desagrada.

Y si no halláres en ti defecto, advierte, que la verdadera devocion es la pronta resignacion en la voluntad de Dios.

Por esto te advierto, que de ninguna suerte dexes de continuar los exercicios espirituales, antes prosigue con ellos adelante, aunque te parezca sin fruto, y sin sabor, bebiendo de buena gana el Caliz de amarguras, que en esta sequedad te ofrece la voluntad amorosa de tu Señor.

Y si tal vez la sequedad anduviese acompañada de tanta, y tan cerrada obscuridad del alma, que no aciertes á tomar resolucion, ni se-

ſepas bolver los ojos, no te falte el animo, eſtate deſamparada en la Cruz, careciendo de todo deleyte de la tierra, y de lo que ofrece el mundo, y las criaturas.

No dés á entender à nadie tu pena, y trabajo interior, menos que à tu Confeſor, à quien le manifeſtarás, no para buſcar en él alivio de tu pena, mas para que te enſeñe el modo de padecer en conformidad de la voluntad Divina.

No frequentes las Comuniones, las oraciones, y otros exercicios para baxarte de la Cruz, ſino á fin de tomar nuevo aliento, y en ſubido credito de la miſma Cruz, mayor gloria de tu Señor crucificado.

Y ſi la ſequedad de eſpiritu fuere tan grande, que no puedas meditar, ni tener Oracion á tu modo, medita como mejor pudieres.

Esfuerzate para hacer con la voluntad, y con las palabras lo que

no pudieres con el discurso, hablando ahora contigo mismo, ahora con el Señor, porque de estos coloquios saldrán milagrosos efectos, y tu corazon tomará fuerza, y aliento.

Y podrás decir en este caso lo que el Santo Rey David: *Quare tristis es anima mea? & quare conturbas me? spera in Deo quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, & Deus meus.* De dónde nace alma mia, tu tristeza? Y por qué me perturbas? Pon tu confianza en Dios, pues he de lograr la dicha de alabarle como à objeto de mi bienaventuranza, y como á mi Dios, y Señor.

Ut quid Domine recessisti longe despici in opportunitate, in tribulatione? Non me derelinquas usquequaque. Por qué, Señor, os apartais tanto de mi, y no mirais por mi en las ocasiones, y los trabajos? No me desampareis, Señor, del todo.

Y acordandote de la Sagrada doc-

doctrina, que Dios inspiró en el tiempo de las tribulaciones à su querida Sara, muger de Tobias, puedes valerte de ella, diciendo de palabra.

Hoc autem pro certo habet omnis, qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; & si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit. Non enim delectaris in perditionibus nostris: quia post tempestatem tranquillum facis: & post lacrymationem, & fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum Deus Israel benedictum in sacula. Tob. 3. Quien os adora, Señor, està muy seguro, que si su vida fuere una prueba continuada, alcanzará al fin el premio de ella; y si la pasáre en trabajos, y tribulaciones, versecha libre de ellos; y si se halláre castigado, podrà llegar á conseguir vuestra divina misericordia. Pues no es de vuestro gusto nuestra perdicion, y ha-

ceis la bonanza despues de la tempestad, y comunicais las alegrias despues de los llantos, y tristezas, y lagrimas. O Dios de Israel! sea vuestro Santisimo Nombre bendito, y alabado por toda una eternidad.

Demas de esto, te acordarás de tu Señor, que en el Huerto, y en la Cruz fue desamparado de su Eterno Padre en la parte sensitiva, para que se le agravasen mas los tormentos. Donde llevando tu con paciencia, en compañia de su Cruz, tus trabajos, dirás: *Fiat voluntas tua.* Hagase, Señor, vuestra Divina voluntad.

Obrando de esta suerte, tu paciencia, y Oracion harán subir las llamas del sacrificio de tu corazon hasta el Trono de Dios, y quedaràs devoto de veras; pues es cierto que la verdadera devocion es una viva, y firme prontitud de tu voluntad en seguir á nuestro Señor Jesu-Christo con la Cruz á cuestas, por qualquier camino que él nos

com-

combide, y llame para sí, y en querer á Dios por Dios, y en dexarte tal vez por él mismo.

Si muchas personas, que se dieren á la devocion, y señaladamente mugeres, midiesen el provecho espiritual por esta devocion verdadera, y no por la sensible, no quedarian engañadas de sí mismas, ni del demonio, ni se quedàran sin fruto, ni se quexàran sin provecho, ingratas de bien tan grande que les hace el Señor, antes se dieran con mayor fervor en su santo servicio, viendo que todo lo dispone, y permite así para gloria suya, como para provecho nuestro.

Tambien en esto se engañan las mugeres, que con cuidado, y temor huyen de las ocasiones de los pecados, porque si tal vez son molestadas de pensamïentos deshonestos, horribles, y espantosos, y aun de visiones sucias, y asquerosas, se quedan confusas, y

pierden el animo, y se persuaden á que yà Dios las desamparó, y dexó de su mano, no pudiendo persuadirse á que su divino espiritu puede asistir en alma que estubiere ocupada de tales pensamientos.

Y así amedrentadas llegan casi al ultimo punto de la desesperacion, y à termino de dexar los buenos exercicios que hace, y bolver á las cebollas de Egypto, y à los placeres del mundo.

Estas no conocen la merced que el Señor les hace, permitiendo que las molesten estos espiritus de tentacion, para reducirlas al conocimiento de sí mismas, y para que se lleguen à èl, viendo claramente quanto necesitan de socorro. Por donde ingratamente se quexan de lo que habian de agradecer á su infinita bondad, y tenerlo por gran favor.

Lo que has de hacer en casos semejantes, es, que entres mucho en la consideracion de tu mala incli-

clinacion, la qual quiere Dios que veas como está expuesta á qualquier gravisimo mal, y que sin su asistencia te precipitarás en lo mas profundo.

De este conocimiento has de sacar una viva esperanza, y confianza grande en Dios de que te acudirá, pues te hace conocer el peligro, y quiere que vayas á él con la Oracion, y plegarias, y de esto le debes dar con humildad muchas gracias.

Y tén por cierto, que semejantes espiritus de tentacion, y pensamientos torpes, mas facilmente se desechan, sufriendo con paciencia su molestia, y bolviendoles con destreza las espaldas, con no atender à ellas, que luchando con ellos con porfiada resistencia.

CAPITULO LX.

Del examen de la conciencia.

PAra el examen de la conciencia debes considerar tres cosas.

Las faltas de aquel dia.

La causa que tubieron.

El animo, y prontitud que tienes para hacerles guerra, y para adquirir las virtudes contrarias.

Acerca de las faltas que has incurrido, haz lo que queda apuntado en el cap. 26. que habla de lo que debemos hacer quando quedamos vencidos.

En quanto à las causas de ellas, animate para contrastarlas, y destruírlas.

Fortifica la voluntad, para hacerlo asi, y con el exercicio de las virtudes, con la desconfianza en ti misma, y con la confianza de Dios, con la Oracion, con mu-

chos actos de aborrecimiento de las tales faltas, y con muchos deseos de las virtudes contrarias.

Las victorias que hubieres alcanzado, y las buenas obras que hubieres hecho, siempre te sean sospechosas.

Demàs de que no te aconsejo que te acuerdes de ellas mucho, por el peligro casi inevitable que se sigue de tener á lo menos algun oculto movimiento de vanagloria, y sobervia.

Dexalas todas al trenzado, poniendolas en las manos de la misericordia divina, tales quales son, y solo reparar en lo mucho que te queda por hacer.

En lo que toca á las acciones de gracias por los beneficios de aquel dia, y favores que el Señor te ha hecho en él, reconocelo por Autor de todos los bienes, y dale muchas gracias, porque te libró de tantos enemigos conocidos, y de muchos mas ocultos; de que te ha inspirado tantos buenos pen-

samientos, y de qualquier otra misericordia que hubieres recibido.

CAPITULO LXI.

Que es necesario continuar esta batalla, combatiendo hasta la muerte.

ENtre las cosas de que necesita esta guerra, la mas principal es la perseverancia, con la qual nos habemos de aplicar á mortificar siempre nuestras pasiones, que en esta vida nunca mueren, antes como la mala yerva, crecen mas cada dia.

Este es el contraste, y pelea que no podemos escusar, pues no se acaba sino es con la vida, en la qual precisamente queda preso, ó muerto el que hurta el cuerpo.

Demàs de esto, lo habemos con enemigos, que nos tienen odio continuo, donde jamás podemos esperar de ellos paz, ni tregua, pues ma-

matan con mas crueldad á los que procuraron confederarse mas con ellos.

Con todo eso no te atemorices, ni espantes del gran numero de los contrarios, ni de su poder, y fuerzas, porque en esta pelea no puede ser vencido, sino quien asi lo quisiere ser; y toda la fuerza, y poder de los enemigos està en manos del Capitán, por cuya honra, y gloria habemos de pelear.

El qual no sufrirà que se te haga algun agravio, en que seas tentado sobre tus fuerzas, antes el mismo tomará las armas en tu favor, y como mas poderoso, que lo es, te asegurarà la victoria de todos tus contrarios, supuesto que peleando tu con esfuerzo á su lado, no fies de ti, sino que tengas toda tu confianza en su infinito poder, y divina bondad.

Y si el Señor no te concediese tan apriesa la victoria, no por eso pierdas el animo, porque debes estar muy cierta, de que si te por-

res como leal, y generosa guerra, él tomarà, y bolverá en tu favor todas las cosas, que fueren contrarias, y las que mas opuestas te parecieren, y mas agenas de tu victoria, y de qualquier suerte que ellas sean, y esta seguridad te servirà de motivo para la confianza con que has de entrar en la pelea, y continuar en ella.

Sigue, pues, hija, á tu Celestial Capitán, que por tí vino al mundo, entregandose à sí mismo á la muerte, aplicate con generosidad de animo á esta pelea, lucha, y combate, y á la total destruccion de tus enemigos, porque si dexares uno solo de ellos con vida, le traerás como paja en el ojo, y como lanza en el pecho, que te estorvará la consecucion de tan gloriosa victoria.

CAPITULO LXII.

Del modo de prepararnos contra los enemigos, que nos asaltan á la hora de la muerte.

SIendo el curso de nuestra vida una continua guerra sobre la tierra, la mas notable batalla que se dá, es en la ultima hora, y en aquel grande, y temido paso que hacemos para la otra vida, porque no se cae en aquel momento, sino para siempre, y quien cae no se levanta por toda la eternidad.

Lo que debes hacer, para hallarte entonces bien aparejada, es, que combatas con esfuerzo en este tiempo que Dios te dà, porque quien asi combate, y pelea en vida, facilmente, por el buen habito que tiene hecho de vencer, alcanza la ultima victoria en la muerte.

Los hombres del mundo huyen de este pensamiento, por no interrumpir el gusto que tienen de las cosas de él, porque estando asidos

de

de ellos con amor, les costarà trabajo el pensar que las has de dexar. Con eso no se les disminuyen las aficiones desordenadas, antes se vàn siempre aumentando, de donde nace, que tienen siempre increíble ansia de gozar mas de esta vida, y de las cosàs que aman, y à veces el trabajo es tanto mayor, quanto fue mas largo el tiempo que gozaron de ellas.

Podrás tambien para prevenirte mejor en un negocio de tanta importancia, imaginar algunas veces, que te hallas sola, y sin algun socorro, metida yà en las congojas de la muerte, y el traer al pensàmiento todo lo que puede darte pena, y embarazo; para que ahora acudas, y que vengas con los remedios, que yo te enseñáre, para mejor valerte de ellos en aquel trance, porque el tiro que ha de hacerse solo una vez, es menester primero tomar bien la mira, no errarlo sin remedio.

CA-

CAPITULO LXIII.

De quatro asaltos, que nos dán los enemigos en la hora de la muerte, y primero del que es contra la Fé, y del modo como nos hemos de defender.

QUatro son los asaltos principales, y mas peligrosos con que nuestros enemigos nos embisten en la hora de la muerte, es á saber, la tentacion contra la Fé, la desesperacion, la vanagloria, y las varias ilusiones, y transfiguraciones de los Demonios en Angeles de luz.

Quanto à la primera, si el enemigo comienza á tentarte con falsos argumentos, pasa aprisa del entendimiento á la voluntad, y dile: Vete maligno espiritu, padre de las mentiras, y engaños, que no te quiero oir, bastame creer, como creo, todo lo que cree la Santa Iglesia Romana.

Y no dés lugar en quanto pudieres á los pensamientos acerca de la Fé, por mas que te parezcan ver-

verdaderos, teniendolos por motivos que el demonio busca para pelear contigo. Con todo eso, si no estuvieres en tiempo que puedas apartar de ellos el pensamiento, está firme, y constante en no ceder á qualquier razon, ó autoridad de la Sagrada Escritura, que el enemigo alega, porque todas seràn cortadas, ó mal alegadas, ó por interpretadas, aunque te pareciesen buenas, claras, y evidentes. Y si la serpiente engañadora te preguntase, qué es lo que cree la Iglesia Romana, no le responderás, conociendo su falsedad, y que te quiere engañar con palabras, mas haz un acto interior de mas viva Fé; ó sino, para hacerle rebentar de rabia, responderle: *Que la Santa Iglesia Romana cree la pura verdad*; y si te replicàre preguntando: Qual es esta verdad? respondele así: *Aquello mismo que ella cree.*

Sobre todo ten siempre fixo el corazon en nuestro Señor puesto en la Cruz, diciendole: Mi Dios, mi

Cria-

Criador, mi Salvador, ſocorredme apriſa, y no os aparteis de mi, para que yo no me aparte de la verdad de vueſtra Santa Fé Católica; y pues me hiciſteis honra, y merced de que naciera en ella, ſed ſervido, que en ella acabe eſta vida mortal para vueſtra ſanta gloria.

CAPITULO LXIV.

Del aſalto de la deſeſperarion, y de ſu defenſa.

EL otro aſalto con que el perverſo enemigo procura abatirnos es el miedo, y el eſpanto en que nos pone con la memoria de nueſtras culpas, para hacernos caer en el abyſmo de la deſeſperacion.

En eſte peligro guarda eſta regla cierta, que la memoria de tus pecados viene de la Divina Gracia, y para tu ſalvacion, quando cauſa en tí efectos de humildad, y de arrepentimiento por la ofenſa de Dios, y deſconfianza en ſu infinita bondad. Mas quando ſe inquieta, y te

pó-

pone en desconfianza, y en pusilanimidad, aunque parezcan razones verdaderas, y suficientes á persuadirte, que estás condenada, y que yá no hay tiempo, ni lugar de salvacion para ti, reconocela luego por efectos del engañador, y haz mayores actos de humildad, y de mucha confianza en Dios, porque de esta suerte vencerás al enemigo con sus mismas armas, y darás mucha gloria al Señor. Siente de todo corazon la ofensa de Dios todas las veces que te acordares de ella, pidiendole perdon al Señor, con confianza en su Sagrada Pasion, y esta sea el escudo de tu defensa, con que resistas las lanzas, que acerca de esto te tiráre el enemigo.

Digo mas, que aunque te pareciese que el mismo Dios te decia, que tu no estabas en el numero de sus escogidos, no debes dexar por ningun caso la confianza en él, antes decirle con mucha humildad: Tienes, Señor mio, mucha razon en

en reprobarme, reſpecto de mis pecados, mas yo la tengo mucho mayor, para que vos me perdoneis, reſpecto de vueſtra infinita piedad.

Por lo qual os pido la ſalvacion de eſta miſerable criatura vueſtra, que aunque ſea condenada por ſu propia malicia, es redimida con el precio de vueſtra precioſa Sangre. Yo quiero ſalvarme, Redentor mio, para aumento de vueſtra divina gloria, yo me entrego toda en los brazos de vueſtra infinita piedad, fiandolo todo de lo inmenſo de tu miſericordia: haced de mí todo lo que fuereis ſervido, porque vos ſois el unico bien mio, el Sr. de quien confio tanto, que aunque me mateis, no he de dexar de tener en vos vivas mis eſperanzas.

CAPITULO LXV.

Del aſalto de la vanagloria.

EL tercero aſalto es el de la vanagloria, y preſuncion.

En eſte aſalto no te dexes llevar de ninguna ſuerte, ni por ningun ca-

camino de la menor complacencia de tí misma, ni tus acciones, ni os fieis de ellas: mas espera, y complacete pura, y simplemente en el Señor, en su divina piedad, y en las obras de su sagrada Vida, y Pasion.

Abatete siempre mas, y mas, y hasta el ultimo suspiro conoce que vales poco, ó nada, y que solo Dios es el Autor de todo el bien que te acordares haber hecho. Acude á él por el remedio, y socorro, mas no esperes nada por lo que hubieres merecido, aunque hayas vencido muchas, y grandes batallas. Y està siempre confesando con un santo temor, que todo tu cuidado sería vano, é inutil, si Dios no te hubiese acogido debaxo del amparo de su divina proteccion, en la qual confiaràs unicamente.

Executando estas advertencias, no podrán tus enemigos prevalecer contra ti, y de esta suerte abriràs el camino para pasar á la Celestial Jerusalén.

CA-

CAPITULO LXVI.
y ultimo de este Combate.
Del asalto de las ilusiones, y falsas visiones en el instante de la muerte.

SI el enemigo porfiado, que nunca se cansa de molestarnos, te asaltase con falsas apariencias, transformandose en Angel de luz, está firme, y constante en el conocimiento de tu nada, y dile con toda resolucion: Vete, vete, malaventurado, y recogete á tu obscuridad, que yo no merezco tener visiones, ni necesito mas que de la misericordia de mi amoroso Jesus, y de la intercesion de la sagrada Virgen Maria, y del Bienaventurado San Joseph, y de los otros Santos.

Y puesto que te pareciese por señales casi evidentes, que las tales visiones eran cosas del Cielo, con todo eso desprecialas, y echalas muy lexos de ti, quanto te fuere posible. No te parezca que está tu re-

sis-

sistencia fundada en el conocimiento de tu miseria, que desagradará al Señor; porque si fuere suya, él la aclarará, y tu no perderás cosa alguna, visto que quien dá su santa gracia á los humildes, no se la retira, porque hacen actos de humildad.

Estas son las armas mas ordinarias con que acostumbra pelear nuestro enemigo contra nosotros en aquella ultima, y final hora. Demás de esto vá tentando conforme á las inclinaciones particulares, que predominaron en cada uno. Por eso antes que llegue la hora del asalto general, debemos armarnos bien, y pelear esforzadamente contra nuestras pasiones mas tenaces, y que mas nos sujetan á su tyranía, y á fin de facilitar el alcance, y consecucion de la deseada, y perfecta victoria en aquel, en el qual se acaba todo el tiempo de poderlo hacer, por ser el ultimo.

LAUS DEO.

COMBAT
ESPRIT

I


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm